



Un caso Desesperado

Agencia de detectives

De la autora del
RANCHO TRIPLE K



Laia Sinclair

Un caso desesperado

Agencia de detectives II

Laia Sinclair

SweetyStories

©Laia Sinclair 2018

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories

<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición octubre 2018

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Beber una cerveza bien fresca al lado de Benedict, mientras este se encarga de la barbacoa, es como estar en el paraíso.

Cuando Juliet y él nos invitaron a todos los de la agencia de detectives a pasar el 4 de julio en su nueva casa, no creí que fuese una muy buena idea. Benedict no es precisamente un hombre sociable, lo sé muy bien porque durante años he tenido que sufrir su mal carácter en mis propias carnes. Desde su última misión en las Black Ops, de la que volvió hecho un asco y con un ojo menos, no fue el mismo. Se convirtió en un tío huraño y desabrido, siempre de mal humor, gritando por todo. Temí lo peor, que acabaría en una espiral del infierno, y por eso le ofrecí trabajo en mi agencia, para salvarlo de sí mismo, y porque estaba seguro de que podría convertirse en un estupendo detective privado.

Como así fue.

Pero en este año y medio que ha pasado desde que conoció a la que ahora es su mujer, su carácter ha dado un giro de 180 grados. Antes, todo eran malos gestos, gruñidos y gritos. Ahora, ¡hasta se ríe a carcajadas! Si alguien me hubiera dicho que esto iba a pasar, le habría hecho pasar el test de alcoholemia, porque seguro que iba borracho como una maldita cuba.

—¿Esas hamburguesas van a tardar mucho, o qué? Me muero de hambre, joder.

—Esa boca, Alan. Hay niños presentes —le riño.

Mi hija Lily tiene diez años. Está correteando alrededor de la piscina mientras Suzie, la recepcionista de la agencia y una hacker de élite, la persigue. Grita de felicidad y al final se lanza al agua haciendo la bomba, salpicándonos a todos. Es una niña alegre y muy inteligente, demasiado para mi paz mental. Cuando sale del agua dando un chillido, con su pelo castaño recogido en dos coletas chorreando, me recuerda mucho a Alyssa, su madre. Ella también reía a carcajadas constantemente.

—Tu hija suelta tacos más gordos que los míos —replica Alan.

—Eso no es cierto.

—Ya, claro, lo que tú digas, papi.

Alan es un insolente, un don Juan de pelo rubio y ojos azules que lleva a todas las mujeres de calle. Cambia de novia como de calzoncillos, y siempre se está quejando de que le pago poco, pero a pesar de todo lo aprecio lo suficiente como para no despedirlo.

—Me alegra verte tan feliz, tío —le digo a Benedict, haciendo caso omiso del comentario sarcástico de Alan.

Él me mira y sonrío completamente. Sus ojos se iluminan, aunque atisbo en ellos una pequeña mota de intranquilidad.

—Lo soy, aunque a veces tengo miedo de que todo acabe.

—¿Por qué? ¿Tienes problemas con Juliet?

—No, qué va. No es eso. Es que... todo el tema del embarazo me tiene alterado. ¿Y si le pasa algo a Juliet? Ya sé que es una estupidez, pero...

Deja la frase en el aire, y yo sé a qué se refiere. Yo era muy feliz en mi matrimonio. Que mi trabajo en la CIA me mantuviera lejos de casa mucho tiempo no era un problema para Alyssa. Otros compañeros acabaron divorciados porque sus esposas no soportaban la incertidumbre por la peligrosidad del trabajo, ni las separaciones, a veces demasiado prolongadas, sin tener noticias de sus maridos, si estaban vivos o muertos, o heridos y tirados en alguna parte.

Alyssa, no.

Ella decía que era una estupidez preocuparse por aquello sobre lo que no tenías control y que, aunque sabía que el trabajo de campo que yo realizaba era altamente peligroso, prefería no pensar en ello.

«Vivir en Washington también es peligroso. Cualquiera día puedo salir a la calle y no volver porque me ha atropellado un coche».

Todavía puedo oír con claridad sus palabras dichas con una sonrisa una noche después de haber hecho el amor. Unas palabras que, desgraciadamente, resultaron proféticas.

Pero no quiero pensar en Alyssa ni en su muerte a manos de un conductor puesto hasta arriba de mil drogas diferentes, así que alzo la mirada, le doy un trago a mi cerveza, y respiro profundamente para quitármela de la cabeza. Ya

hace seis años que murió, y yo sigo echándola terriblemente de menos.

—No tienes que pensar en eso, Ben. Solo en que vas a ser padre dentro de seis meses, un tiempo en el que tu vida se convertirá en un infierno —me fuerzo a bromear—. No te puedes ni imaginar la trampa mortal en que se convierten las hormonas en una mujer embarazada.

—Estoy empezando a darme cuenta —gruñe, como en sus mejores tiempos—. Odio cuando estalla en llanto sin ningún motivo. Me siento culpable y ni siquiera sé si es culpa mía.

—Pues espérate a que le entre el síndrome del nido —me río, y miro hacia mi hija.

Suzie se ha echado en la tumbona al lado de Juliet, y Lily se acerca a ellas y cuchichean un rato. Hace días que se comportan de manera extraña, y temo que me estén preparando alguna encerrona. Cuando Suzie abre mucho los ojos y mira hacia mí, sé que no voy errado.

—Oye, ¿tú sabes qué están planeando esas tres?

—Ni idea —responde Alan, que ha ido a por otra cerveza y nos ofrece una. La cojo y le doy un trago—. Pero yo en tu lugar tendría los cojoncitos apretaditos de miedo.

—¡Papá! —La voz de Lily me taladra los tímpanos. Ha gritado tanto que creo que la han oído hasta en Pernambuco—. ¡Tía Juliet te ha organizado una cita a ciegas en el Blind Dates!

La cerveza que me disponía a tragar ha salido despedida de mi boca, salpicando a todos.

—¡Sam, tío!

—¿Qué cojones haces?

—¡¿Que me has organizado qué?!

Mi grito parece el graznido de una urraca a punto de ser asesinada, pero me recompongo enseguida. No soy una persona dada a las respuestas excesivamente emocionales. Cojo una servilleta de papel, me limpio la boca y la camiseta que ha quedado perdida de cerveza y apestará dentro de nada, y le

dirijo una mirada asesina a Juliet, que me mira con cara de espanto. Sé que, si pudiese, saldría corriendo en este preciso instante. Y haría bien, porque tengo ganas de rodearle el cuello con las manos y apretar.

¿Que me ha preparado una cita a ciegas? ¿Por su cuenta y riesgo? ¿Sin ni siquiera consultarme antes?

—Ni se te ocurra intentar matar a mi mujer, Sam.

La voz de Benedict mientras me advierte es calmada pero efectiva. Ni siquiera ha dejado las pinzas con las que está volteando las hamburguesas, y eso es lo que más me retiene. Con esas pinzas insulsas es capaz de matarme él a mí si le toco un pelo a Juliet.

—Fue idea de Lily —dice Juliet intentando defenderse. Señala hacia Lily con un dedo y mi hija la manipuladora pone cara de inocente—. Quiere buscarte una novia para que así dejes de agobiarla.

—¿Lily?

Mi hija es la única persona en todo el mundo que es inmune a mi mirada asesina. Todos los demás corren despavoridos en cuanto la ven, pero ella, no. Ella alza la cabeza muy digna.

—¿Eso no es...! —Eso no es cierto, iba a decir. Negar lo evidente incluso cuando te han pillado con las manos en la masa. ¿Qué clase de monstruito estoy criando? Cuando ve que por ahí no va bien, que no voy a creerla, cambia rápidamente de táctica. Sus labios se arrugan y hace un puchero más falso que un billete de seis dólares—. Me da pena que estés tan solo, papi.

Sé que todo es cuento, que lo que quiere es librarse de mi enfado y del castigo que conlleva por meterse en mi vida y arrastrar a Juliet en sus locuras, pero no puedo evitar enternecerme. Por eso suspiro y me agacho delante de ella.

—Cariño, yo no estoy solo. Te tengo a ti.

—Pero yo quiero que encuentres una novia que te haga feliz, papi, como tía Juliet hace feliz a tío Ben.

Eso sí me pilla desprevenido. Vale, tiene diez años, no es un bebé, pero que se dé cuenta de algo así me toma por sorpresa. Creía que yo era capaz de disimular lo bastante bien para que a ella no le afecte mi tristeza, ni la

nostalgia que siento cada vez que pienso en Alyssa.

Pero parece que no es así.

—Cariño, a mí me hacía feliz tu madre, pero ella ya no está.

No puedo evitar que mi voz llegue cargada de tristeza, y me maldigo por eso. Habría querido sonar más alegre, o resignado, o... no sé, de cualquier otra manera menos hecho polvo.

—Ya lo sé, papi. Pero, ¿no crees que puede ser posible que haya por ahí otra mujer a la que puedas querer igual?

—Eso es imposible, cielo.

—Pero inténtalo, *porfi*. Solo esta vez.

Su carita sinceramente preocupada me llega hasta el alma. ¿Qué coño me cuesta hacerla feliz en algo tan simple? Iré a la cita, intentaré pasarlo bien, y ya está. Ella estará feliz, y yo podré volver a mi rutina.

Eso sí, hablaré seriamente con Juliet para que no se deje engatusar más por esta pequeña lianta.

Hoy no hemos abierto el restaurante ni el local. Es 4 de julio, y queremos celebrarlo, pero también queremos que nuestros empleados lo hagan y puedan estar en sus casas, o divertirse saliendo a las fiestas que hay en toda la ciudad. Mi hermano y yo somos jefes de un puñado de gente, pero no somos unos jefes-capullos, nos esforzamos mucho por ser jefes-guays, como esos jefazos que acuden a *El jefe infiltrado* preocupados por el bienestar de la plantilla.

También tenemos motivos más egoístas. A Alexander y a mí nos gusta celebrar estas cosas juntos y sin complicaciones, sin tener que preocuparnos por nada más que de nuestro propio bienestar, y por eso, como todos los años, nos hemos quedado en casa, con los teléfonos desconectados, preparando nuestra tradicional cena del 4 de julio. Alexander está en la cocina, entre los fogones, elaborando el banquete que vamos a devorar. Yo le miro desde la puerta, con una copa de vino en la mano.

—¿Estás seguro de que no quieres ayuda? —le pregunto, mirando la maestría con la que prepara las copas de cóctel de gambas.

—Merry..., la última vez que entraste en la cocina el microondas se fundió sin razón aparente. Eres un desastre en este espacio aunque no te lo propongas.

La verdad es que la cocina se me da fatal, eso es verdad, pero Alexander exagera, tampoco es que yo tenga un aura de fatalidad *cocinil*.

—Déjame poner la mayonesa al menos. Me siento inútil aquí mirándote.

Alexander me mira y me amenaza con una cuchara de plástico rosa.

—Aléjate de mi mayonesa, cuando estás cerca siempre se corta. Ve a poner la mesa y decorarla, que eso se te da mejor.

—Oye, no me eches la culpa a mí de no saber preparar salsas —le replico enfurruñada mientras voy al armario de la cocina y saco los cubiertos.

Mi hermano suelta una carcajada y me golpea con la cuchara en el trasero cuando paso por su lado.

—Vaya tela, Merry. De verdad, no entiendo cómo puedes ser dueña de un restaurante sin que te haya estallado la cocina ni nada parecido.

—Yo soy la jefa, ya se encarga el chef de que la cocina esté íntegra, limpia y perfecta y la comida sea deliciosa, yo solo me encargo de organizar, que es lo que se me da bien.

—Menos mal, porque si tuvieras que hacer tú la comida estarías en la cárcel por intoxicar a media Nueva Orleans.

Me doy la vuelta, con los cubiertos en la mano, y miro los cuchillos, y luego a él.

—Oye, no deberías decirme esas cosas mientras tengo cuchillos en las manos, ¿sabes? Dedícate a la mayonesa y deja de torturarme.

—Hermanita, más que organizar, lo que se te da bien es mandar, esa es tu verdadera vocación.

—¿Estás llamándome mandona?

—Pues ahora que lo dices: sí.

—No soy mandona, tengo dotes de liderazgo.

Le doy un golpe de cadera y salgo a la terraza para poner la mesa. Mientras lo hago, me siento afortunada: tenemos una casa preciosa, dos

negocios que funcionan bien y nos llevamos genial. Mi hermano es una parte importante de mi vida, si no la más, y juntos nos hemos apoyado en todo. Y la guinda es que desde la terraza de nuestro ático, que corona el edificio que nos pertenece y en cuyo bajo tiene mi hermano su *pub* de ambiente, hay unas vistas excepcionales de los fuegos artificiales del 4 de julio.

Una vez dispuesta la mesa, llena de flores y velitas de colores y de los cuencos con la riquísima comida que ha preparado mi hermano, nos sentamos para disfrutar de nuestra velada especial. Mientras me sirve la comida, Alexander no pierde ocasión de chincharme un poco más.

—La verdad es que no sé cómo te respetan tanto con esa imagen de adolescente pirada que tienes con esos pelos de color rosa y esa ropa, ¿cuándo piensas vestirte como una mujer normal?

Me miro la ropa. Hoy he escogido una falda de color verde claro con encaje de color rosa en el borde y una blusa blanca ajustada por un bustier rosa que he comprado esta misma mañana para la ocasión. Yo me veo monísima, con la cintura estrecha ajustada y mis zapatillas Converse —también rosas—.

—Pero si no voy tan rara —replico, encogiéndome de hombros.

—Pareces un unicornio, tía.

—¿Y qué tiene eso de malo? A mí me gustan los unicornios, son seres únicos y especiales que dan suerte y siempre traen cosas especiales.

—Y vomitan arcoiris —dice Alexander con sarcasmo.

—No, pero si quieres puedes probar a frotarme el cuerno —replico, y decido atacar con lo que sé que le duele. No voy a ser la única chinchada aquí —. A lo mejor así encuentras un novio.

—¿Qué? No, ni de coña. Ni con cien cuernos de unicornio que concedieran deseos desearía eso —dice negando enérgicamente con la cabeza—. ¿Y por qué no hablamos mejor de tu vida amorosa? ¿Eh? ¿Qué hay de ti? ¿No vas a pedir deseos para ti?

—Yo soy feliz. Tengo todo lo que deseo, vivo con mi hermano mellizo al que adoro...

—No seas pelota —me interrumpe, pero le ignoro.

—...mi negocio funciona bien, tenemos un bonito techo bajo el que vivir y el amor no me falta. Aunque tampoco voy a cerrarme si llega algo bonito y especial. Pero eso sí, que aporte cosas buenas a mi vida o se vaya al carajo, porque de lo contrario mejor me quedo como estoy.

Alexander asiente, mastica el bocado que se ha metido en la boca y levanta la copa de vino como brindando por lo dicho antes de beber.

—Hermanita, cuando tienes razón hay que dártela. La verdad es que pareces una cabeza loca, pero siempre has sido muy madura. Envidio tu manera de llevar las relaciones... siempre has sabido dejarlas cuando no te aportaban nada, sin dramas ni historias —suspira—. Ojalá yo fuera así, me habría ahorrado tantas mierdas...

Veo que el brillo en los ojos se le amarga. Mi hermano tiene los ojos de color violeta, color extraño que comparto con él, y del que ambos nos sentimos orgullosos. Son preciosos, llenos de luz, y odio que se ponga triste porque se le ensombrecen. Estiro la mano y aprieto la suya con cariño, mostrándole mi apoyo: el pobre lo ha pasado mal, no ha tenido suerte con los hombres, y cada hombre que ha pasado por su vida le ha dejado una marca imborrable en el corazón, así que tiene una colección de heridas que ni Jesucristo.

—Alex..., tú no eres menos maduro que yo ni nada así, solo has tenido mala suerte, y de todo se aprende. Seguro que en el futuro nos esperan cosas muy buenas a los dos, con novios o sin ellos, ya verás.

Él sonrío a medias y se aparta el pelo de la cara. Lo lleva despeinado, como siempre, estratégicamente despeinado, lo que le da un aire juvenil y macarra que me encanta. Ahora, a la luz de las velas, parece más oscuro, pero a la luz del sol es castaño claro, con hermosos reflejos de miel. Cuando pienso en sus ex me dan ganas de matarlos y tirarlos al río..., ¿cómo nadie podría hacer daño a una persona así? Alexander es una de las personas más buenas y sensibles que conozco, y también de las más guapas, y no es porque sea su hermana.

Nos quedamos callados unos instantes, pero veo que mi hermano no ha borrado ese aire triste de su mirada, lo cual me preocupa.

—¿Qué sucede, Alex?

—¿Dónde crees que estará papá ahora? —me pregunta de pronto—. A veces, en este tipo de fechas me acuerdo de él y echo de menos ciertas cosas de cuando éramos pequeños.

No puedo evitar que este tema me ponga tensa. Toqueteo el cóctel de gambas con el tenedor, estirando la espalda y enderezándome, no quiero sonar brusca, pero sin darme cuenta, sé que mi voz suena cortante.

—No sé dónde está papá, y después de lo que ha hecho y lo irresponsable que ha sido me da igual lo que sea de él. No se preocupa por nosotros, así que nosotros no deberíamos perder el tiempo preocupándonos, ya ha dejado claro lo que significamos para él.

Alexander asiente, pero parece que no quiere dejar el tema donde está. Al final conseguirá ponerme de mal humor.

—¿Crees que las cosas hubieran sido igual si mamá no hubiera muerto?

«Ah, esto es lo que me faltaba, ¿en qué está pensando?».

—Mira, Alex, no me fastidies la noche hablando de estas cosas, ¿vale? No quiero pensar en ello, y no es momento para pensar en ello. Deberíamos estar hablando de cosas alegres y divertidas, y no de papá y mamá.

—Vale... vale —dice apresuradamente, y me llena la copa de champán, intentando salvar la situación con una sonrisa—. Tienes razón. Vamos a brindar por todas las cosas bonitas que tenemos.

Me tranquilizo al instante. Su sonrisa me ilumina la noche, y perdonar a mi hermano nunca me ha costado nada. Levanto la copa y le dedico una sonrisa ancha, demostrándole que todo ha quedado olvidado.

—Por ti, hermanito.

—Por ti, hermanita.

Los fuegos comienzan a arder en el cielo, precedidos por las explosiones que los impulsan, y voy corriendo a sentarme junto a mi hermano, apoyar la cabeza en su hombro y abrazarme a su cintura, observando el cielo multicolor.

Sí, mi vida es perfecta, y no necesito nada más.

Capítulo 2

Cuando llego al Blind Dates, sigo sin creer que me haya dejado enredar de esta manera por mi hija y por Juliet. No entiendo por qué mi hija se ha empeñado en buscarme «novia», y me pregunto si no es su manera de hacerme ver que necesita una mujer a su lado para que la ayude a capear la etapa en la que está a punto de entrar.

Lily es mucho más lista y avispada de lo normal, y eso consigue que le tenga mucho más miedo a la adolescencia que se nos echa encima a pasos agigantados.

Sí, tengo miedo, voy a reconocerlo, ¿por qué no?, a que empiecen los típicos «problemas» de mujeres y yo no sepa cómo afrontarlos. O las preguntas. Y La Charla, así, con mayúsculas. Si Alyssa estuviera viva, ella se encargaría de hablarle de la menstruación, de los chicos y cómo protegerse de ellos, de sexo y relaciones...

Me gustaría que siguiera siendo una niña durante el resto de mi vida y poder ahorrarme todas estas cosas, pero es inevitable que crezca y se convierta en una mujer, con todas las complicaciones que todo eso trae para un padre.

Que Dios me asista.

El restaurante es bastante coqueto, muy femenino, y eso me pone nervioso. Está en el barrio francés, en la parte baja de una casa colonial. Bajo los soportales hay una pequeña terraza con mesas en las que la gente está tomando copas mientras charla, y las ventanas están decoradas con macetas llenas de flores de todos los colores.

El interior es todavía «mejor». Cortinas de encaje, suelos de madera pulida, mesitas con centros de flores y velas... Las paredes están decoradas con carteles de Alphonse Mucha y Toulouse Lautrec, y un par de cuadros de Klimt. Los muebles son rústicos y un tanto eclécticos, de diferentes estilos, y tienen toda la pinta de ser reciclados. Están pintados de diferentes colores y tonos, no hay ni uno repetido, pero asombrosamente, siguen una armonía y no suponen un atentado demasiado grave contra los sentidos.

Pero no me gusta.

Tanto colorín me pone nervioso, y el estilo recargado y con tanto detallito por todas partes, me agobia. Soy un auténtico fan del minimalismo y el orden, me gusta que a mi alrededor todas las cosas estén en su sitio y tener estrictamente lo necesario y justo. Me relaja. Las cosas superfluas me agotan y este estallido exagerado a mi alrededor me pone muy nervioso.

Encima, para recochineo, vengo a una cita a ciegas obligado por la enana de mi hija.

Me pongo nervioso y, sin darme cuenta, toco la alianza. La llevo colgada del cuello con una cadena de oro. Han pasado seis años desde la muerte de Alyssa, pero he sido incapaz de deshacerme de ella. No la llevo puesta en el dedo porque sé que todas las personas a mi alrededor me darían la lata con eso. Me sé de memoria sus frases, repetidas hasta la saciedad, de que he de seguir con mi vida, que debo dejar el pasado atrás, que debería rehacer mi vida, que a Alyssa no le gustaría verme tan solo.

Pero soy incapaz de hacerme a la idea de compartir mi vida con otra mujer que no sea ella. Alyssa fue el gran amor de mi vida, y ninguna otra mujer podrá ocupar su lugar. El simple hecho de estar aquí, a punto de tener una cita, aunque sea a la fuerza, hace que me sienta como si le estuviera poniendo los cuernos.

Además, viendo el lugar, me temo que la pareja escogida no va a ser para nada de mi gusto. ¿Qué mujer responsable y seria se citaría con un desconocido? ¿En un lugar como este? Seguramente será una loca del coño.

Me dan escalofríos solo de pensarlo y me planteo salir huyendo como un cobarde, pero hago acopio de valor y camino derecho hacia la recepción.

Sale a mi encuentro una chica mona, tan ecléctica como el propio restaurante. Una media melena de corte recto, a la altura de los hombros, enmarca un rostro con forma de corazón. Le quedaría bien si no fuese porque lleva el pelo teñido de rosa. ¡De rosa! A juego con los volantes de su minifalda, que rebotan como si estuviesen impulsados por un muelle cada vez que ella da un paso sobre unas sandalias de tacones tan finos que podría agujerear con ellos una maldita caja fuerte. Tiene unas piernas largas y preciosas, he de admitir, y por un momento me quedo sin respiración cuando me la imagino rodeando mi cintura con ellas...

Jesús.

Aparto los ojos de sus tentadoras piernas y vuelvo a centrarme en su rostro. ¿Es purpurina eso que lleva en los párpados? Sí, sin lugar a dudas. Y el color de sus ojos no puede ser natural; nadie tiene los ojos violeta, excepto Elisabeth Taylor.

—Buenas noches —me dice con una sonrisa—. Me llamo Merry y soy su anfitriona. Si es tan amable de darme su nombre...

—Samuel Larson —le digo por inercia, porque realmente me he quedado sin habla. Su voz es musical y alegre, como un cascabel repicando.

Echa un vistazo a la tablet que lleva en la mano y teclea en ella, probablemente mi nombre. La tiene apoyada en el brazo y no puedo evitar fijarme en la camiseta de tirantes que lleva, muy, muy escotada, y que se pega a su busto como una segunda piel.

Tanto, que me doy cuenta de que no lleva sujetador cuando veo bien marcados sus pezones y un calor olvidado hace presa en mí y en mi entrepierna.

Jesús bendito.

¿Cuánto tiempo hacía que no me excitaba con una simple mirada?

Ni me acuerdo.

—Tiene mucha suerte, señor Larson. Su cita ya ha llegado. Ha sido afortunado de quedar con una mujer puntual, ¿eh? Un milagro así no es habitual —bromea y me guiña un ojo.

Dudo que esté coqueteando conmigo. Solo hace su trabajo, me digo. Por eso me mantengo serio y le dirijo «mi mirada», la que hace enmudecer a todo el mundo excepto a mi hija Lily.

Y, por lo visto, esta mujer es otra excepción.

—No me mire así, señor Larson, o pensaré que lo que le gustaría es tener una cita conmigo —me susurra muy coqueta mientras me da varias veces en el pecho con el lápiz óptico.

Sin esperar a mi réplica, se ríe y da un giro enérgico que hace que los volantes de su minifalda revoloteen todavía más alto que antes y casi se me

cae la mandíbula cuando, sin querer, atisbo sus bragas.

Allí, en medio de las magníficas nalgas, un emoji con los ojos con forma de corazón me sonrío con picardía.

—¿Viene conmigo, señor Larson?

«Ni loco», pienso, pero no me queda más remedio que cerrar la boca con un chasquido, carraspear para aclarar mi garganta y seguirla.

Estoy viejo ya para según qué cosas.

Mi cita, Theresa Mason, resulta ser el tipo de mujer que buscaría si tuviese la intención de rehacer mi vida. Seria, formal, con el maquillaje justo, vestida con austeridad pero elegante, el pelo recogido en un moño, y de un tono «normal».

Sí, he de admitirlo, todavía estoy impresionado con el pelo rosa de la anfitriona. Puedo aceptar que en la adolescencia, tanto las chicas como los chicos experimenten y hagan locuras (temo solo de pensar en Lily en esa etapa cada vez más cercana); pero cuando se está más cerca de los treinta que de los veinte, como es el caso, es hora de dejarse de chiquilladas como llevar el pelo de colorines, purpurina en los párpados, o bragas con emojis bordados en la parte trasera.

—¿Es la primera vez que vienes al Blind Dates? —me pregunta Theresa.

—Así es.

—Me parece extraño que un hombre apuesto como tú recurra a este tipo de servicio. Seguramente no tendrás dificultad para conocer mujeres.

—Trabajo mucho —digo como excusa. Me niego a admitir que ha sido la lianta de mi hija la culpable de mi presencia aquí.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —supira—. En mi trabajo conozco a mucha gente, pero la mayoría son parejas que buscan un hogar para formar una familia. Trabajo en una inmobiliaria. ¿Y tú? Pareces un hombre de negocios.

—Soy detective privado —contesto sin dar más explicaciones. No tengo muchas ganas de hablar, estoy incómodo y con ganas de salir de aquí.

Una camarera muy risueña nos trae la carta. Pedimos y no tardan en

servirnos. Mientras comemos, mantenemos una conversación bastante inocua. Theresa se interesa por mi trabajo. Como todo el mundo, ha visto muchas películas y cree que es fascinante y lleno de aventuras. La saco de su error con rapidez, explicándole que, en realidad, la mayor parte de mis ingresos provienen de cónyuges que creen que sus parejas los engañan, y quieren pruebas gráficas de ello. Se desilusiona, lo veo en sus ojos, pero no es que me importe en absoluto.

En realidad, tengo ganas de regresar a casa y estrangular a mi hija.

Theresa es el tipo de mujer que está en mi zona de confort: inteligente, tranquila, buena conversadora... E increíblemente aburrida. Habla y habla, pregunta y pregunta, pero no la he visto sonreír ni una sola vez.

Lo que me lleva a preguntarme: ¿qué narices ha puesto Juliet en mi perfil para que me citen con este aburrimiento de mujer? ¿Qué visión tiene de mí la esposa de Benedict?

No sé si quiero saber la respuesta.

Vuelvo a prestar atención a Theresa. Me está hablando sobre su divorcio, lo duro que fue, y yo quiero salir corriendo. Miro a mi alrededor y veo a la chica del pelo rosa mirando hacia nuestra mesa. Cuando nuestras miradas se cruzan, me guiña un ojo y me enseña el pulgar. Qué bonita es y qué lástima que esté tan loca.

—¿Y tú? ¿También estás divorciado?

—Soy viudo —contesto, lacónico, sin pensar.

Ella muda de expresión y se pone pálida.

—Lo siento, no debí haber preguntado —balbucea.

Sé que cuando lo digo así, tan bruscamente, la gente se retrae y se siente incómoda, pero a mí me da igual. Me siento cansado, aburrido, y quiero que esta cita acabe cuanto antes. Lo siento por Theresa, que parece una buena mujer y no merece que un gilipollas como yo le estropee la noche, por eso me sobrepongo y me esfuerzo por ser, por lo menos, un poco amable con ella.

—No te preocupes, es normal que hagas esa pregunta —le contesto—. Al fin y al cabo, esto es una cita, ¿no? —intento bromear, pero por lo visto no me sale bien del todo porque me devuelve la sonrisa de manera muy dubitativa,

como si ahora fuese ella la que tiene ganas de salir corriendo de aquí—. Mira, lo siento de veras, esto ha sido un...

Quiero decir que ha sido un error, que todavía no estoy preparado para tener citas, a ver si así consigo marcharme manteniendo un poco de dignidad, pero un estruendo y unos gritos hacen que deje de hablar y gire la cabeza bruscamente hacia la entrada.

—¡Esto es un atraco!

«Es muy clásico... de hecho hay que tener muy poca imaginación para ir con esos trajes. Pero la verdad es que es muy guapo».

—Esta es su mesa, señor Wilson —indico mientras guío al cliente que acaba de entrar. Aunque la verdad es que sigo pensando en el señor Larson.

«Samuel Larson», repito en mi cabeza en tono teatral. La verdad es que su nombre suena muy bien, le pega. Es una pena que vista con ese traje aburrido y sea tan serio, porque es muy atractivo: alto, con el pelo negro peinado hacia atrás y esas interesantes canas en las sienes, el rostro anguloso, la nariz grande y recta y esos preciosos ojos verdes que seguro que deben brillar como esmeraldas al sonreír. Si es que lo hace alguna vez.

«Creo que he acertado con su cita... o se gustan, o se mueren de aburrimiento», pienso mientras regreso a la entrada para seguir recibiendo a los comensales de esta noche.

Cuando veo a los dos tipos encapuchados y vestidos de negro entrar bruscamente en el local, pienso durante un instante que debe ser una broma, o que están grabando una película y ni siquiera soy capaz de asustarme.

—¡Esto es un atraco! —grita uno de ellos, y se abalanza sobre mí. Ahora sí. Ahora es momento de asustarme de verdad. Suelto un grito y trato de cubrirme detrás del atril, pero él es más fuerte que yo y me agarra, haciéndome daño en las muñecas al arrastrarme hacia el interior del local mientras su compañero cierra la puerta.

La gente ha comenzado a gritar, muchos se han quedado clavados en las sillas sin saber qué hacer.

Nos están atracando, y los dos encapuchados van armados, uno con una

pistola, con la que me está encañonando, y el otro con una recortada con la que señala a mis clientes. Estoy temblando como una hoja y tengo ganas de llorar, tengo miedo de que me disparen, o de que disparen a la gente, así que levanto las manos, tragándome las lágrimas.

—Tranquilos..., colaboraremos —oigo la voz profunda del señor Larson y vuelvo la mirada hacia su mesa—. Nadie tiene por qué salir herido, así que no nos pongamos nerviosos y hagamos esto fácil.

Se ha levantado, tiene las manos en alto y mira a los atracadores con una serenidad fuera de lugar. Sus ojos verdes parecen témpanos de hielo, y no hay rastro de miedo en ellos, cuando me mira siento que trata de transmitirme seguridad, dirigiéndome un asentimiento lento. Me doy cuenta de que uno de los cacos me ha puesto una bolsa en las manos, y entiendo a qué se refiere Sam: colabora, me está diciendo.

—Poned todo lo que tengáis de valor dentro de esa bolsa y haced caso a este tipo, estad tranquilos, dadnos vuestro dinero, móviles y relojes, y todo irá bien. Nos iremos como hemos venido.

El muy capullo me empuja para que me ponga a recoger las cosas, doy un traspié, estoy como un flan y los tacones no me ayudan, pero consigo mantener el equilibrio y voy pasando mesa por mesa. La gente me mira asustada, y tiran sus cosas en la bolsa: billetes, móviles, relojes y anillos. Al pasar junto a Sam siento que las piernas se me aflojan con los tembleques y casi caigo de bruces al suelo. Su brazo fuerte me rodea la cintura y me sujeta, impidiendo que me coma el parqué del restaurante. Durante un instante me apoyo en él.

—Tranquila, todo va a ir bien, solo haz lo que te digan —me susurra. Tomo aire y le miro, y siento que se me aflojan más la piernas.

No sé si es la adrenalina, lo alterada y asustada que estoy o el aroma amaderado y varonil que exuda este hombre, pero me sube un calor insoportable por todo el cuerpo y siento una excitación repentina al notar su brazo a mi alrededor. ¿Cómo puedo sentirme así en este momento? Debe ser cosa de los nervios, y de estar a punto de morir por un disparo. Siempre me han gustado las atracciones fuertes y las situaciones peligrosas, pero hasta ahora solo las había vivido en entornos controlados. Esto es una locura. Tal vez es verdad que estoy loca.

—¡Date prisa! No tenemos toda la noche —se impacienta el caco que me

apunta, y me aparto rápidamente de Sam, corriendo hacia la siguiente mesa para que metan en el saco sus pertenencias.

Mis pobres clientes me miran asustados, yo trato de tranquilizarlos, me acerco a una chica que está llorando a moco tendido y le agarro la mano con calidez, esperando consolarla, pero la verdad es que me tiembla todo del miedo que tengo.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces? Date prisa con eso —me increpa el caco. La chica llora más fuerte.

—Tranquila... verás como todo va bien. Esto durará poco —le digo a media voz a pesar de que el tipo que me está apuntando no parece muy paciente.

—¡He dicho que te des prisa!

Doy un respingo y me vuelvo hacia él, levantando el saco. Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Sam se está moviendo, mantiene las manos levantadas y su movimiento es sutil, pero se está acercando a uno de ellos, al que está apuntándome a mí.

¿Qué demonios va a hacer?

—¡No nos hagan daño, por favor! —grito repentinamente, fingiendo que los nervios han terminado por superarme mientras me vuelvo hacia ellos, cosa que no me cuesta demasiado, la verdad, estoy a punto de perderlos en serio.

Entonces sucede.

Lo que había intuido se vuelve realidad y veo casi a cámara lenta cómo Sam se arroja sobre el tipo que me apunta. Me siento como atrapada en una película, como si todo esto fuera un sueño, algo que realmente no me está ocurriendo a mí. Las manos grandes de Sam sujetan con fuerza al tipo de la recortada. Temo que me dispare, me encojo y todo el mundo se esconde debajo de las mesas. Platos y vasos caen al suelo causando un gran estruendo. Cuando Sam dirige la recortada del caco contra el otro, que está a punto de disparar, todo el mundo se cubre la cabeza, pero no puedo evitar mirarle, como si me hubiera quedado petrificada en el sitio con el saco lleno de cosas en la mano.

El sonido de los disparos me hace zumbear los oídos, la vidriera de la

barra se rompe en mil pedazos y el ladrón al que apuntaba Sam cae de espaldas al suelo, una salpicadura de sangre se esparce en el ventanal, pero sigue vivo a tenor de los gritos que da.

Parpadeo, anonadada, con el corazón a mil retumbándome en los tímpanos.

Sam está ahí, como un héroe de acción, con la expresión fría, le asesta un golpe en la nuca al que queda en pie con la culata de la recortada, y el tipo se desploma sobre el suelo. La adrenalina me corre por las venas y casi siento una descarga cuando todo termina.

—Llamad a la policía —anuncia Sam mientras le quita el arma al otro tipo, que lloriquea en el suelo con el hombro herido por un balazo—. Esto se ha acabado.

La bolsa se me cae de las manos, y ya no sé lo que hago.

Una euforia repentina se adueña de mí, fruto de haber salido viva de este tremendísimo susto, y sin pensarlo me lanzo contra Sam, que apenas tiene tiempo de reaccionar. Le rodeo el cuello con los brazos y le beso.

Es una locura, lo sé, pero lo estoy haciendo, necesito sacarme esto de dentro, ¡estoy viva! ¡Estamos vivos! ¡Y lo estamos gracias a él! Sam se ha puesto tenso, pero no se aparta, y un escalofrío ardiente me recorre la espalda cuando nuestras lenguas se tocan. Sí, le estoy besando con ganas y en profundidad, no soy dueña de mí misma ahora, pero entonces él me agarra de los brazos, siento sus dedos firmes y me aprieto contra él pero me aparta con un gesto más delicado del que habría podido esperar. Le miro, resollando, y él me da unas palmaditas en los brazos, seguramente pensando que estoy histérica e intentando calmarme con un gesto torpe, confuso por lo que acabo de hacer.

—¡Gracias! ¡Ha sido una pasada!

—Ah... Yo no... ¿Estás bien? ¿Está todo el mundo bien? —parece reaccionar al fin, y mira alrededor, soltándome.

—Sí... sí, ¡todos estamos bien gracias a ti!

He hecho el ridículo, lo sé, pero me da igual. Me da la risa tonta, y le limpio los labios con los dedos, lo que provoca que me lance una mirada extrañada y hostil. Yo finjo que lo que ha pasado no tiene ninguna importancia.

—Perdona, te he dejado carmín en los labios.

Qué remedio, más vale que nos tomemos esto con humor... y al menos saquemos algo positivo.

Como un beso con el héroe de la película. Por ejemplo.

Capítulo 3

Ya ha amanecido cuando por fin salgo de la comisaría. Me han tenido toda la noche declarando como si fuese un maldito delincuente, y solo porque parece que no les gusta que los ciudadanos de a pie se líen a tiros con los atracadores.

Bueno, yo no me lié a tiros. Solo di un disparo, y el único que salió herido fue uno de los mal nacidos que habían entrado a atracar. Pero sé que una parte de la policía de Nueva Orleans me la tiene jurada desde que contraté a Alan, y les encantaría verme pasar entre rejas unos cuantos días, solo para joder.

Por suerte, la mayor parte del departamento no está infectado con el virus de la corrupción y la sensatez ha terminado ganando.

Cuando piso el exterior de la comisaría y bajo las escaleras miro a mi alrededor por si veo a Merry, la dueña del restaurante. No sé por qué me siento decepcionado cuando me doy cuenta de que no está esperándome.

Es lo mínimo que podría haber hecho, ¿no? Al fin y al cabo, he impedido que atracaran su local, qué menos que esperarme para darme las gracias.

Otra vez.

Con un beso.

Me dan escalofríos al pensar eso. ¿Otro beso? A duras penas he sobrevivido cuerdo al primero y único que me ha dado. Sentir sus labios sobre los míos, su lengua atrevida luchando contra la mía... me ha hecho sentir vivo por primera vez en seis años. Y terriblemente excitado.

Jesús.

Me siento como si le hubiera puesto los cuernos a Alyssa.

Sí, ya sé que ella está muerta. Mi cabeza lo sabe. El problema es que mi corazón no ha querido darse por enterado. Sigue empeñado en echarla de menos, y gobierna mi conducta igual que si siguiera viva.

Nunca, en todos mis años de matrimonio, he mirado a otra mujer. Jamás. Cuando me veía obligado a pasar meses alejado de ella mi única compañía

sexual era mi mano, e incluso así, a veces masturbarme me hacía sentir como si la estuviera engañando.

Aunque mi estímulo sexual fuesen las fotos tan atrevidas que ella me enviaba por correo electrónico.

Sonrío, recordando. Era una mujer tan alegre, vital, y divertida...

Sentirme atraído por Merry hace que me pregunte si es porque tienen eso en común, pero me digo que no enseguida. He conocido muchas mujeres que comparten esas mismas características, y no he sentido deseos de llevármelas a la cama.

Además, Merry es muy excéntrica. Alyssa jamás se hubiera teñido el pelo de rosa, ni llevaría bragas con un emoticono en la parte trasera. Y, mucho menos, una falda lo bastante corta como para enseñarlo.

Subo a un taxi y le doy la dirección del restaurante. Tengo que ir a por mi coche, que todavía está allí aparcado. Me trajeron a comisaría en un coche patrulla, como si fuese un delincuente y tuviese intención de huir de mi responsabilidad.

Idiotas.

Cuando llego a casa, miro el reloj.

Son las seis de la mañana, la hora en la que salgo a correr todos los días.

Quizá hoy debería dejarlo y echarme a dormir un rato. Estoy agotado y la cama me llama a gritos.

Pero la rutina lo es todo para mí. Me ayuda a levantarme cada mañana, a desayunar, a funcionar, en resumen. Sin la rutina que tengo establecida mi vida sería un caos e iría a la deriva, como un trozo de madera después de un naufragio.

Además, hoy es domingo, y le he prometido a Lily que por la tarde iríamos al parque de atracciones, lo que significa que sufriré una gran cantidad de estrés que se acumulará con el que ya llevo encima.

Seguro que me taladrará a preguntas sobre la cita, preguntas que no podrán quedarse sin respuesta porque mi hija es así, no se conforma con las evasivas

o con un rotundo «no quiero hablar de eso». Ah, no, ella insistirá e insistirá, y yo tendré que mentirle diciéndole que me lo he pasado bien, pero que no ha surgido la chispa necesaria para tener una segunda cita con Theresa, cuando la verdad es que sí han saltado chispas, pero no con ella.

Sino con una loca que lleva el pelo rosa, minifalda de volantes y unas bragas con un emoticono, y que me ha puesto loco cuando me ha dado un beso de tornillo. Un beso que consigue que se me acelere la respiración solo con recordarlo.

Jesús.

Será mejor que corra mis diez kilómetros y afronte la tarde con tranquilidad, o acabaré en la cárcel por cometer infanticidio.

Ya tendré tiempo de dormir por la noche, como las personas normales.

—¿De verdad no ha surgido chispa, papá?

—Ninguna en absoluto.

—Pero Theresa es un nombre bonito, ¿no?

—Sí, es muy bonito.

—¿Y por qué no le das otra oportunidad? Quizá en una segunda cita...

—No, cariño. Eso no funciona así. Si no hay chispa a la primera, difícilmente la habrá después.

—Bueno, pues no nos daremos por vencidos. Seguro que acabaremos encontrando alguna mujer que te haga tilín.

Me horrorizo solo de pensarlo.

—Nada de eso. Se acabaron las citas a ciegas, ¿me oyes, Lily?

Toda la tarde ha sido así, tal y como me temía: Lily volviendo al tema de las citas a ciegas una y otra vez, empeñada en hacer de casamentera.

Jesús, qué cruz.

—¡Papá! ¡Subamos a la montaña rusa!

Corre hacia la cola. Sus trenzas rebotan y se le deshace uno de los lazos

rojos que lleva atados en el pelo.

—¡Lily! ¡No!

Voy detrás de ella. Sé que ya tiene diez años, que no es un bebé, y que tiene que correr y saltar de aquí para allá como si le fuese la vida en ello, pero me horroriza perderla de vista un solo instante.

—¿Cuántas veces te tengo dicho que no quiero que te apartes de mi lado? —la riño cuando la alcanzo—. Además, la montaña rusa es demasiado peligrosa. No vamos a subir. ¿Y si volvemos a las tazas?

—Papá, por favor, eso es para niños pequeños —me contesta con condescendencia. Ella a mí—. La montaña rusa es lo más, y todos mis compis de clase se han subido. La única que no lo ha hecho soy yo, ¡y soy más alta que la mayoría de ellos!

—Me da igual que tengas la altura necesaria para subir. Ya lo harás cuando cumplas dieciocho años y puedas tomar tus propias decisiones. Mientras tanto...

Se enfurruña, cruzándose de brazos y poniendo morritos, como si estuviera a punto de hacer pucheros.

—Sabes que soy una niña, ¿verdad? Y como tal, tengo que divertirme. Si de mayor estoy traumatizada por no haberme divertido lo suficiente ahora, vas a tener que pagarme el psicólogo.

Cuando me sale con estas cosas me deja mudo. Es como una vieja con cuerpo de niña.

—Nadie se traumatiza por no haberse divertido lo suficiente de niño —rezongo, pero sé que ya ha ganado esta batalla por mucho que yo me resista.

—¿Y tú qué sabes? ¿Acaso eres psicólogo?

—No, pero...

—Pero nada, papá. Está claro que te encanta amargarme la vida.

Suspiro, resignado. Esta niña va a ser mi perdición. Ella, y el sentimiento de culpabilidad que arrastro por no pasar con ella las suficientes horas.

Sé que debería estar más con Lily. La señora Johnson es una estupenda niñera, pero yo soy su padre, y debería ocuparme más de mi hija.

Pero, por mucho que lo intento, en realidad no puedo.

Después de la muerte de Alyssa nos mudamos a Nueva Orleans porque yo tenía la esperanza de que volviendo a mi ciudad natal las cosas me serían más fáciles. Vivir en una casa nueva en la que no tendría recuerdos de ella me facilitaría la transición y no me sería tan complicado pasar por las fases del luto.

Pensé que dejaría la pena atrás.

Sin darme cuenta de que la tristeza y el dolor por la pérdida me acompañarían allí donde fuese.

Así que después de seis años, sigo refugiándome en el trabajo para no pensar en Alyssa.

Y eso hace que no atienda a Lily como debería.

Soy un mal padre.

Maldita sea mi estampa.

—Está bien, subiremos a la maldita montaña rusa.

—¡Papá! ¡No digas palabrotas!

Sonríó al ver su carita de indignación por mis palabras malsonantes.

Ni que ella fuese una santita.

Nunca he comprendido por qué la gente grita tanto en las montañas rusas, si no es para tanto. Tirarte en paracaídas en plena zona enemiga, mientras las balas vuelan a tu alrededor, eso sí hace que la adrenalina se dispare. Pero bajar a toda velocidad en un aparato que ha tenido mil revisiones e inspecciones, y que es completamente seguro, a mí me provoca la misma emoción que el vuelo de una mosca.

—¡Papá! —Lily se ríe, mirándome—. ¡Pones cara de mostrenco! ¿No te diviertes?

—Contigo, siempre, cariño —le contesto, atento a que ella esté bien sujeta.

—¡Pero ríete, por Dios! ¡Déjate llevar!

La miro levantando una ceja y ella hace un gesto con la cara, exasperada.

—Pero qué soso eres —rezonga, y vuelve a mirar hacia adelante mientras estalla en carcajadas mezcladas con gritos cuando nos ponemos boca abajo y todo el mundo queda del revés durante unos segundos.

—¿Quieres que compremos la foto? —le pregunto cuando bajamos.

Ella asiente. Se ha divertido mucho, aunque yo me siento un poco mal por no haber compartido la misma alegría. Quizá tiene razón esta mocosa de diez años y debería haberme dejado llevar para compartir su alegría.

La próxima vez haré el esfuerzo, me prometo.

—Siempre sales serio en las fotos —me dice Lily. Tiene la foto en las manos y la está mirando muy seria, analizándola. Me la da para que la guarde y me mira con los ojos entrecerrados, con una decisión en la mirada que hace que me dé un escalofrío. De los malos. De los que avisan de que se avecinan más problemas—. Está visto que necesitas urgentemente a alguien que ponga tu vida patas arriba, porque está claro que yo sola no lo consigo.

—¿Y por qué quieres que alguien ponga mi vida patas arriba?

—Porque no ríes nunca, papá. Hace siglos que no te oigo reír. Y eso me rompe el corazón.

Todo esto ha sido una locura. Lo último que esperaba era pasarme el domingo en comisaría, poniendo la denuncia y testificando, pero después de lo sucedido supongo que era lo más lógico. El domingo, pues, mi restaurante permaneció cerrado y yo estuve al borde de un ataque de ansiedad hasta que las cosas comenzaron a encauzarse. A veces en la vida suceden estas cosas, sobresaltos, golpes que pueden pararnos durante algún tiempo, pero yo prefiero tomar decisiones, hacer que las cosas avancen y dejar las cosas malas atrás cuanto antes. Así que el domingo por la noche hice unas cuantas llamadas para que esta mañana el carpintero y un equipo de limpieza estuvieran trabajando en poner a punto el local para volver a abrir esta noche. No voy a dejar que esto nos afecte y mucho menos que nos meta el miedo en el cuerpo para volver a trabajar. Blind Dates es una parte importante de mi vida, me centra y me estimula, y pienso que de alguna manera estoy haciendo algo bueno ayudando a gente afín a encontrarse. De mi local han salido parejas

felices que han acabado casándose, y guardo fotos de cada una de ellas en mi colección de éxitos. No voy a dejar que nada enturbie eso.

Eso sí, me he permitido dormir hasta tarde. Estoy tan cansada que cuando me despierto siento como si mis párpados fueran de hormigón. Me cuesta la vida abrir los ojos, pero mientras vuelvo al mundo real, el primer pensamiento que viene a mi cabeza es Sam, el héroe que nos salvó del atraco. Su imagen con la recortada en la mano, golpeando al caco con decisión y haciéndose cargo de la situación como un profesional viene a mi cabeza como una invocación, y una sensación agradable me cierra el estómago al recordar el sabor de sus labios.

Le besé. Estoy loca, pero así fue, y no es que me arrepienta. Fue un impulso incontrolable, después de lo sucedido me sentía viva, más viva que nunca, con una euforia que no había sentido jamás y a la que decidí dar rienda suelta. Luego, en la comisaría, me dio el bajón... como el que te da cuando te has pillado una buena borrachera y luego te sientes triste y absurda sin motivo (bueno, yo tal vez sí tengo motivos para sentirme absurda, pero un poco de absurdo es bueno en la vida). La verdad es que me desanimó no haber coincidido con él allí, le busqué a la salida, pero él ya se había ido así que me fui directa a casa a abrazarme a mi cama.

«En fin..., supongo que aquí termina esta aventura», me digo mientras remoloneo entre las sábanas. Sin embargo, yo no soy nada conformista, y todo esto me ha sabido a poco. Quiero volver a ver a Sam, y... bueno, quiero darle las gracias como es debido sin que acabe pensando que soy una loca peligrosa y acosadora de maduritos.

Lo mejor es que me ponga en contacto con él y haga las cosas bien, sí.

Lo he decidido. Así que me levanto aún con las legañas pegadas a los ojos y busco en mi despacho la ficha de Sam (tengo fichas de todos mis clientes, ya sé que eso no ayuda a dejar de parecer una acosadora, ¡pero es parte de mi trabajo!). Veo anotado en la tarjeta el número de teléfono de quien hizo su reserva: Juliet. Recuerdo la conversación, y que me hizo mucha gracia que aquella cita fuera una sorpresa de la hija de Sam, según me explicó la mujer. Por lo visto, tiene una familia que se preocupa por él, y eso me hace sentir bien. Marco el teléfono, y al otro lado me responde la voz conocida:

—¿Sí? Dígame.

—Hola, Juliet, soy Merry, la gerente del Blind Dates, hablamos la semana pasada.

—¿El Blind...? Ah, sí, el restaurante de citas. ¿Ha ocurrido algo? ¿Se ha portado bien Sam?

No puedo evitar reírme ante la pregunta.

—Más que bien. El sábado, justo durante su cita, sufrimos un percance del que él se hizo cargo y me gustaría agradecerérselo.

—Dios mío... ¿qué ocurrió?

—Entraron a atracar el local y Sam los detuvo —le explico sin poder evitar que se me acelere el corazón tontamente al volver a recordarlo.

—¿De verdad? Es increíble... ¿Y tú estás bien? ¿Sam está bien?

—Sí, estamos todos bien, por eso me gustaría hablar con él. No tengo su teléfono ni su dirección ya que fuisteis vosotras las que contactasteis conmigo.

—Sí, claro, apunta las señas.

Juliet me da el teléfono de Sam, y también la dirección de su casa. Es agradable, y parece aliviada de que al final no haya ocurrido nada. Nos despedimos y cuando cuelgo guardo bien el papelito con su dirección.

He tenido una idea genial para agradecerle como es debido su actuación. Y no, esta vez no habrá besos.

Bueno, no los habrá si él no quiere.

A las seis de la tarde estoy ante la puerta de su casa. Es una casa unifamiliar de dos plantas, con un pequeño jardín en la entrada que cruzo después de abrir la cancela. Llevo un paquete entre manos, una caja de cartón fino de color rosa con un gran lazo verde. Dentro está la tarta que he sustraído de mi propio restaurante para regalársela a Sam. Es de fondant, y está decorada con flores de azúcar, Sam no tiene pinta de ser un tipo al que le gusten las flores, pero lo que importa es el detalle, ¿no?

Llamo al timbre, y me abre una señora de rostro amable y redondo.

—Buenas tardes —me saluda, mirándome un poco extrañada. Supongo que

es por el pelo rosa, y por la caja rosa, y por la camiseta rosa. Sé que soy llamativa, no voy a hacerme la tonta—. ¿Qué se le ofrece?

—Hola, ¿está Sam? Le he traído un regalo —le digo con una enorme sonrisa, intentando mirar hacia el interior de la casa.

—Sam está trabajando ahora mismo, pero puedo guardarle el regalo y dárselo de su parte cuando regrese.

Oh, vaya. Claro. No había contado con eso. La gente trabaja. Sam trabaja. Debí llamar antes de venir.

Suspiro desilusionada. Tenía muchas ganas de verle, y darle una sorpresa con la tarta estrella de Blind Dates que no pudo comerse para rematar su accidentada cita.

—La verdad es que preferiría dársela yo misma..., ¿a qué hora regresa?

—Suele llegar muy tarde. No se preocupe, yo se lo daré, Sam lo agradecerá igualmente —me responde amablemente.

—¡Hola! —Doy un respingo y miro hacia abajo. Una niñita de preciosos ojos verdes, despiertos y chispeantes, y el pelo castaño recogido en dos coletas me mira con muchísima curiosidad. Se ha colado entre la señora y yo—. ¿Eres la cita de mi padre del sábado?!

—Lily... ¿no deberías estar haciendo los deberes? —la riñe la señora.

—Señora Johnson, ya los he hecho —le replica ella, y vuelve a mirarme—. ¿Lo eres?

—No, soy la dueña del local donde tuvo esa cita. Tu padre detuvo un atraco y nos salvó a todos, ¿sabes? Así que he venido a agradecerérselo con una tarta.

—¿Eso hizo papá? —pregunta con sorpresa, y me agarra la mano libre para llevarme adentro. La señora Johnson sonrío y se hace a un lado, dejándonos paso antes de cerrar la puerta—. Ven, ven. Tienes que contármelo todo —dice con entusiasmo, tirando de mí hacia el salón—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Merry, ¿y tú?

La niña me sienta en el sofá del salón y se sienta a mi lado. Está entusiasmada y yo parezco su atracción de la tarde, pero la verdad es que me

encanta. No me desagradan los niños.

—Yo soy Lily, y me encanta tu pelo.

—Gracias —respondo con una sonrisa, dejando la tarta sobre la mesita auxiliar.

—¿Cuántos ladrones fueron? ¿Llevaban pistolas? ¿Mi padre sacó una pistola para pararles? ¿Hubo heridos? ¿Muertos? ¿Hubo muertos?

Lily me interroga como una metralleta, disparándome una pregunta tras otra, y entre risas y aspavientos, con algunas exageraciones y adornos de mi cosecha, le explico con pelos y señales lo que ocurrió, aunque no le cuento lo del beso de tornillo.

Cuando me quiero dar cuenta, hemos abierto la caja de la tarta y estamos dando buena cuenta de ella con los cubiertos que ha sacado la señora Johnson al ver que Lily comía despreocupadamente con las manos.

Esta cría me cae bien.

Capítulo 4

He tenido un día ajetreado.

Por la mañana, a primera hora, una reunión con el señor Thomas Cavendish, de Cavendish y Asociados, un bufete de abogados que busca aumentar su plantilla de investigadores privados. Es una firma importante que nos proporcionaría un buen volumen de trabajo y haría que nuestros ingresos aumentaran.

No es que la agencia funcione mal, ni mucho menos. Tenemos una buena reputación y los clientes acuden a nosotros con facilidad, pero firmar un contrato con Cavendish y Asociados nos daría una estabilidad que hasta ahora no tenemos.

Cuando la reunión con el señor Cavendish ha terminado, he tenido dos más.

Han sido horas de hablar, escuchar, sonreír, asentir, y explicar lo mismo una y otra vez.

Parece que después de seis años de trabajo desde que fundé esta agencia, empiezan a tomarnos en serio y las grandes empresas de Nueva Orleans se han puesto de acuerdo para solicitar nuestra colaboración.

Cavendish y Asociados quiere investigadores para que les ayude en sus pleitos. Sotench Technology necesita que investiguemos un asunto peliagudo de espionaje industrial. Y en Maltech quieren que indagemos en el pasado de todo su personal porque acaban de firmar un contrato muy sustancioso con el gobierno y necesitan saber que todos sus empleados son de fiar.

Después, le he dedicado tiempo al caso que llevo entre manos: el suicidio de una mujer cuyo hijo se niega a aceptar. Está convencido de que fue asesinada, y quiere que busque pruebas que obliguen al departamento de policía a reabrir el caso.

Sí, un día muy completo que me ha dejado mentalmente agotado.

Por eso, cuando me ha llamado la señora Johnson para decirme que tengo una visita muy rara en casa, y que será mejor que vaya hacia allí echando

leches (palabras literales), me he alarmado.

¿Una visita rara?

Debería haberle pedido más detalles, como el aspecto físico del visitante, o si era hombre o mujer. Pero me he alarmado de tal manera (¡mi hija está en casa, Jesús!) que he salido pitando del despacho sin apenas despedirme de Suzie y he conducido como un loco hasta llegar.

Entro en casa resoplando como un buey, camino hasta el salón esperando encontrarme quién sabe qué, y lo que veo me deja sin habla.

Merry y mi hija están sentadas en el sofá, comiendo a dos carrillos palomitas y una extraña tarta floreada que no sé de dónde ha salido, mientras siguen de pe a pa todo el diálogo de la película de Disney que están viendo.

Vaiana, cómo no.

La peli favorita de mi hija, la que me ha obligado a ver con ella tantas veces que hasta yo puedo seguir los diálogos y las canciones sin equivocarme.

Si es que yo hiciese esas cosas.

—*Papá, ¿qué vas a hacer?*

—*Debería haber quemado esos barcos hace tiempo.*

—*¡No! ¡Eso no! Hay que encontrar a Maui. Él devolverá el corazón.*

—*¡No hay ningún corazón! ¡Esto no es más que una piedra!*

No sé cómo reaccionar a esta extraña invasión de mi intimidad.

Por un lado, ver a mi hija partiéndose de risa junto a Merry hace que me dé cuenta de hasta qué punto necesita una madre, una mujer que esté ahí para ella, para hacerse cargo de las cosas que yo no soy capaz de afrontar (porque soy un padre de mierda que se agobia solo de pensar en lo que se le viene encima, sí, lo admito. Estoy aterrorizado).

Incluso llego a pensar, y me horrorizo al darme cuenta, que Merry parece muy a gusto, como si este fuese su lugar, en mi casa; y que solo falta yo en el sofá, riéndome junto a ellas, para que el cuadro esté completo.

Pero...

Este no es el lugar de Merry. Es el lugar de Alyssa.

Y me siento tan mal conmigo mismo al darme cuenta de que por un momento he pensado que Merry, una completa extraña a la que casi ni conozco, podría ocuparlo, que la sobresalto preguntándole con brusquedad:

—¿Qué haces aquí, en mi casa?

¿Por qué invades mi vida? ¿Qué haces riéndote con mi hija? ¿Por qué parecéis tan felices y contentas? ¿Por qué me obligas a pensar en cosas en las que no quiero?

Pero, ante todo, ¿por qué estás viendo con ella *nuestra* película?

Lily, cómo no, pasa de mí. Me saluda alzando una mano sin girar la cabeza, y me dirige un «hola, papi» perezoso, con la boca llena.

Merry, en cambio, se levanta de un salto. Tiene el rostro ruborizado y me mira con una mezcla de timidez y aprensión que hace que me sienta todavía peor.

—Hola. Verá, señor Larson... —¿Señor Larson? Frunzo el ceño porque no me ha gustado nada esta formalidad—. Solo he venido para traerle esta tarta en agradecimiento por lo que hizo por mí el sábado por la noche. Cuando salí de com...

No la dejo terminar. La interrumpo bruscamente porque no quiero que hable delante de Lily de lo que pasó el sábado por la noche. De hecho, me parece raro que la pequeña cotilla no pregunte al respecto.

—No es necesario, pero como ya lo ha hecho: no hay de qué.

Le hago un gesto cortante para que me acompañe hasta la puerta. Estoy siendo muy maleducado y no me gusta ser así, pero me gustan menos las visitas inesperadas, sobre todo si tienen el pelo rosa y visten con una camiseta de tirantes ceñida y unos shorts que dejan a la vista sus espléndidas piernas, unas piernas que me quitan la respiración y hacen que me excite.

Jesús, qué cruz de mujer.

Merry se despide de Lily dándole un beso en la mejilla y me acompaña en silencio hasta la puerta. Parece cohibida, algo que a estas alturas ya sé que no es propio de ella, pero cuando está a punto de salir, se gira hacia mí y me mira con sus extraños ojos violeta echando chispas.

—Solo pretendía ser agradecida, ¿sabes? No era necesario que me trataras

como si fuese una delincuente, o una acosadora, o viniera a venderte un plan de telefonía. ¿Qué problema tienes? ¿Tratas así a todo el mundo que intenta acercársete?

Tiene razón. He sido injusto, borde y maleducado, y que sea una mujer excéntrica y rara, que haga que piense en noches de sexo sudoroso entre sábanas de seda, no excusa mi comportamiento.

—Lo siento, tienes razón. Solo... me ha sorprendido encontrarte en mi casa. Pero eso no es excusa. Ni siquiera lo es que no quiera que mi hija sepa nada de lo ocurrido el sábado —añado susurrando para que Lily no me oiga—. Ella no sabe el peligro que entraña mi trabajo, y prefiero que siga así.

No sé por qué digo esto último. Lo del sábado no tuvo nada que ver con mi trabajo, pero no puedo hacer desaparecer las palabras una vez dichas.

¿Será que quiero alardear de ser un hombre duro delante de Merry?

Jesús, solo me faltaría eso, querer impresionarla.

Merry sonrío de oreja a oreja. Parece que mis disculpas han sido suficientes para cambiarle el humor, y siento una especie de satisfacción nada alentadora.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—Soy el dueño de una agencia de detectives.

—¡Qué interesante! —Los ojos violeta le brillan como si le hubiese dicho que soy un magnate del petróleo o algo por el estilo—. Me encantaría que me contases más cosas sobre tu trabajo. Es muy de novela y me parece súper interesante. Y, como quiero darte las gracias como Dios manda, voy a invitarte a cenar. Además —añade haciendo un remedo de tristeza que no cuela—, la tarta que te he traído nos la hemos comido entre Lily y yo, y eso no es justo. Era para ti.

—Gracias, pero no puedo aceptar.

Me mira entrecerrando los ojos, y me golpea el pecho con un dedo índice mientras me contesta. Me dan ganas de cogerlo y llevármelo a la boca para chuparlo, para seguir después por el brazo hasta llegar al escote y...

¡Jesús!

La miro a los ojos rápidamente y le pongo mi mirada de «para ahora mismo con eso», pero lo único que provocho en ella es que se eche a reír.

—No te estoy preguntando, Samuel Larson. Vas a cenar conmigo sí o sí. No tienes otra opción.

Me mira con ojos decididos e inclina un poco el rostro. ¿Está coqueteando conmigo?

—¿Y cómo piensas obligarme?

No debería seguirle el juego, pero me estoy divirtiendo y no puedo evitarlo. Hace años que no hago algo así con una mujer.

Demasiados.

Merry sonrío como una diablilla. Se acerca a mí hasta que nuestros cuerpos casi se tocan. Se pone de puntillas y acerca la boca a mi oreja.

—Sé dónde vives. Y me enteraré de dónde trabajas —me susurra.

—¿Me estás haciendo chantaje?

No me aparto. Me es imposible hacerlo. En realidad, lo que quiero es dar el paso que nos separa, abrazarla contra mi cuerpo y besarla hasta que pierda el sentido.

Pero ella sí se aparta para mirarme con los ojos muy abiertos, fingiendo sorpresa e inocencia.

—¿Yoooo? ¿Chantajeeee? Qué va, nada de eso.

No puedo evitar soltar una carcajada. La disimulo rápidamente fingiendo una tos, pero sé que ella se ha dado cuenta porque me mira con ojos divertidos y me dice:

—¿Eso significa un sí en toda regla?

—Pensé que no tenía opción.

—Es verdad, porque puedo convertirme en una verdadera acosadora, si es lo que hace falta para que salgas a cenar conmigo.

—Entonces, supongo que tú ganas.

—¡Perfecto! —exclama con alegría, dando palmas como una chiquilla—.

Pasaré a recogerte mañana a las siete en punto. ¡Ponte guapo para mí!

Se va contoneando exageradamente las caderas, pavoneándose de su triunfo y provocándome al mismo tiempo, completamente feliz.

Jesús, dónde me he metido.

Suelto una risa entre dientes y cierro la puerta. Cuando me giro, veo a mi hija detrás de mí, observándome como un búho. De repente, alza los brazos, mira al techo y grita con dramatismo:

—¡¡Gracias, Dios mío!!

—¿A qué viene eso? —le pregunto, sorprendido y extrañado a partes iguales.

—¿En serio tienes que preguntármelo? —dice señalándome con un dedo acusador. Cuando se pone en este plan, mi propia hija me da mucho miedo—. Merry es una mujer. Y te gusta. ¡Te gusta! ¡Es un milagro!

La expresión de triunfo en su rostro hace que me den ganas de refunfuñar cosas como:

—¿No tienes deberes que hacer, o algo?

—No. Papá, en la escuela de verano no ponen deberes, pero me voy a dar un baño porque creo que me lo he ganado, y después me acostaré, que mañana tenemos excursión en la escuela y tengo que madrugar.

—¿No deberías cenar antes de acostarte?

—¿Con la cantidad de calorías que me he metido en el cuerpo por culpa del pastel que ha traído Merry? Ni hablar. ¿Crees que mi estómago es un pozo sin fondo?

Lo repito. Cuando mi hija habla como una adulta, me da miedo. Y me dan ganas de empezar a darme cabezazos contra la pared. Quizá si me provocho una fuerte jaqueca, tenga excusa para esconderme en mi dormitorio y huir de ella.

Si ahora, con diez años, es así, no quiero ni pensar en qué se convertirá cuando las hormonas empiecen a hacer de las suyas.

Que Dios me asista.

La miro mientras sube las escaleras al piso de arriba, y la oigo canturrear

una canción cuya tonada no reconozco.

—Sam y Merry se dan un besito, tralaralará. Sam y Merry se miran como corderitos, tralaralarí.

Creo que voy a esconderme y a echarme a llorar.

Cuando arranco el coche para volver a casa me siento bullir por dentro. Es la sensación efervescente de antes de enfrentarme a una gran aventura, o una emoción fuerte, como saltar en paracaídas o subirse a un kayak en un río tumultuoso. Pensaréis que es exagerado, pero hacía tiempo que no me sentía tan excitada con una cita. Sé que Sam es un hueso duro de roer, pero en parte, eso le vuelve más interesante, y a mí me encantan los retos.

Me muero por contárselo a Alexander. Y de hecho, no puedo aguantar sin hacerlo. Conduzco a toda velocidad de vuelta a casa y aparco en la calle, frente al local de mi hermano. El Spectrum se encuentra aún cerrado, es pronto, pero sé que dentro ya se están preparando para el espectáculo nocturno, así que entro por la entrada lateral. Una escalinata sube a nuestra casa, pero yo me cuelo por el pasillo que se abre por debajo de ella, donde un corredor da directamente a los camerinos. Al entrar, las voces familiares de los artistas llenan el ambiente de risas y gritos entre los pequeños habitáculos.

—¡Glitter! ¿Tienes tú mi *highlighter*?

—Mira, cariño, te lo he tenido que esconder porque vas a dejar ciegos a los espectadores.

—¿Dónde está? Eres una maldita bruja.

Por las voces que dan, parece que estén a punto de matarse, pero no tardo en escuchar las risas cuando Lady Stardust se cuela en el camerino de Glitter. Son las dos drag queen más veteranas del local de Alexander, y hacen un magnífico espectáculo de baile y humor que llena el local todas las noches. Cuando me asomo al camerino, Glitter tiene la cara llena de purpurina, haciendo honor a su nombre, solo que esta vez ha sido Lady Stardust la que le ha espolvoreado un frasco de polvo brillante en la cara.

—Cielo, yo brillo con luz propia, no necesito más purpurina —se queja Glitter entre risas.

—Nunca es suficiente purpurina —responde Lady Stardust.

Están a medio vestir, con la malla para las pelucas en la cabeza, los vestidos de tubo de lentejuelas de colores chillones y el maquillaje incompleto. A veces parece que se pelean en serio, pero normalmente sus discusiones terminan con explosiones de carcajadas y palmadas en el culo. Se conocen desde hace demasiado tiempo y la complicidad es evidente.

—¡Hola, chicas! Me encanta tu maquillaje de esta noche, Glitter. ¿Por dónde anda mi hermano?

—¡Merry! —saludan al unísono.

Las dos se vuelven hacia a mí y se acercan para darme dos escandalosos besos en las mejillas. Lady Stardust me agarra de los brazos y me mira intensamente. El *eyeliner* vuelve sus ojos felinos y la sombra de ojos resalta el precioso azul de sus iris.

—¿Y ese brillo en la mirada? ¿De dónde vienes? —me dice con un tono de sospecha, entrecerrando los ojos—. Tú has follado.

—Eres una ordinaria —se queja Glitter.

—¡Stardust! ¡Claro que no! —finjo escandalizarme yo.

—Sí, sí, algo te ha pasado. Vienes con cara de boba —insiste ella.

—En serio, no he hecho nada, ¡pero tengo una cita!

—¡Felicidades, nena! —Glitter aplaude.

—Dale ejemplo a tu hermano, no le vendría mal —dice Lady Stardust, y me da una palmada en el culo, apremiándome.

—¡Eso voy a hacer! Os dejo con vuestra purpurina, que me vais a pringar.

Alexander está en la barra, comprobando el nivel de las botellas y ultimando detalles antes de abrir. Los camareros están limpiando y bajando los taburetes de la barra. Agarro uno y me siento en él. Alexander levanta la mirada de la libreta donde está anotando los licores que escasean.

—Ponme un daiquiri —le digo con una enorme sonrisa.

—¿Un daiquiri?

—Sí, con sombrilla.

—¿Qué celebramos? —Alexander me mira extrañado mientras coge las botellas y comienza a prepararme el brebaje—. Es muy pronto para empezar con el alcohol, ¿y no deberías estar en el restaurante? Las cenas deben estar a punto de comenzar.

—Para algo tengo un *maitre*. Él me sustituye como anfitrión cuando yo no estoy.

—Qué bien vives —responde riéndose por lo bajo.

—¡Ya lo sabes! Pero no sabes lo mejor...

—¿Qué pasa? Suéltalo ya.

—¡Tengo una cita!

Alexander casi derrama el almíbar fuera de la copa al escucharme. Abre mucho los ojos, luego me mira con escepticismo.

—¿Una cita? ¿Una cita con quién? —pregunta con desconfianza.

—Con un hombre alto, guapo y apuesto. Me salvó la vida el sábado cuando nos intentaron atracar.

—Ah..., ¿el matón que se lió a tiros con los atracadores poniendo en peligro a todo el mundo cuando lo más sencillo hubiera sido darles lo que pedían y dejarles marchar? —Alexander me mira, y yo me encojo de hombros—. ¿Sabes? Para esas cosas pagamos un seguro carísimo.

—Lo que sé es que eres un aburrido sin sentido de la aventura —replico, poniéndole la sombrilla al daiquiri que me desliza sobre la barra.

—Lo que soy es sensato, y tú deberías serlo más, no te vaya a salir el tiro por la culata con la aventura.

—Alexander... —resoplo—, estás muy amargado con las cuestiones amorosas, ¿eh? A ver si aparece tu príncipe azul de una puñetera vez y dejas de estar tan rancio.

—He conocido a muchos príncipes azules, hermanita, y todos han acabado convirtiéndose en ranas al cabo de un tiempo, lo que pasa es que tú vives en las nubes con los unicornios y no te enteras.

Doy un sorbo al daiquiri y suspiro con fastidio. Siempre que tengo citas Alexander parece disgustarse más que alegrarse por mí.

—Eres un aguafiestas... Venía contenta con lo que ha pasado a contarte que tengo una cita después de... no sé, siglos, y en lugar de alegrarte por mí no haces más que poner pegas. Parece que quieras que esté amargada también — me quejo, poniéndole un puchero. Estoy dramatizando un poco, pero en verdad me afecta, me gustaría que mi hermano me apoyase un poco más con estos asuntos.

Alexander parece darse cuenta y sale de la barra, bordeándola para llegar hasta mí, y sin decir nada me rodea con sus brazos y me estrecha con fuerza, dándome un beso en la cabeza.

—Venga, venga... No seas tonta, solo era una broma.

—Sabes que no...

—Bueno, pero ahora sí lo es, perdóname por esas cosas. Sabes que me preocupa que puedan hacerte daño, los tíos somos idiotas, todos sin excepción —dice apartándose un poco de mí y mirándome a la cara—. Espero conocer pronto a ese adonis del que hablas.

—Eeeeh, frena, frena. No vayas tan rápido —le digo dándole un golpecito con el índice en el pecho—. Ya veremos cómo van las cosas, aunque tengo un buen presentimiento.

Mi hermano se sienta en el taburete a mi lado y me roba el daiquiri, dándole un buen sorbo a la pajita y esbozando una sonrisa que se me antoja triste. Al mirarle con más atención me parece ver rastros de cansancio en su rostro. Sé que no está bien, que hace tiempo que no lo está, desde su último desengaño amoroso, y que no ha podido recuperarse. Hace años que se ha cerrado en banda a cualquier tipo de relación, y eso me rompe el corazón, porque es un chico sensible y cariñoso y sé que se está sintiendo muy solo desde entonces.

—Espero que te vaya bien —me dice, aunque no lo dice con mucho ánimo.

Le agarro la mano y se la estrecho con cariño.

—Alexander... ¿por qué no lo intentas? Salir..., tener una cita, divertirte.

—No es tan fácil... No tengo tiempo para buscar, y además... sabes que en el ambiente nocturno la gente es diferente, no puedes buscar nada serio aquí.

—No, pero puedes hacerlo en otros lados... ¿por qué no te apuntas a una

página de citas?

—¿Ligar por Internet? Eso no lo es lo mío —responde, negando con la cabeza y con el dedo índice al mismo tiempo, indicándome que acaba de cerrarse en banda a esa opción.

—Ligar no es lo tuyo desde hace años, pero vas a tener que practicar para no olvidarte del todo de cómo se hace.

—No seas mala... —replica—. Es que me da miedo que me engañen... ¿y si su avatar es falso y me enamoro de un adefesio sin saberlo?

—No seas superficial.

—Eso lo dice la que va a salir con el Capitán América —dice alzando una ceja con una expresión irónica.

—Por su edad es más bien Iron Man —le sigo la broma, riéndome mientras sorbo el daiquiri.

—¿Cómo? ¿Qué edad tiene? —me pregunta de pronto alarmado, quitándome el daiquiri de la mano para que le preste toda la atención.

—No se la he preguntado, pero unos cuarenta. Es un madurito sexy.

—¿En serio? Es demasiado viejo para ti —me dice escandalizado.

—Alexander, habíamos quedado en que te alegrabas por mí e íbamos a celebrarlo —le reprocho.

—No me he comprometido a nada —me replica desabrido.

—Bueno, pues comprométete. Tienes que alegrarte por mí, soy tu hermana y me tienes que apoyar.

—Pero ¿y si...?

—¡Y si nada! Alégrate —le ordeno medio en broma.

Alexander se pasa la mano por el pelo y acaba asintiendo.

—Vale, vale. Me alegro. Espero que al menos esté bueno.

—Ni te lo imaginas —le digo poniéndome en pie y dándole un beso en la mejilla entre risas—. Más tarde te veo, hermanito, tengo que ponerme guapa.

—¡Suerte con el vejestorio, espero que no necesitéis Viagra! —me grita

mientras me dirijo al pasillo.

—¡No exageres! Solo es un madurito, y eso significa experiencia.

Cuando salgo del local subo las escaleras a casa de dos en dos, ansiosa por comprobar hasta qué punto llega la experiencia de Sam en las citas.

¡Me muero por saberlo!

Capítulo 5

Son las cuatro de la tarde y ya casi he terminado con mi trabajo. Estoy dándome prisa por acabar con el último tramo de papeleo para poder irme a casa pronto.

Esta noche es la cita con Merry.

Cita.

Jesús.

Bueno, no es una cita cita.

Supongo.

Espero.

Aunque en el fondo, muy en el fondo, hay una parte de mí que sí quiere que lo sea. Esa parte irracional que se siente atraída por ella, que hace que mis ojos se vayan solos hacia sus piernas y que mi mente vague hacia imágenes no aptas para menores de edad.

Sus piernas alrededor de mis caderas.

Sus pechos en mis manos.

Sus gemidos en mi oreja.

Mientras empujo mi...

No, fuera, no puedo pensar en esas cosas. No debo hacerlo. Merry solo quiere agradecerme que evitase el atraco. Está siendo amable y nada más.

Así que será mejor que no me monte películas que, por otro lado, no quiero que se hagan realidad.

Merry me gusta, pero todavía pienso mucho en Alyssa, y hasta que su recuerdo no esté tan presente en mi vida, no puedo ni plantearme la idea de intentar rehacerla.

Además, ¿por qué he de rehacer algo que me gusta tal y como está?

Estoy bien así como estoy, solo, con Lily, mi trabajo y sin más líos ni

complicaciones.

Suzie asoma la cabeza por la puerta y me mira extrañada. Sabe que no es normal en mí que me apure para irme tan pronto, y eso no sé si me molesta. El ser tan predecible, me refiero.

Antes de dejar la CIA mi vida no tenía nada de aburrida ni de monótona. Todo lo contrario. Ser un agente de campo me ponía en mil peligros constantemente, y la adrenalina fluía con tanta facilidad que ya casi ni me hacía efecto.

—¿Tienes cita con el médico que tienes tanta prisa por marcharte?

Me lo pregunta con los ojos entrecerrados. Ella sabe perfectamente que no tengo ninguna cita programada a esta hora, y lo único que quiere es cotillear.

—Tengo una reunión con un cliente —le miento descaradamente.

Frunce el ceño, como si intentara recordar.

—Qué raro, en la agenda no hay nada. ¿Qué cliente es ese?

—Uno nuevo del que no sabes nada.

Le contesto con evasivas porque no quiero decirle que tengo una cita. La que se podría armar si lo confieso. Benedict y Alan se enterarían en tres coma cero segundos, y las bromas a mi costa serían antológicas.

No me gusta ser el centro de sus chistes malos.

—¿Cómo no voy a saber nada si uno de mis trabajos es organizarte la agenda?

—A ver, S.S., ¿estás intentando interrogarme?

S.S. es su mote, y lo usamos cuando queremos molestarla. Su nombre es Suzie Storm, así que son sus iniciales, pero el doble sentido que le damos es mucho más macabro, con referencias a la Gestapo.

—De intentar, nada. Por si no te has dado cuenta, lo estoy haciendo descaradamente.

Le echo mi «mirada», la que deja petrificado a todo el mundo (excepto a Lily y, al parecer, Merry), y se queda quieta durante unos segundos.

Pienso que por fin he conseguido que se calle y deje de hacerme preguntas,

pero endereza la espalda y echa los hombros hacia atrás antes de seguir machacándose.

—Si no me dices qué citas tienes, ¿cómo esperas que haga bien mi trabajo?

—¿Tengo alguna cita más esta tarde?

—Sabes de sobra que no.

—Entonces, ahí tienes tu respuesta. Haces tu trabajo magníficamente bien y no necesito nada más.

Me sigue con la mirada mientras salgo de la oficina. Se ha quedado de pie apoyada en el dintel de la puerta, con los brazos cruzados, nada conforme con la conversación que acabamos de tener.

Sé que quiere saber a dónde voy. Pero no pienso decírselo.

Juliet me advirtió hace un tiempo de que Suzie siente algo por mí, pero no le di importancia. Creí que estaba equivocada porque para mí es como una hija, o una hermana pequeña, y mi afecto por ella es totalmente fraternal; pero este tipo de reacciones y lo pendiente que siempre está de mis movimientos, hacen que a veces me pregunte si Juliet tiene razón.

Debería tener cuidado. Y hablar con ella. Por nada del mundo me gustaría hacerle daño, pero no puedo permitir que se haga ilusiones con algo que nunca podrá ser.

He llegado a casa y me he dado una ducha rápida. Estoy en mi dormitorio, a medio vestir solo con la ropa interior mientras dispongo ordenadamente el traje clásico que voy a ponerme esta noche. He de escoger camisa y corbata, pero no me decido por ninguna en concreto

—¿Vas a ir a una cita con esos calzoncillos de abuelo?

La voz de Lily me sobresalta tanto que casi me da un infarto. Me giro y le grito.

—¡Qué haces ahí! ¿¡No tienes nada mejor que hacer que andar espiándome!?

Me arrepiento al instante. Nunca le grito a mi hija. Jamás. Pero me ha

pillado concentrado y he respondido de una manera que nada tiene que ver conmigo. ¿Dónde está el Sam al que nadie conseguía sorprender por la espalda? ¿El que nunca se sobresaltaba, ni siquiera cuando las bombas llovían a su alrededor?

Esta hija mía va a acabar conmigo.

—Papá, lo mejor que puedo hacer en estos momentos es vigilar que no metas la pata con la ropa. Y, por lo que veo, mi vigilancia es esencial porque has escogido fatal. Deberías cambiarte esos calzoncillos. Son muy viejos. Y feos.

Pocas veces alguien consigue que me ruborice, pero Lily acaba de hacerlo. Siento el calor subir por mi rostro y me dan ganas de empujarla fuera de mi dormitorio y cerrarle la puerta en las narices.

Sinceramente, no sé por qué no lo hago.

—¿Qué más dan los calzoncillos? Nadie me los va a ver.

—¿Y si resulta que sí te los ve? ¿Eh? ¿Entonces qué? Va a pensar que eres un abuelo.

No sé cómo afrontar esto. En serio. No tengo ni idea de cómo afrontarlo. Y lo hago de la peor forma posible: tratándola como a una niña pequeña.

—Hija, los niños no deben enseñarles la ropa interior a las niñas.

—Papá. —Me mira de esa manera con la que lo hace cuando me va a decir algo que me va a volver la cabeza del revés. Le brillan los ojos con travesura y tuerce los labios en una mueca que es una especie de sonrisa de suficiencia —. Tú no eres un niño. Eres un adulto. Y los adultos, a veces, os enseñáis los calzoncillos y las bragas. Y tenéis sexo.

Me escandalizo. Mucho. Creo que se me han abierto tanto los ojos que están a punto de salir rodando. Y la mandíbula está en algún lugar por debajo de la cama.

—¿Pero a ti qué cosas te enseñan en el colegio?!

—Estas cosas no se aprenden en el colegio, papá, se aprenden en la vida —contesta muy peripuesta, con una mano en la cintura y la otra señalándome con el dedo. Si se lo propone, llegará a ser una gran actriz. Tiembla, Julia Roberts.

—¿Ha sido tu tío Alan? Voy a matarlo. Muy despacio.

—¡Claro que no! —Suelta un resoplido y pone los ojos en blanco. Tengo la impresión de que mi hija piensa que soy tonto, o algo—. Lo leo en las revistas.

—¿Qué revistas?

Ahora soy yo el que pone los brazos en jarras. Supongo que debo estar ridículo, con esa postura, en calzoncillos, delante de una criaja que me mira con cara de superioridad.

—En la *Cosmo* que lee la señora Johnson.

—Voy a tener que hablar muy seriamente con la señora Johnson para que no se deje sus revistuchas tiradas por ahí, a tu alcance.

—Papá, este momento tenía que llegar tarde o temprano, y como tú no me explicas las cosas de los adultos, pues tengo que buscarlas por mi cuenta, o preguntarle a tío Alan —añade con picardía—, que él sabe mucho de la vida.

—Ni se te ocurra hacerle preguntas a tu tío Alan. Sobre nada.

Solo faltaría eso, mi hija interrogando sobre «cosas de adultos» a un seductor nato como Alan. A saber qué ideas retorcidas sería capaz de meterle en la cabeza.

Pero Lily tiene razón. Está camino de los once años, y es hora de que tenga con ella La Charla, así que no me queda más remedio que tomármelo con filosofía y encarar el momento cumbre de mi carrera como padre: hablar con mi hija sobre sexo, menstruación, cambios hormonales...

Jesús.

¿Alguien en la sala que me quiera pegar un tiro, por favor?

—Está bien. —Me siento en la cama y me tapo con la sábana. No me encuentro cómodo hablando de sexo con mi hija estando en ropa interior—. Siéntate, y hablamos.

Lily se acerca, me pone las manitas en los hombros y sacude la cabeza.

—Papá, ahora no es el momento —me dice con condescendencia, como si hablara con alguien de inteligencia limitada—. Ahora debes prepararte para tu cita y espero que cumplas como un hombre. Yo te ayudaré a triunfar.

No puedo con esta niña. De verdad, no puedo.

Me caigo de espaldas y empiezo a reírme a carcajadas.

Al bajar del coche me inclino delante del espejo retrovisor para comprobar por enésima vez que el maquillaje está en su lugar. Me encanta maquillarme y odio que se me corra el rímel o no darme cuenta de que llevo la mejilla manchada de sombra de ojos. Pongo morritos delante del espejo y me retoco el pintalabios fucsia rabioso que me he puesto, y que provoca un contraste precioso con la sombra de ojos verde que he elegido, a juego con mi vestido pin-up. Sé que los tíos no aprecian cosas como estas, pero el cancán de debajo de mi falda, el lazo que ajusta mi cintura y mis tacones son del color exacto de mis labios. De hecho, saber que todo está a mi gusto en mi aspecto me da seguridad y hace que me vea guapa, si a ellos no se lo parece no tiene gran importancia, aunque en secreto os diré que me gusta impresionar, por si no os habíais dado cuenta.

Me ajusto bien el lazo del corsé del vestido a mi espalda y me recoloco los pechos en el escote, mirándome en el espejo como si tratase de seducirme a mí misma.

—Eres la bomba, Merry, y vas a triunfar.

Me lanzo un beso y camino hacia la puerta, pisando fuerte con mis tacones altos y sintiéndome una estrella de Hollywood de los años cincuenta. Al llegar a ella, llamo al timbre y apenas pasan unos segundos hasta que se abre, sorprendiéndome por la rapidez de la respuesta. Miro a Sam ilusionada, porque si ha abierto tan pronto, es que me estaba esperando en candelita detrás de la puerta. Hago un amago de entrar, pero él sale de la casa y cierra tras de sí sin darme tiempo siquiera a saludar.

¿Estará huyendo de algo? No tardo en comprobarlo cuando la voz de Lily se deja oír al otro lado de la puerta.

—¡Pásalo bien, y usa protección!

A Sam le da un ataque de tos y su cara se pone a juego con la corbata fucsia que lleva. La miro sorprendida, aguantándome la risa al ver el apuro que el pobre está pasando. Él se ajusta la prenda con gran dignidad y carraspea al recuperar el control.

—Ah... Buenas noches, señorita —dice escuetamente.

—Buenas noches, señor Larson —le digo con tono de broma. No me conformo con un saludo tan formal, así que ni corta ni perezosa le doy dos besos en las mejillas, al estilo francés, y le dedico mi mejor sonrisa mientras agarro su corbata, mirándole con curiosidad y malicia. —¡Qué corbata tan chula! Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo, ¿eh?

La cara de Sam es un poema al agobio. Está entre confuso y apurado, como si no estuviera en su terreno. Y me temo que no lo está, yo elegí a su cita en el Blind Dates y sé que estaría mucho más cómodo con una mujer más tranquila, seria y aburrída. De hecho, por lo visto estaría más tranquilo sin ninguna mujer en absoluto, pero yo no he nacido para sembrar la paz.

—La ha elegido Lily —trata de excusarse—. Se ha puesto muy insistente y no he querido desilusionarla.

—Pues Lily tiene un gusto excelente —digo dándole con la punta de la corbata en la nariz, con suavidad, y soltándola.

—No sé yo... —refunfuña, pero su gesto parece relajarse, como si verdaderamente apreciase mi opinión al respecto de la corbata.

—Pues yo creo que te da un punto.

—¿Un punto de qué?

—No sé, un punto interesante. Un punto atrevido, sexy... —respondo encogiéndome de hombros.

Es divertido ponerle nervioso, porque lo hace con cualquier tontería, y como esperaba vuelve a sonrojarse como un tomate. Aunque esto me divierta espero que acabe relajándose al final y viendo que las cosas no son tan complicadas.

—Bueno... —carraspea él—. ¿Nos vamos ya?

—Parece que tienes mucha prisa por cenar.

—Lo que tengo es mucha prisa por huir antes de que mi hija salga a darme un consejo más.

Su respuesta me hace soltar una carcajada. Me encanta Lily, seguro que le da mucha vida a su padre, y me alegro de que esté de acuerdo con esto y sea,

de alguna manera, mi cómplice, no me gustaría estar causando problemas en la relación entre un padre y una hija, y eso me hace sentir muy tranquila. La verdad es que nunca he salido con hombres con hijos así que todo esto es nuevo para mí.

Le agarro de la mano y tiro de él con suavidad para llevarle al coche. Al principio, Sam se queda algo tieso y temo que vaya a soltarse de manera brusca, pero al final cede, como si fuera un animalito receloso.

—Tu hija es muy rica, debe ser muy divertido vivir con ella.

—No estoy seguro de que divertido sea la palabra... —dice con resignación.

El trayecto hasta el restaurante es corto e intenso. Me gusta conducir deprisa y me pone nerviosa la gente que no sabe conducir, así que he tenido que decirle un par de cosas a algún tonto a las tres por saltarse un ceda o ir más lento de lo que debería. Al aparcar frente al local Sam abre apresuradamente y sale del coche como alma que lleva al diablo. Ha pasado de estar rojo a estar blanco. Supongo que se habrá mareado, pero con lo bien que conduzco, me parece muy raro. En fin, supongo que es un poco sensible y tal vez se ha asustado por los dos semáforos que me he saltado en ámbar... (bueno, tal vez estaban un poquito rojos). En cualquier caso, tampoco ha sido para tanto.

Me agarro de su brazo y le sonrío. Él toma aire y parece reponerse poco a poco.

—Pensaba que ibas a llevarme a tu restaurante.

—¿A mi restaurante? —suelto una risilla y niego con la cabeza—. Para una vez que tengo una cita pienso mantenerme bien lejos de mi trabajo.

—¿Cita? Pensaba que era una broma y solo querías darme las gracias y compensar lo de la tarta que te comiste con Lily.

—Ah, sí, claro. Eso también.

Vuelvo a reírme, pero esta vez tengo que forzarlo un poco, porque esa respuesta no me ha gustado. Él cree que llamarlo cita es una broma, pero para mí no lo ha sido en ningún momento, de hecho, pensé que se había dado

cuenta, pero parece bastante encabezonado con no tener una cita ni nada que se le parezca.

Tal vez estoy emocionándome demasiado con esto y debería echar el freno, pero la verdad es que estoy ilusionada, y no me gusta pensar que pueda estar aquí por compromiso. Sé que soy un poco insistente y que a veces los hombres se sienten intimidados por mi seguridad pero... creo que Sam es distinto y que si en el fondo no hubiera deseado esto me habría dejado las cosas clarísimas ayer.

Bah, no importa. Solo ha sido un comentario y no voy a dejar que eso me quite la ilusión. Yo no me rindo fácilmente y me he propuesto convertir esto en una cita y terminarla como es debido: besándonos.

Juro por mi pelo rosa que esta noche va a ser perfecta.

Capítulo 6

El Doris Metropolitan está en al Barrio Francés y es un restaurante muy elegante. Y muy caro. Me siento extraño porque haya sido ella la que ha insistido en invitarme. Yo me hubiera conformado con un par de hamburguesas del McDonalds, pero sospecho que Merry no es mucho de comida basura.

—¿Has venido alguna vez a comer aquí? —me pregunta mientras nos acompañan hasta nuestra mesa.

Me comporto como el caballero que soy, y aparto su silla para que pueda sentarse.

—No —le contesto mientras ocupo mi lugar. Es una respuesta lacónica, pero no quiero admitir que, aunque me gano bien la vida, este tipo de asadores están un poco fuera de mi alcance—. No deberías haberme traído a un lugar tan caro.

Merry me mira, divertida ante mi incomodidad, y me guiña un ojo.

—Para mi hombre, lo mejor.

Sé que se está burlando de mí. Sonríe de medio lado y yo resoplo.

Su hombre.

Qué tontería.

—Cualquiera diría que estás intentando ligar conmigo —le replico.

Se ríe, porque se acuerda de que ella me dijo esta misma frase cuando nos conocimos.

—Estás gracioso hoy. Eso me gusta.

—Se hace lo que se puede.

Vuelve a reír, y coge la carta que el camarero nos ofrece para leerla con interés.

Aprovecho para observarla. Es muy guapa, y el modelito que se ha puesto hoy, estilo pin-up, le queda muy bien. Casi parece salida de una película de

los años cincuenta. Lástima que el pelo rosa rompa el encanto de todo el conjunto.

Pero mis ojos se van ineludiblemente hacia el corpiño ajustado y el escote, por el que asoman traviosos unos pechos con los que se me hace la boca agua.

Aparto la mirada con rapidez y le echo un vistazo a la carta del restaurante, pero no sé qué pedir. Seguro que todo está riquísimo, pero me dan apuro los precios.

—¿Te fías de mí? —me dice, con esa mirada traviesa que, empiezo a comprender, es muy típica de ella.

¿Me fio? No debería. De hecho, sé que está algo loca, pero creo que hoy voy a apostar fuerte.

—Me fio.

—¡Estupendo!

—Pero no me pidas cosas raras.

—Me imaginaba que eres el típico americano al que no le gustan las excentricidades, y veo que no me he equivocado.

Merry empieza a pedir y el camarero se vuelve loco apuntando en la pequeña tablet. Esta mujer está loca. ¿A cuántas personas más piensa dar de comer hoy? Pide costillas, chuletas, entrecots, varios tipos de ensalada, patatas fritas, asadas, pimientos, varios tipos de salsa diferentes, y una buena botella de vino.

¿Dónde piensa que vamos a meter toda esta comida? Yo abulto el doble que ella y no podría comerme ni una tercera parte de lo que ha pedido.

—¿Esperamos a alguien más? —le pregunto al fin, cuando el camarero, ya medio mareado, nos deja solos.

—No, ¿por?

Me mira sin comprender a qué viene mi pregunta, y casi me dan ganas de reír al ver su rostro desconcertado.

—Entonces, ¿eres una bruja y pretendes cebarme para comerme, o algo así?

Merry suelta una carcajada y algunos de los comensales a nuestro alrededor se giran para mirarla.

—¡No me lo puedo creer! Hoy estás que te sales, ¿eh? Una broma detrás de otra. —Entonces sus ojos brillan de una manera diferente, y me mira de arriba abajo, acariciándome con la mirada, pasándose la lengua por el labio inferior, muy, muy lentamente—. Aunque... lo de comerte... me lo estoy pensando.

Creo que me he puesto tieso como una escoba. Bueno, al menos, una parte de mí sí se ha puesto así. Como un tronco, más bien. Esa lengua traviesa asomando levemente entre sus labios, y mi imaginación, me han hecho trizas la compostura y la capacidad de raciocinio.

Me he puesto como una moto, vamos. Cachondo. Cavernícola. Unga unga.

Porque Merry es muy atractiva, y me produce el mismo efecto que un imán en el hierro: me atrae irremediabilmente.

Algo que no me gusta. No me hace ni pizca de gracia que mi cuerpo reaccione por su cuenta y riesgo. Yo siempre tengo el control, y ni un solo pelo de mi cabeza se mueve sin mi permiso.

Excepto ahora, en este momento, en que algo se mueve y no es precisamente del tamaño de un pelo.

Jesús.

Me remuevo incómodo en el asiento, porque de repente los pantalones me aprietan donde antes me iban a su justa medida.

Que estas cosas le pasen a Alan, que piensa mayormente con el pene, vale. Pero no a mí, que soy un hombre serio y centrado que no me dejo llevar por la pasión y las tonterías.

Y, desde luego, no soy un adolescente con las hormonas enloquecidas por una sola mirada y por una lengua inocente.

Aunque sea la lengua de Merry.

Con la que sueño que me haga cosas, muchas cosas indecentes y...

¡Jesus! ¡Que tengo una hija de diez años, por el amor de Dios! ¡Deja de pensar en sexo!

Cuando me doy cuenta, Merry está masticando muy despacio, mirándome muy fijamente. Trago saliva y la nuez está a punto de salirse por la boca.

—¿No tienes hambre? —me dice, y al bajar la mirada, me doy cuenta de que me han servido y ni me he enterado.

Delante de mí tengo un plato lleno a rebosar de comida.

Vuelvo a mirarla. Me está intentando tomar el pelo, provocándome, y creo que voy a demostrarle hasta dónde soy capaz de llegar. Mi madre no parió a un cobarde.

Le muestro mi sonrisa más seductora y le susurro mientras la miro con intensidad:

—Tengo mucha más hambre de la que crees.

Ella se echa a reír. ¡A reír! No hay manera de amedrentar a esta mujer, ni con miradas, ni con sonrisas, ni con susurros sensuales... Siempre consigue que acabe sintiéndome un idiota.

—Pues empieza —me dice señalando mi plato—. ¿Qué te apuestas a que termino antes que tú?

Su plato está igual de rebosante que el mío. ¿En serio piensa que puede ganarme en algo así?

—¿Vas a poder meterte todo esto —señalo el plato con un dedo—, en este cuerpecito que tienes?

—En este cuerpecito caben cosas que no te puedes ni llegar a imaginar. — Si hubiera estado masticando, habría escupido la comida sin querer. Y si hubiera estado bebiendo, la habría rociado como un aspersor. ¿Qué ha querido decir exactamente con eso?—. Venga, señor valiente, ¿qué apostamos?

Casi ni me he recuperado de la impresión por el doble sentido de su comentario, pero soy un hombre y no me dejo amilanar así como así, por lo que carraspeo para aclararme la garganta y digo:

—¿Lo que cueste la cena?

—Nada de eso —me dice, muy digna—. Sería muy vulgar. Es mucho mejor apostarnos un beso. ¿Qué te parece? El que pierda, tiene que besar al otro. Pero un beso como Dios manda, ¿eh? En la boca, y con lengua.

Me reafirmo en mi conclusión: Merry está como una cabra. ¿Qué mujer con dos gramos de sentido común querría besar a un hombre al que, técnicamente, acaba de conocer?

Mi respuesta es inmediata: una mujer como Merry.

Merry la loca. Merry la inconsciente. Merry la divertida. Merry la graciosa. Merry la que se viste como si llevar muchos colores fuese una cuestión de vida o muerte. Merry la del pelo rosa, los ojos violeta, y la sombra de ojos de purpurina. La que lleva bragas con emoticonos.

Merry la que ya me ha besado antes. Y con ese beso consiguió que se despertaran sensaciones que creía que estaban más que muertas para mí.

Le miro los labios sin poder evitarlo, al evocar el beso que me dio días atrás. Cuando hizo que me sintiera vivo de nuevo.

Un escalofrío de anticipación me recorre la espalda.

Sería fantástico repetir la experiencia.

¿O no?

«Estás jugando con fuego».

Sí, lo sé. Y hay momentos en que deseo quemarme.

Como ahora.

¿Por qué no hacer caso a mi hija, y «comportarme como un hombre»?

—Acepto la apuesta.

Porque, gane quien gane, seré yo el afortunado que se llevará el beso de la chica.

No por casualidad he sido ganadora de dos concursos de comer, ¿sabéis? Sí, esos en los que estáis pensando en los que la gente come como si el mundo se fuera a acabar al instante siguiente y terminan con comida por todas partes. Soy peor que el protagonista de *Crónicas carnívoras* (gran programa, por cierto). Así que aquí estoy, intentando convertir esto en una cita romántica mientras como como una cerda. Y lo mejor es que a Sam no parece importarle. No solo eso, él también está comiendo, totalmente picado con la apuesta que

hemos hecho. Y no es que yo sea un pozo sin fondo, que también, es que la motivación por besarle es suficiente para que me aplique a conciencia en ganar esta apuesta.

No me fio en absoluto de él y si gana es capaz de no darme ni un cochino beso en la mejilla.

No puedo tolerar algo así.

No, no.

No tenemos conversaciones incómodas ni absurdas, solo nos dedicamos a comer, y yo pido agua para poder pasar la comida (no quiero acabar borracha perdida y no enterarme de nada) mientras Sam me mira cada vez más atónito, como si no pudiera creerse que esto es real. Lo que le he dicho antes, aunque sonase a cochinado, no era ningún farol, y se lo estoy demostrando.

Que él se quede mirándome como un pasmarote es bueno para mí, puedo aprovechar la ventaja para comer, y lo hago, desde luego que lo hago.

—Si sigues comiendo así te vas a poner enferma —me mira, mirándome como si fuera de otro planeta.

—*Fi hablaf mufo afabaráf perfienfo* —le digo sin molestarme en tragar. A Sam parece resultarle graciosa la forma en la que no se me entiende absolutamente nada, y un amago de risa, grave y agradable, brota de su boca antes de que la corte de raíz.

«Maldita sea, qué estirado que es. Cómo me gusta».

Él carraspea y sigue comiendo, pero con mucha más tranquilidad que yo, como si perder no le importase en absoluto.

«Ya ha aceptado que va a perder. Normal. Tal vez quiere, precisamente, que sea yo quien le bese», fantaseo mientras damos buena cuenta de las bandejas de comida.

Cuando, a punto de reventar, consigo embutirme el último trozo de hamburguesa, levanto los brazos triunfal.

—¡Gané! —grito con emoción, y veo cómo la cara de Sam se tiñe de rojo según las miradas de casi la totalidad del comedor se vuelven hacia nosotros.

Levanto los puños como un luchador de lucha libre dándose un baño de

multitudes e imito una ovación hasta que la gente deja de mirarnos, y entonces cojo la copa de vino y la levanto para brindar con Sam. Él carraspea, bajando la mirada y sin saber dónde meterse.

—Nos están mirando mucho —dice incómodo.

—Qué más da. Que disfruten del espectáculo —replico, y sonrío de oreja a oreja, triunfante—. Además, lo que pasa es que sienten envidia.

—¿Envidia de qué? ¿De tu estómago sin fondo?

—No; ellos tienen envidia de ti porque estás con una tía despampanante, y ellas me tienen envidia a mí porque soy capaz de comerme todo esto sin engordar ni un gramo... —Hago una pausa y levanto las cejas—. Y... bueno, puede que también por estar con un hombre atractivo como tú.

«¡Buuuum! Aquí viene la artillería pesada».

La cara de Sam vuelve a ponerse colorada, y mira de reojo hacia la gente, que ha seguido comiendo y a sus conversaciones y ya no nos presta atención. No puedo evitar soltar una risilla.

—Es super mono que un hombre tan serio como tú se ruborice con tanta facilidad.

—¿Te has propuesto hacerme estallar de la vergüenza? —refunfuña, poniéndose aún más rojo.

—Lo que me he propuesto es otra cosa, y es que brindes conmigo por que me he ganado un beso —replico con una espléndida sonrisa, triunfal, mientras levanto la copa de nuevo.

Sam levanta la suya, un poco cohibido, y brinda conmigo, y aunque me mira, sé que no sabe dónde poner los ojos. Le he visto echarme un par de vistazos inconscientes al escote, y sé que le llamo la atención porque intenta disimularlo con demasiado empeño... así que supongo que no todo está perdido con este hombre.

—Por una noche espléndida.

Sam bebe con cara de circunstancias y yo le guiño un ojo, cada vez más ansiosa por descubrir qué oculta este hombre tan severo en su interior.

Y por darle ese beso que me he ganado limpiamente, y que sé que en el

fondo desea.

La cena ha sido maravillosa. Nada común, pero es que a mí no me gustan las cosas comunes, y aunque Sam parece un hombre clásico, sospecho que de alguna manera le viene bien un poco de caos en su vida, porque de no ser así no habría aguantado tanto después de terminar la cena. Comimos postre (sí, SIEMPRE hay un hueco para el postre) y estuvimos conversando sobre su trabajo y el mío; le he contado anécdotas de parejas que han venido a mi restaurante y hasta he conseguido arrancarle alguna carcajada, corta y reprimida, pero preciosa.

La verdad es que me gusta escucharle reír, tal vez porque parece un hombre que no lo hace demasiado a menudo. También hemos hablado un poco de Lily, y de lo terremoto que es y lo muy loco que le vuelve.

No es demasiado comunicativo en lo que se refiere a su vida personal, pero lo comprendo, al fin y al cabo, apenas nos conocemos y sé que le doy un poco de miedo. No soy exactamente su tipo de mujer, pero a veces las apariencias engañan, y lo que no parece convenirnos en absoluto es lo que mejor nos sienta en ciertas circunstancias.

Me pregunto si estas serán nuestras circunstancias, y la incertidumbre me hace cosquillas en el estómago. Unas agradables cosquillas que hacía tiempo que no sentía.

Ahora le estoy llevando hacia el puerto, pero Sam parece sorprenderse cuando giro el volante y tomo la desviación que lleva hacia allí. Mira por la ventana, y me mira a mí, veo por el rabillo del ojo que se remueve en el asiento, como si estuviera contemplando la posibilidad de que esté secuestrándole.

—¿Dónde se supone que vamos? —dice con tensión contenida, un poco mosca. Yo le doy una palmadita en la pierna y sonrío con malicia—. Por aquí no se va a mi casa.

—Es que no vamos a tu casa. La noche es joven, no podemos volver a casa nada más cenar, tenemos que movernos un poco y, además, me tengo que cobrar mi premio, ¿o te crees que me he olvidado? Así que vamos a un lugar digno de mi premio.

Él carraspea. Ya no parece mosqueado, pero sí agobiado (otra vez, es el Señor Agobios), y sé que por su cabeza deben estar pasando mil excusas para escaquearse de eso.

—Es solo un juego, no tienes ninguna obligación de darme un beso —dice, el muy caballero.

—Claro que no estoy obligada, ¿quién recoge un premio por obligación? Me encantan los premios y además me lo he ganado a pulso, así que tengo que cobrármelo como es debido.

Aprieto un poquito más el acelerador por las calles por las que no hay tráfico, y veo que Sam hace un gesto reflejo con el pie, como si estuviera pisando un freno imaginario. Me río por lo bajo.

Creo que no le gusta nada como conduzco.

—No me has dicho a dónde vamos.

—Déjate llevar, Sam. Te prometo que no soy una psicópata... y que te va a gustar.

—Lo de la psicopatía no lo tengo tan claro. Conduces como una loca.

Me echo a reír. A lo lejos ya se ven las luces del muelle.

—Eres un exagerado.

Las vistas de la ribera del Misisipi son preciosas desde la cubierta trasera del Natchez. Estamos deslizándonos sobre las aguas en este precioso barco de vapor, el último que queda en funcionamiento, y la noche no puede parecerme más perfecta. Desde la cubierta interior brota la música jazz que un grupo toca sobre el escenario para la gente que sentada en las mesitas toma copas y conversa acompañada de las melancólicas tonadas.

Sam está sorprendido, sé que no esperaba algo así, y le he traído a la cubierta trasera, sobre las enormes paletas que giran e impulsan el barco sobre las negras aguas del río, donde apenas hay gente y podemos estar tranquilos. El molino gira lentamente, provocando un sonido de cascada que aunque estruendoso, me resulta agradable. Las luces de la ciudad tiemblan y zigzaguean sobre el agua en su reflejo invertido. Mientras Sam se adapta al lugar saco el móvil y nos hago algunas *selfies*, pillándole por sorpresa antes

de que pueda negarse.

—¿Te gusta? —le pregunto, apoyándome en la barandilla de madera y guardando el móvil, poniendo bien a salvo las fotos. Ya se las enviaré por Whatsapp.

—Sí, la verdad es que nunca había montado en el Natchez.

—A veces es agradable ser un turista en tu propia ciudad, ¿no?

Sam asiente, mirándome un instante y desviando los ojos hacia la ciudad. Está nervioso, evita mirarme demasiado a los ojos, y evita bajar la mirada hacia otras partes de mi cuerpo, como si temiera faltarme al respeto sin querer. Se está esforzando mucho en parecer sereno, pero noto su tensión en la postura rígida que mantiene, y en esos gestos que lo delatan.

Sé por qué está nervioso, y lo que está esperando, y tampoco quiero prolongar ese estrés por demasiado tiempo. Lo justo para darle el interés que se merece este momento. Así que deslizo la mano sobre la suya y me acerco a él, suavizando mi sonrisa y acariciándole el brazo al rodearle el cuello con el otro brazo. Sam me deja, es como un animal desconfiado, pero estoy yendo con cuidado y le acaricio la nuca con las yemas de los dedos al empujarle lentamente hacia mí.

—Déjate llevar... —le susurro al acercarme más, hasta que siento la caricia de su aliento en mi boca, y veo el reflejo claro del anhelo en sus ojos verdes.

Sus ojos son como un lago de aguas esmeralda cuyo fondo no se alcanza a ver. No puedo imaginar qué esconde ahí, pero quiero descubrirlo, intuyo un tesoro escondido, un corazón de oro cerrado bajo llave en un cofre hundido.

Como si estuviera dándome permiso Sam cierra los ojos y exhala un suspiro contenido, y entonces me elevo sobre las puntas de mis pies y nuestros labios se unen.

Al principio siento su tensión, cómo su cuerpo se contrae y parece congelarse en el sitio, pero poco a poco, a medida que el calor de nuestros labios se funde, también lo hace el hielo con el que se recubre y siento sus dedos cerrarse en mi cintura. Despacio, como si no estuviera seguro, y después con más intensidad. Nuestros labios solo estaban presionando unos contra otros, pero de pronto las barreras parecen caerse, hechas añicos por los

verdaderos deseos de Sam, y siento que me arrolla, que su boca abre la mía y el beso se vuelve de pronto ardiente y maduro, profundo.

Lo acepto y correspondo, sintiendo cómo esa fuerza contenida que desprende despierta con más fuerza la excitación en mi cuerpo, que se prende como una llamarada. Siento el tirón en el estómago, el calor debajo de mi vientre, y si no paramos esto a tiempo voy a acabar mojando la ropa interior. Sam no solo oculta tesoros, sus gestos, la forma en la que me arrolla y exprime el beso que nos estamos dando deja ver que también oculta una bestia pasional que solo necesita un empujoncito para salir.

Cuando quiero darme cuenta nuestros cuerpos están pegados y estamos dándonos el lote como dos adolescentes.

—Ven a mi casa —susurro sofocada mientras los besos se encadenan, cada vez más tórridos.

—Cállate..., no digas nada —responde él con la voz ronca, y sigue besándome como si el mundo fuera a terminar en cualquier momento.

—Ven conmigo... —logro volver a hablar. Parece que Sam no tiene suficiente del beso una vez se ha desatado—. Estaremos solos... y tranquilos.

Me besa durante un instante más, hasta que despacio, como si mis palabras le hubiesen devuelto a la realidad y a su máscara controlada, Sam se aparta y me mira con un extraño brillo amargo y frustrado en los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿No te ha gustado? —le pregunto, preocupada.

—Sí..., claro que me ha gustado, pero no puedo seguir con esto —me responde con sinceridad y antes de que tenga que preguntarle por qué, él me da la respuesta—. No estoy preparado para llegar hasta el final.

Frunzo el ceño.

La verdad es que me fastidia, porque me he excitado muchísimo, pero la expresión de Sam me preocupa y eso puede más que mi frustración por no poder echar un polvo cuando tengo ganas.

Algo ocurre, sé que él lo desea, pero veo clarísimamente el conflicto en su actitud.

—Vale... vale. No haremos nada, no pasa nada —le digo con un tono tranquilizador—. Pero explícame por qué.

Casi puedo ver cómo se retrae, como si se hiciera pequeño en su propio interior y se encerrase en sí mismo. Aparta la mirada de mí y se apoya en la barandilla, observando la ciudad con la expresión un poco perdida. No puedo presionarle ni obligarle a contarme nada, es absurdo que pretenda que confíe en mí y se abra cuando no hace ni una semana que nos conocemos, pero me gustaría que pudiera contármelo.

Me quedo a su lado en silencio, sin exigirle nada, y cuando he perdido por completo la esperanza de que me cuente nada, comienza a hablar.

—Mi mujer murió hace unos años y no he vuelto a estar con otra mujer.

La verdad es que esperaba otro tipo de confesión... Tal vez que le habían roto el corazón, que lo había pasado mal en sus relaciones, con la madre de su hija... cualquier cosa menos algo así. Toda la frustración desaparece y solo siento una corriente de empatía hacia él al imaginar lo que ha debido sufrir. Ni siquiera necesito preguntar para saber lo mucho que debió querer a esa mujer.

Le pongo la mano sobre la suya y la estrecho con calidez.

—Lo siento mucho, Sam. Lo comprendo y... siento haber insistido.

Él sonríe, aunque es una sonrisa triste, pero al menos veo que está agradecido, y no se ha enfadado ni nada parecido.

—Gracias, Merry. No quiero que pienses que tiene que ver contigo...

—No, no, nada de eso. No te preocupes —respondo con una sonrisa. Es la verdad, el beso me ha bastado para enterarme de lo mucho que le gusto a este hombre—. Vamos a disfrutar lo que queda de noche, ya que no podemos bajar hasta que el trayecto termine... ¿quieres tomar unas copas y escuchar jazz? Luego te llevaré a casa.

—Estaré encantado.

Bueno... después de todo, la noche ha sido maravillosa, y no dejará de serlo para ninguno de los dos. No voy a dejar que Sam se hunda en la tristeza.

Capítulo 7

Hoy me he levantado con una extraña presión en las cervicales que anuncia que algo va a pasar.

Benedict diría que eso es que me estoy haciendo viejo, y Alan se reiría descaradamente, por eso no he comentado nada, pero a mi alrededor hay como una vibración que hace años que no notaba, y que aparecía siempre un rato antes de encontrarme con problemas.

Estoy en mi despacho, trabajando. Suzie llama a la puerta y entra sin esperar mi respuesta. Viene con cara de hastío, como si algo la hubiera molestado. Sus ojos están tormentosos y los labios apretados en una mueca.

Es evidente que hay algo que no le gusta nada.

Cierra la puerta detrás de ella y apoya la espalda, con las manos escondidas detrás.

—Tienes una visita muy rara, una chica esperando en recepción.

—¿Y por qué vienes hasta aquí para decírmelo en lugar de usar el teléfono como haces siempre?

—Porque no quería que ella me oyera. Es que es muy rara. Le he dicho que estabas ocupado y le he propuesto hablar con Ben, que también está en su despacho, rascándose las pelotas seguramente, pero me ha insistido en que viene a verte a ti. Lleva una pamelita enorme y una cesta de picnic. Y el pelo rosa.

Sonrío, porque es evidente que se trata de Merry. Desde el beso en el Natchez que no nos hemos visto. Hemos hablado por teléfono un par de veces, y me ha estado enviando vídeos divertidos y fotos por Whatsapp, pero nada más.

Me gusta que haya respetado las distancias estos días, dándome tiempo para digerir lo ocurrido en el barco de vapor. El beso que nos dimos y el deseo que sentí crecer en mí marcaron un antes y un después en mi vida, pero necesitaba tiempo para asimilarlo.

Quizá fui cobarde al rechazar su invitación. Cualquier otro hombre habría

aceptado sin dudar. Pero yo no soy cualquiera.

No es que me considere especial, ni mucho menos. Pero sí un caso aparte.

Perder al amor de mi vida hizo que cerrara de golpe muchas puertas, y que las bloqueara a conciencia. Abrirlas de nuevo, si es que me decido a hacerlo, no será fácil y voy a necesitar mi tiempo.

Y Merry parece que lo comprende.

—No me has reñido por decir «pelotas» —sigue Suzie, mirándome con sospecha. Pone los brazos en jarras y me temo que ahora soltará una de esas preguntas incómodas que no se calla nunca—. Oye, ¿tú no estarás saliendo con ella, no?

—Si salgo o no con alguien no es asunto tuyo —le replico con dureza—. Cumple con tu trabajo y hazla pasar. —Cuando se gira para irse refunfuñando, añado—: Y no vuelvas a decir «pelotas» en mi presencia.

Merry entra casi enseguida. Trae, efectivamente, una pámela muy grande y floreada en la cabeza, a juego con su vestido, muy veraniego, con un enorme lazo rosa.

—Tu secretaria es un poco siesa —me suelta al entrar, dirigiéndome una sonrisa luminosa—. Me ha sometido a un tercer grado que ni la Gestapo, y si las miradas matasen, ahora mismo sería un cadáver en tu vestíbulo.

A Suzie no la llamamos S.S. porque sí.

—¿Qué haces aquí?

Debería estar molesto por haber invadido mi privacidad de esta manera, pero creo que estoy empezando a acostumbrarme y a valorar su impulsividad.

—Pues que me he levantado y me he dicho: no quiero desayunar sola. — Levanta la cesta de picnic que sostiene en la mano—. Así que aquí estoy, con un desayuno súper nutritivo y súper energético para empezar bien el día.

—Son las once de la mañana.

—Bueno, para mí el día acaba de comenzar. ¿Vamos al parque? Hace un día estupendo, con una mañana soleada y tenemos un cielo limpio de nubes. — Se acerca a mí y me pone una mano sobre el pecho, coqueteando—. Prometo que no voy a saltar sobre ti para besarte ni nada por el estilo.

Sonrío porque no puedo evitar hacerlo. Merry es como el día, luminoso y limpio de nubes. Me encantaría ir con ella, pero me es imposible.

—No puedo. En media hora tengo una reunión muy importante con un cliente y no puedo moverme de aquí.

—En ese caso, ¿qué tal si traemos el parque hasta aquí?

La miro completamente confuso, porque no entiendo lo que quiere decir. ¿Traer el parque hasta aquí? Pero cuando saca un mantel a cuadros de la cesta, y lo extiende en el suelo, acabo comprendiendo.

Se arrodilla al lado del mantel y empieza a sacar de la cesta todo tipo de dulces (donuts, beignets, muffins de colores, galletas de chocolate, y cosas que ni sé qué son, todas dulces y poco sanas), y dos cafés enormes.

Yo me he quedado de pie, mirándola sin dar crédito a mis ojos. En un santiamén, ha organizado un picnic sobre la alfombra de mi despacho.

—¿Qué? ¿Te unes a mí o vas a quedarte ahí de pie, tieso como un palo, mientras yo disfruto del desayuno?

No me queda más remedio que resignarme porque, después de la molestia que se ha tomado por mí, (¡por mí!), no puedo hacerle el feo de no acompañarla. Por eso me siento en el suelo a su lado, cojo el café y, después de darle un buen trago, suspiro:

—Esto lo voy a pagar muy caro después.

Y serán Ben y Alan los que me lo cobren. Ya puedo oír sus chistes malos y sus risas a mi costa. Incluso son capaces de repetir la cancioncita que me dedicó mi hija.

«Sam y Merry se dan un besito, tralaralará. Sam y Merry se miran como corderitos, tralaralarí».

Lo veo. Jesús. Lo veo.

En fin, así es la vida. Pasas de ser el jefe respetado a ser objeto de mofa de tus empleados en un segundo.

—No te quejes —me dice Merry—. Un hombretón como tú esto lo quema en un santiamén. No me digas que eres de los que cuenta las calorías que ingiere.

La miro, confuso, porque no la entiendo. Estoy teniendo la extraña sensación de que me va a costar mucho seguir los razonamientos de esta mujer, porque no es la primera vez que me siento así por su culpa.

—No te entiendo.

—¿No has dicho que lo ibas a pagar caro?

—¡Ah! No, no es por eso. Es por Benedict y Alan.

—¿Y esos son...?

—Mis dos empleados, barra, amigos. Son muy cansinos y aprovecharán todo esto —señalo la escenita que ella ha montado, con el mantel y todo lo demás—, para reírse a mi costa durante el resto de mi vida.

—¿Y por qué van a reírse? ¿No sueles hacer cosas como esta?

—¿Tengo yo cara de ser el tipo de hombre que suele hacer esto?

Me mira muy seria, con los labios rectos y sin parpadear. De repente, le da un mordisco al muffin que tiene en la mano y mastica con lentitud, sin dejar de observarme, como si estuviera evaluándome antes de dar una respuesta a una pregunta que ha sido puramente retórica.

Al final, después de tragar el trozo de muffin y de darle un sorbo a su café, me suelta:

—Es verdad. Tienes cara de aburrido. Tú nunca harías algo como esto si yo no te empujo a ello, así que creo que voy a ponerte en mi lista de obras de caridad pendientes y voy a empeñarme en sacarte de tu zona de confort siempre que pueda.

No puedo creer lo que acaba de decirme. Me quedo inmóvil y la miro con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —le pregunto al final.

—¿Por qué, qué? —me devuelve la pregunta riéndose.

—¿Por qué te has propuesto convertir mi vida en una locura?

—Porque un poco de locura es necesaria en esta vida para mantener la cordura. La vida de por sí ya es demasiado gris, y hay que esforzarse un poco para pintarla de colores, y —añade, señalando el mantel, la comida y su

aspecto en general—, estas son mis brochas.

No puedo hacer otra cosa que no sea sonreír. Creo que es la primera vez que la veo hablar completamente en serio, porque lo ha dicho absolutamente convencida. Merry pone todo su empeño en pintar su vida de colores, lo que me lleva a preguntarme qué o quién se la llenó de gris en el pasado para que ahora se esfuerce tanto.

Siento un pinchazo en el corazón al pensar que es posible que alguien haya hecho sufrir a Merry. Estoy tentado de preguntárselo directamente, pero me contengo. Soy una persona que valora mucho su propia intimidad, y aunque mi trabajo me lleva a meter las narices en la intimidad de otros, Merry no forma parte de ello. Ella es una amiga, alguien a quien aprecio y que me cae bien, así que no tengo derecho a hacerle preguntas que a mí me molestaría que me hicieran.

—De acuerdo, —le digo al final, y sonrío al pensar en dónde me estoy metiendo—. Te doy permiso para que pintes un poco de color en mi vida. —«Por favor, por favor, necesito mucho color en mi vida, aunque me duela reconocerlo»—. Pero no demasiado, ¿eh?, que no quiero quedarme ciego.

Se echa a reír, lo que yo pretendía.

—¿Has hecho una broma?

—¿Yo? ¿Estás loca? Yo nunca bromeo —replico, uniéndome a sus risas.

En un impulso, me besa. Es solo un pico, un roce que dura unos segundos, y después se separa como si no hubiese hecho nada, me pone el café en la mano y me sirve los dulces en un plato de cartón.

Yo los miro, y pienso que en realidad los dulces no me apetecen tanto como sus besos impulsivos, y lo que me gustaría hacer de verdad es cogerla entre mis brazos y perderme en sus caricias.

Carraspeo, porque no es el momento ni el lugar. Y ni siquiera sé si estoy preparado para ello.

Por eso me pongo a comer y a beber mi café mientras nuestra conversación se desliza hacia asuntos mucho más seguros y triviales.

Me relajo sin poder evitarlo, y me río con sus tonterías. Es una chica divertida y su compañía es muy agradable. A duras penas he pensado en

Alyssa, y darme cuenta hace que me dé una punzada de culpabilidad; pero también soy consciente de que no es tan fuerte como otras veces.

Quizá es el momento de darme permiso a mí mismo y darle una oportunidad a lo que surja con Merry. Es muy alocada, pero también es sensata. La otra noche, en el barco, cualquier otra mujer se hubiera sentido ofendida. Parece que está dispuesta a ir al ritmo que yo necesito, y que no pretende forzar nada entre nosotros, a pesar del pico que acaba de plantarme en los labios.

Puede que esa sea simplemente su manera de ser, porque no parece que le haya dado ninguna importancia, aunque para mí sí la haya tenido.

De repente, la música de cabecera de *Los Simpson* suena estrepitosamente. Merry pega un brinco y empieza a rebuscar por su bolso hasta que saca el móvil y contesta.

—¿Dígame? Sí, sí, soy yo. —Hasta su manera de contestar al teléfono es alegre, pero la sonrisa la va perdiendo a medida que escucha a su interlocutor —. Sí, soy su hermana. ¿Qué ha pasado? Sí, sí, claro, lo comprendo, pero, ¿él está bien? Claro, de acuerdo, enseguida estoy allí.

Algo malo ha pasado. Su sonrisa ha ido desapareciendo mientras el rostro palidecía y los labios han empezado a temblarle, igual que las manos. Se pone a recoger a toda prisa, y yo la ayudo. Parece que está a punto de echarse a llorar, así que le cojo las manos y la obligo a parar.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, forzándola a mirarme. Tiene los ojos acuosos, y temo que va a echarse a llorar en cualquier momento.

—Mi hermano está en el hospital, pero no me han querido decir por teléfono qué es lo que le ha pasado.

Se pone de pie a toda prisa, sin saber qué hacer con lo que tiene en las manos. La veo asustada y confusa.

—No te preocupes por todo esto, ya lo recogeré yo. Vamos, te llevo.

—No, no, puedo ir sola, tú tienes trabajo y yo estoy acostumbrada a ocuparme de mis propios problemas sin ayuda.

—Ben puede ocuparse perfectamente de la reunión, así que no te preocupes, porque voy a llevarte te pongas como te pongas. Estás muy

nerviosa y alterada, y ya conduces lo bastante mal estando serena, no quiero ni imaginar los accidentes que puedes provocar estando así.

Pienso en Alyssa, y en su muerte en un accidente de coche. Y me horrorizo con la idea de volver a pasar por algo semejante con Merry. Aunque Merry no sea más que una amiga.

—No conduzco tan mal. —Merry suelta un gruñido de protesta y se enfurruña—. Pero vale, dejaré que me lleves porque todavía montarás un drama y me niego a ser el centro de atención de todos tus empleados.

Hasta cuando está a punto de desmoronarse, tiene que decir la última palabra.

Cada día que pasa, esta mujer me gusta más.

En recepción nos dicen la habitación en la que está ingresado mi hermano y mientras subimos con el ascensor a la planta indicada no puedo dejar de recolocarme el pelo y morderme la uña del pulgar. Sam está a mi lado, me ha traído en su coche y la verdad es que ha sido la mejor decisión, porque ahora mismo me tiembla todo y de haberme subido al mío ni siquiera habría visto la carretera. Estoy muy angustiada, Alexander es la persona a la que más quiero en el mundo, y no sé qué haré si le pasa algo malo. Tengo el estómago encogido y una terrible sensación de angustia, pero la presencia de Sam a mi lado, serena y controlada, me ayuda en cierta manera a calmarme... Es extraño, apenas nos conocemos, pero parece que todo lo que intuyo sobre él es real, es un hombre bueno y se preocupa por los demás de una forma sincera, porque sé que no hace esto con ninguna intención oculta.

Es raro sentirme así, arropada y de alguna forma apoyada por casi un extraño cuando hasta ahora solo he tenido a mi hermano para enfrentarme a las cosas.

—Me quedaré aquí afuera hasta que averigües las cosas, ¿de acuerdo? —dice Sam cuando llegamos al corredor que da acceso a las habitaciones.

—Deberías regresar, tienes trabajo...

—Se están haciendo cargo, no te preocupes por eso.

Asiento, sintiendo que también el corazón se me encoge. Menos mal que ha

venido, porque no sé lo histérica que podría estar ahora mismo de estar sola.

Sin decirle nada más entro en la habitación, tomando una bocanada de aire y manteniéndola en los pulmones. Tengo que esforzarme por no romper a llorar cuando veo a Alexander postrado en la cama, con los ojos morados, los labios partidos, el pecho vendado y un brazo escayolado. Me tengo que contener tanto que la garganta me duele como si me hubiera tragado un clavo.

Entro apresuradamente y reprimo las ganas de abrazarle al llegar a su cama. Él me da la mano y me dedica una sonrisa dolorida.

—¿Qué ha pasado?!

Alexander se ríe y se queja al mismo tiempo, contrayéndose. Maldito sea él y su risa falsa.

—Me he levantado con el pie izquierdo y me he caído por las escaleras.

«¿De verdad pretende que me trague eso?». Ahora, además de angustiada, estoy enfadada.

—O me cuentas qué te ha pasado de verdad o después de las escaleras van a venir las tortas, ¿estás tonto o qué?

Mi hermano resopla y aparta la mirada. Verle con la cara así me revuelve el estómago. Me temo lo peor, es evidente que lo que le ha pasado no ha sido un accidente.

—Unos cabrones me han dado una paliza a la salida del local.

—¿Qué?! ¿Por qué?! —En el fondo es lo que temía. Uno no se pone los ojos morados por darse contra la escalera. Esa excusa está muy vista.

Alexander se encoge de hombros y aparta la mirada.

—Por maricón, supongo.

—¿Qué? ¿Te han pegado porque eres gay? —No puedo creérmelo.

No puedo dar crédito a que eso siga pasando a día de hoy.

No, lo peor es que sí puedo. Es que esas cosas pasan todos los días, y hoy le ha tocado a mi hermano. Mi hermano, que nunca se mete con nadie, que es la persona más respetuosa y respetable del mundo, y que es tan bueno que jamás dañaría a una mosca. De pronto tengo ganas de golpear cosas, de tener a

esos delante para darles una lección. Pero yo ya no puedo hacer nada.

Sin embargo aquí hay algo raro. Me doy cuenta porque cuando mi hermano asiente a la pregunta que le he hecho, parpadea con fuerza y evita mirarme a los ojos. Algo pasa. Algo me está ocultando. Tal vez hay algo más, pero por alguna razón, no me lo quiere contar.

—¿Has ido a la policía a poner la denuncia?

—El hospital les ha avisado y han venido a interrogarme... pero no va a servir de nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque iban encapuchados y en cualquier caso no creo que se esfuercen.

—No digas tonterías, ¿cómo no van a esforzarse? La policía tiene que hacer su trabajo y esa gentuza no puede quedar impune —le digo sin poder evitar alterarme. Esas respuestas esquivas me hacen pensar que no ha puesto la denuncia y refuerzan mi impresión de que algo oculta.

Somos hermanos. Mellizos. Nos conocemos demasiado bien y los dos tenemos una capacidad asombrosa para pillarnos las mentiras y leer nuestros estados de ánimo, entre otras cosas. Y por eso sé que Alexander, ahora mismo, se está angustiando aún más con la situación.

—Mira, Merry, va a ser mejor que lo dejemos estar. Yo no quiero líos y esto no va a volver a pasar.

—¿Cómo lo sabes? No sabes si volverán a hacerlo, y en cualquier caso, igual que te han pegado a ti le pueden pegar a otras personas.

Alexander chasquea la lengua y niega con la cabeza, con un gesto de fastidio.

—Vale —dice a desgana—. Ya lo hablaremos en otro momento, pero ahora estoy cansado y me duele todo. Me han dado una paliza y lo único que quiero es que me hagan efecto los sedantes, no me hagas sentir culpable por querer olvidarme de esto cuanto antes.

Me siento fatal cuando dice eso. Lo último que quiero es presionarle en estos momentos, y aunque sepa que hay gato encerrado, tengo que respetarle y dejarle descansar. Seguro que puedo solucionar esto de otra manera. Ya pensaré cómo.

—Está bien. Lo siento, no quería hacerte sentir mal... Es solo que estoy muy enfadada, y preocupada.

—Lo sé... y te lo agradezco, yo también estoy enfadado, pero eso no nos va a servir de nada tampoco.

—Ya... —«No denunciar y ocultarme datos tampoco nos va a servir de mucho», pienso con resquemor, pero me lo callo—. Voy a ir a por un café, vuelvo enseguida, ¿vale?

—Puedes ir a casa tranquilamente, de verdad. Aquí se ocupan muy bien de mí.

—No voy a irme a casa ni de coña estando tú en el hospital. ¿Te irías tú a casa si fuera al revés?

—No.

—Pues ya está —le digo irritada—. Voy a hablar con el médico para que me diga cómo estás y a hacerte compañía.

—Vale, vale. Yo te espero aquí.

Y aún tiene ánimo para bromear. No sé si pegarle o darle un beso por lo tonto que puede llegar a ser.

Sam sigue en el pasillo cuando salgo de la habitación, sentado en una de esas sillas de plástico incomodísimas con el gesto paciente, serio y tranquilo. Verle ahí, esperando por mí, me hace sentir un calor agradable en el estómago, esa extraña sensación de sentirme arropada por alguien y que lleva toda la mañana acechándome.

Se pone en pie al verme salir y se acerca a mí con expresión preocupada.

—¿Cómo está? —me pregunta—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Le han dado una paliza —le respondo sin poder evitar que me tiemble la voz. Llevo demasiado rato intentando tragar el nudo doloroso, pero a duras penas lo consigo—. Él dice que ha sido una agresión homófoba, pero sé que hay algo más... sé cuándo mi hermano me está mintiendo.

Ya no puedo más. Según estoy hablando siento que voy a romperme y la voz se me quiebra cuando las lágrimas brotan de mis ojos. Me cubro la cara y me echo a llorar, intentando no armar escándalo ni montar una escena. La

imagen de mi hermano vendado y con la cara rota sigue en mi cabeza y siento rabia y frustración. No entiendo por qué me miente, pero sobre todo, no entiendo por qué nadie le haría eso a mi hermano. Si los tuviera delante no sé lo que sería capaz de hacer.

De pronto siento los brazos de Sam rodearme. Él me abraza, consolándome, y yo me apoyo en su pecho y doy rienda suelta a mis lágrimas, ahogando el llanto contra su chaqueta. Me siento apoyada y protegida entre sus brazos. Él guarda silencio, y yo dejo que las lágrimas limpien un poco de la tensión acumulada y la preocupación. Si no fuera por Sam, estaría aquí sola, comiéndome la cabeza y sin apoyo ninguno cuando mi propio hermano no quiere contarme qué le ha ocurrido exactamente. Durante un instante solo hay silencio, y sus brazos me arropan con calidez hasta que dejo de hipar contra su pecho. Solo entonces, su voz tranquila y cálida se deja oír.

—¿Quieres que investigue qué es lo que ha pasado con tu hermano?

Me limpio las lágrimas al levantar la cabeza y le miro. Como si no hubiera hecho ya suficiente por mí, ahora quiere ayudarme con esto.

—¿Harías eso?

—Sí, claro —responde con naturalidad, soltándose despacio y cerrando las manos con suavidad en mis brazos—. Me dedico a cosas como esa. Además, seguro que lo que ha ocurrido es menos de lo que estás imaginándote. Puedo ayudarte a despejar las dudas para que te quedes tranquila... y... no pienso cobrarte nada, por supuesto. El primer caso es gratis —bromea, se esfuerza por hacerlo, y me sonrío, tranquilizador.

Y funciona. Sé que puedo confiar en él, y sé que puede ayudarme en esto, así que le abrazo con fuerza, agradecida por su ofrecimiento y por todo lo que está haciendo por mí.

Así no voy a poder dejar de pensar en este hombre nunca.

—Gracias, Sam. Muchas gracias.

Capítulo 8

Mi ofrecimiento ha sido del todo natural y sincero. Verla llorar ha sido un shock para mí. Aunque no hace mucho tiempo que la conozco, sé que Merry es el tipo de mujer que no llora nunca, y que, cuando lo hace, es porque está verdaderamente asustada, o dolida.

Como ahora.

Y no he podido contener el impulso de ayudarla.

La tentación de cargarla sobre mis hombros y llevármela lejos de aquí, a un lugar en el que nada ni nadie le haga daño, es muy fuerte. Mi instinto de protección se ha disparado hasta llegar a la zona roja. Es como si en mi cabeza sonara una alarma estridente, y he de hacer un gran esfuerzo por apartarme de ella.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No, gracias, voy a quedarme, pero me he dejado el coche aparcado cerca de tu despacho, y tendría que ir a por él.

—No te preocupes por eso, yo me encargo.

—¿Estás seguro? Ya estoy siendo bastante molestia y...

Le pongo un dedo sobre los labios para que deje de farfullar.

—Tú no eres ninguna molestia, ¿de acuerdo? Quédate con tu hermano y no te preocupes de nada más.

Asiente, esforzándose por sonreír mientras me da las llaves, pero le sale una mueca torcida que más parece un puchero.

—Eres todo un caballero, de los que no quedan —me susurra.

—No hace falta que me alabes, solo soy un tipo normal.

—No, no eres nada normal —me dice, dirigiéndome, ahora sí, una sonrisa auténtica—. Eres un hombre muy especial.

Me da un pico, de esos impulsivos que tanto parece que le gusta dar, y me

voy con una sonrisa bobalicona en los labios.

Jesús.

Merry está calando hondo en mí, y muy, muy deprisa.

Vuelo a la oficina sin entretenerme, decidido a poner a todo el mundo a trabajar en este caso. No quiero fallarle a Merry, y necesito hacer lo que sea por tranquilizarla, aunque mi instinto me dice que ella tiene razón y que su hermano le ha mentado.

Por suerte, Benedict y Alan están aquí, y no tengo que esperar a que regresen de donde fuese que estuvieran. Los emplazo en mi despacho y les cuento qué espero de ellos.

—Le han dado una paliza al hermano de una amiga. Él dice que ha sido una agresión homófoba, pero ella no le cree y me ha pedido que investigue a ver qué descubro. Os quiero a ambos en esto. Alan, quiero que hables con tus contactos en la policía para tener acceso a los informes del caso, a ver qué impresiones tienen. Ben, quiero que tú vayas al hospital y te quedes por allí, pero no te dejes ver, y si sale del hospital, quiero que la sigas sin que ella se dé cuenta. No quiero que esté desprotegida ni un solo segundo, ¿entendido? Tengo un mal presentimiento y no quiero que lo que sea en lo que esté metido el hermano, la salpique a ella.

—¿No me quedo en el hospital, protegiendo al hermano?

—No. Sea cual sea el mensaje que querían entregar, ya lo han hecho. Dudo que vuelvan a por él otra vez, por lo menos, de momento.

Les doy los datos de Alexander, de su club, y del lugar donde fue asaltado, que Merry me ha pasado por Whatsapp mientras volvía a casa, y le enseño a Ben una foto de ella.

—Ey, qué buena está —exclama Alan, típico de él—. Y qué agarraditos estáis. ¿Es la tía de la cita a ciegas? Voy a tener que apuntarme.

—Alan, cierra el pico.

Benedict me mira pero no dice nada. Entrecierra su único ojo y se recoloca el parche que tiene sobre el otro, en un gesto nervioso que delata que sospecha que hay algo más que una amistad.

—Vale, vale. Me voy a ver qué consigo descubrir.

En cuanto Alan sale por la puerta, Ben se sienta, cruza las piernas, y me mira sin decir nada, esperando no sé el qué.

Le devuelvo la mirada, inquisitiva. Al final, se encoge de hombros y me dice directamente, con mucha tranquilidad:

—Ahora me vas a contar quién es realmente esta chica. Y no me vengas con la milonga de que sois amigos.

—Es que es una amiga.

—Claro, claro —replica con sarcasmo—. Una amiga. Ja. Sam, tú no tienes amigas. Ni amigos, fuera de los que trabajamos en esta agencia.

Tiene razón. No soy muy sociable, y estos últimos años los he dedicado por entero a esta empresa y a mi hija. No he tenido tiempo para hacer amigos, ni para mantener a los que tenía antes de mudarme.

Pero...

—No me apetece hablar de eso ahora, Ben.

—Vale, entonces queda claro que es mucho más que una amiga y que sientes algo por ella. Porque si solo fuese eso, siendo como eres, no tendrías reparos en hablar de ello.

Suspiro, y me sale un quejido derrotado. Ben no va a dejarlo correr.

—Ni siquiera sé qué siento —murmuro, molesto por el interrogatorio. Pero Ben es un buen amigo, mi mejor amigo en estos últimos años, y sé que se preocupa por mí como yo me preocupo por él.

—Tú sabes que Alyssa querría que fueras feliz, ¿verdad?

Por supuesto que lo sé. Alyssa era el tipo de persona generosa y optimista que hacía todo lo posible para que todo el mundo a su alrededor fuese feliz, que no solo lloraba por un gatito abandonado, sino que se lo traía a casa y allí lo tenía hasta que le encontraba un buen hogar.

—Estoy un poco harto de esas frases tan manidas, Benedict. Claro que lo sé. Pero la cuestión es si yo quiero serlo, o si creo tener derecho a serlo.

—De eso solo puedes convencerte tú mismo, tío, nada de lo que yo diga te

ayudará, pero quizá deberías dejar de juzgarte tan duramente. Te lo digo como amigo y como alguien que, tú lo sabes muy bien, estuvo en tus mismos zapatos no hace mucho.

Cuando por fin Ben se va, me doy cuenta de que no le he preguntado cómo ha ido la reunión, pero no importa. Si hubiese pasado algo fuera de lo planeado me lo habría dicho, por lo que presumo que todo ha ido como la seda y el cliente se ha marchado contento con los resultados.

Cuando, unas horas después, vuelvo a saber de él, es para decirme que Merry ya no está en el hospital y se ha ido en taxi al restaurante.

No puedo evitar mascullar una maldición. ¿Por qué ese empeño por ir a trabajar? Seguramente se quedará la última y será ella la encargada de cerrar el local. De noche. Muy tarde. Cuando en la calle solo quedan turistas borrachos y gentes de malvivir.

—Quédate ahí hasta que yo llegue—le digo.

Me he pasado toda la mañana y parte de la tarde investigando. He estado en el callejón donde ocurrió todo y he hablado con algunos vecinos, pero no he sacado nada en claro excepto que los que lo hicieron probablemente eran profesionales, porque no han dejado ni una sola pista, y nadie ha visto nada, ni siquiera hubo ruidos fuera de lo común. Y si los hubo, pasaron desapercibidos.

Lo que me reafirma en la sospecha de que no fue un ataque homófobo.

Me subo en el coche de Merry. Por la mañana, cuando salí del despacho, pensé que era mejor usarlo para moverme por la ciudad, ya que me había comprometido a ocuparme de devolvérselo.

Podría haberle pedido a Suzie que lo hiciera, pero en el mismo instante en que pensé en esa posibilidad, supe que no era buena idea.

Por cierto, tengo que decidirme a hablar con ella, pero con todo lo que está pasando, lo último que necesito es tener un drama por culpa de sus sentimientos no correspondidos, en el caso de que todo el mundo tenga razón y esté enamorada de mí. Cosa que deseo fervientemente que no sea cierta.

Llego al restaurante y veo a Benedict parado en la acera de enfrente. Le

hago una señal con la mano y le envío un whatsapp para decirle que se vaya al hospital y se quede allí toda la noche, que de Merry me encargo yo a partir de ahora.

Me contesta que voy a deberle un favor muy grande por obligarle a pasar una noche lejos de Juliet, su embarazadísima esposa.

Sé que no lo dice en broma. La devoción que siente por Juliet hace que me sienta terriblemente celoso, porque yo quiero volver a sentirme así, pero soy tan cobarde que no me atrevo.

Llaves del coche en mano, entro en el restaurante. Un camarero, un chico alto y espigado, me mira con sorpresa y se dirige a mí muy educadamente con una sonrisa forzada.

—Lo siento, pero el restaurante todavía no ha abierto.

—Lo sé. ¿Puedes avisar a Merry y decirle que Sam está aquí, por favor?

El chico asiente y desaparece en la cocina. En menos de un minuto, una sonriente Merry atraviesa las puertas batientes y viene hacia mí.

—¿Cómo está tu hermano? —le pregunto en cuanto llega a mi lado.

—Mucho mejor. Todavía tiene dolor, pero las drogas del hospital hacen maravillas. Ha dicho el doctor que si sigue evolucionando igual de bien, seguramente mañana le den el alta.

—Eso es estupendo y me alegro mucho. Así esta noche podrás pasarla en mi casa, donde estarás segura y a salvo.

Abre los ojos como platos, totalmente sorprendida. Se le forma una O en los labios y permanece ahí, inmóvil, durante un eterno segundo, hasta que por fin los mueve para exclamar:

—¿Qué qué?

—Lo que oyes. Esta noche te vienes a dormir a mi casa. Tengo una habitación de invitados con una cama muy cómoda donde dormirás como un bebé. No me fío de que estés sola en tu apartamento.

—Oh, qué desilusión. Vas a hacerme dormir en la habitación de invitados. Y yo que pensaba que estabas invitándome a tu cama y ya me estaba haciendo ilusiones.

Sé que está tomándose el pelo, sobre todo por su pose dramática y su pestañeo exagerado, pero no puedo evitar ruborizarme de pies a cabeza (otra vez, Jesús bendito), porque al hablar de ella en mi casa, la imagen que me ha venido a la mente ha sido de ella, desnuda, en mi cama, incitándome a hacerle el amor de mil formas diferentes.

—¿Has descubierto algo peligroso? ¿Y qué pasa con mi hermano, que está solo en el hospital?

Su voz hace que regrese a la realidad, sacándome de mis ensoñaciones calenturientas. Carraspeo para recuperar la voz, porque estoy seguro de que si no lo hago, lo que saldrá por mi boca será algo más parecido a un gruñido que a una palabra.

—Todavía no lo sé, Merry, pero no te preocupes por Alexander. Uno de mis chicos está camino del hospital para protegerlo durante toda la noche.

—No sé cómo voy a pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—Ya lo estás haciendo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Haciéndome reír a menudo.

Me da un abrazo impulsivo y la rodeo con mis brazos. Sé que es por agradecimiento, pero eso no impide que el contacto de su cuerpo pegado al mío me excite enormemente.

Como si con mi imaginación no fuese suficiente.

Jesús.

Me acompaña hasta la barra y le dice al barman que me sirva todo lo que pida, que soy un invitado de la casa, y se vuelve a la cocina, bamboleando sus caderas.

Por lo menos hoy no lleva la minifalda del otro día, aunque el vestido rojo pegado a todas y cada una de sus curvas como una segunda piel, no es mucho mejor para mi salud mental.

Me pido una cerveza sin alcohol y llamo a Suzie. Necesito que lleve mi coche hasta mi casa porque yo no voy a poder pasar a recogerlo luego. He dejado las llaves sobre la mesa del despacho.

—¿Es que no vas a volver ya a la oficina? —me pregunta.

—Tengo trabajo que hacer.

—Relacionado con esa Merry amiga tuya, ¿no? Pues que sepas que no me gusta un pelo. Tiene pinta de ser una fresca.

—Nadie te ha pedido tu opinión, Suzie. Haz lo que te pido y punto.

—Te estás convirtiendo en un ogro.

—No, solo soy tu jefe y el que paga tus nóminas. Así que obedece y no me des la lata, ¿de acuerdo? Desde mi casa pide un taxi y cárgalo a la agencia.

—Señor, sí, señor —contesta muy enfadada.

Cuelgo y suspiro sin saber qué hacer con ella.

Temo que voy a verme sumergido en medio de una descomunal tempestad porque cada vez tengo más claro que Suzie está enamorada de mí y voy a tener que rechazarla.

La presencia de Sam en el restaurante ha sido una bendición. Y una distracción también, la verdad, pero prefiero estar distraída a no poder apartar la atención de las preocupaciones por Alexander y el dolor que me pinza el estómago por los nervios. Me ha ayudado a mantener el ánimo alto, y aunque no he dejado de hacerle visitas a la barra para hablar, darle la cena y fingir que manteníamos una segunda cita, he cumplido bastante bien con mi trabajo.

A la hora de echar el cierre Sam me ayuda a subir las sillas a las mesas y a cerrar la persiana al salir. Ahora debería ir al hospital y pasar la noche con mi hermano, pero el muy idiota me ha hecho prometer que vendría a trabajar y dormiría en casa, así que voy a cumplir, al menos en la parte de descansar.

Miro a Sam con una sonrisilla traviesa y le tiendo la mano con un ademán pedigüeño.

—Ahora me toca conducir a mí.

—No, vamos a mi casa, así que te llevo yo.

—Ahá, pero es mi coche, y ya estoy relajada, así que te llevo yo a tu casa.

—Ni hablar, es mejor que descanses.

Pongo los brazos en jarras y le miro muy seria. Sam me encanta, me gusta que se preocupe por mí, pero no puedo dejarle pensar que puede darme órdenes siempre que quiera. Está muy mal acostumbrado a que todo el mundo le haga caso.

—Estoy descansadísima y quiero llevar mi coche, porque te recuerdo que es mi coche. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que conduzca yo? —le digo retadora.

—Conduces como una loca —replica, dándome la razón.

—De acuerdo, a mi casa puedo llegar andando así que...

—Vale, vale. Jesús..., eres cabezota como tú sola —me dice dándome las llaves a regañadientes.

Hago un gesto triunfal con el puño antes de agarrarlas e ir hacia el coche.

—Seré buena y conduciré más despacito. Tendré que comprarme una pegatina de abuelito a bordo para cuando te tenga que llevar...

—No hagas madera del árbol caído, Merry —dice acompañando sus palabras de un gruñido de fastidio.

La señora Johnson estaba esperando a Sam a nuestra llegada. Me ha mirado un poco extrañada, pero no ha dicho nada. Parece una mujer discreta y preocupada realmente por Sam y por su hija, y por la confianza con la que se tratan deduzco que lleva muchos años en esta casa. Mientras ellos hablan en el descansillo, con la señora Johnson ya con el bolso debajo del brazo, yo voy al salón y espero.

—Lily está dormida. Ha hecho sus deberes y ha cenado. Te hemos guardado algo de cena en la nevera, si tienes hambre solo tienes que calentarla —le está diciendo con amabilidad, y con un cariño que no me pasa desapercibido—. Aunque no habíamos contado con la señorita...

—No importa, ya hemos cenado —le responde Sam.

Me gusta el calor que hay en este hogar. Todo está limpio y ordenado, pero hay rastros de la presencia de Lily por todas partes: dibujos, botes con lápices de colores y crayolas, peluches en el sofá, los dvds con todas las películas de Disney y Disney Pixar y un montón de fotografías familiares en marcos en los

estantes. Una de ellas me llama especialmente la atención. En ella, Sam está con una mujer morena de ojos azules, ella tiene una expresión muy dulce, Sam sonríe abiertamente, parece feliz, y entre los dos, una pequeña Lily saca la lengua a la cámara. Cojo el marco y la observo con una sonrisa triste en los labios.

Es una pena que Sam la haya perdido. Lo es por él, y por Lily. Parece una mujer buena, debió serlo si ha dejado el corazón de él tan marcado. No me extraña que Sam no quiera olvidarla. Después de todo, es la madre de su hija.

No puedo evitar ver lo diferente que soy a esta mujer. Ella parece serena, estable, y su forma de vestir es muy clásica, lleva el pelo suelto en una larga melena lustrosa. Era tan guapa, tan ideal para Sam, quedan tan bien en la foto que me siento insegura al instante.

«Tal vez debería moderar mi forma de vestir».

En el momento ese pensamiento cruza por mi cabeza lo expulso a patadas. Hoy está siendo un mal día, no me encuentro fuerte para luchar contra estas inseguridades, pero igualmente debo hacerlo.

«Hace tiempo que decidí que si un hombre se enamora de mí lo hará por todo lo que soy y con todo lo que soy. Esto es lo que hay, y si no le gusta, es que no es para mí».

Oigo los pasos de Sam a mi espalda y me doy la vuelta. Él mira la foto que tengo entre manos.

—¿Es Alyssa?

—Sí —responde escuetamente.

No parece molesto porque haya cogido la fotografía, pero la agarra y desliza el pulgar sobre el cristal, con la mirada triste. Tal vez no debería haber sacado el tema, ni haberme acercado a las fotos... pero todo esto forma parte de su vida.

—Era muy guapa.

—Lo era, sí.

—¿Querrás hablarme de ella?

Sam se queda en silencio y por un instante pienso que así va a permanecer,

que he cometido un error al preguntarle y querer saber sobre ella. Mis intenciones son limpias, solo quiero conocerle más, saber de su vida, pero tal vez él piense otras cosas. Cuando la inseguridad comienza a intensificarse, Sam deja la fotografía en el lugar exacto donde estaba y suelta un suspiro contenido.

—¿No te apetece un café? —me ofrece con voz suave. Y yo asiento.

Le sigo hasta la cocina y me siento en el taburete junto a la preciosa isla de mármol que tiene en el centro. Sam comienza a preparar los cafés.

—Era escritora —dice mientras sirve el humeante café en dos tazas de loza. No derrama ni una gota, cada uno de sus gestos es cuidadoso y medido, controlado, incluso haciendo el café. Me siento aliviada de inmediato al ver que está dispuesto a hablar y no he metido la pata—. Era su vocación desde niña. Desde que nos conocimos, siempre estaba inventando historias, y nos conocimos con diez años, en la primaria. Nos volvimos inseparables.

—¿Os conocisteis aquí, en Nueva Orleans? —pregunto rodeando la taza caliente con las manos. Estamos en julio, pero el café caliente siempre es reconfortante.

—Sí, en el colegio. Y comenzamos a salir al empezar el instituto. Fuimos los mejores amigos, siempre —añade con un tono melancólico. Se vuelve muy expresivo de pronto, podría adivinar todas las veces que su mujer le viene a la cabeza, porque hay algo en su mirada que se vuelve más hondo y triste—. Yo siempre la apoyé en todo, y ella a mí. Comprendía como nadie mi trabajo... Estuve muchos años trabajando para el gobierno, incluso tuvimos que mudarnos a Washington para ello, y todo lo emprendía con ilusión. Era una mujer llena de inquietudes y de ansias por vivir. A veces yo tenía que pasar mucho tiempo fuera de casa, pero ella no se quedaba quieta, nunca se lamentaba, estudiaba, se metía en mil cosas... Su trabajo le daba mucha libertad.

—¿Qué escribía?

—Cuentos para niños —responde con una media sonrisa—. Y también los ilustraba. Era una artista, y los niños se le daban muy bien. Nos costó bastante que se quedase embarazada pero cuando lo hizo se puso loca de felicidad. Fue muy buena madre para Lily.

—¿Queríais tener más niños? —pregunto dándole un sorbo al café.

—Sí, aunque no fue fácil con Lily, ni siquiera el embarazo, Alyssa quería tener más, y yo también. Creímos que tendríamos más tiempo... A los dos nos habría gustado tener una familia numerosa.

Sam vuelve a guardar un instante de silencio, perdido en sus recuerdos, y yo comienzo a sentirme cada vez más pequeña al lado de Alyssa y su memoria. Sam quiere a una persona que está muerta, y nunca dejará de quererla. Y Dios sabe que yo no quiero que deje de hacerlo, pero empiezo a pensar que sigue enamorado de ella, y contra eso yo no tengo nada que hacer, solo aceptarlo e intentar que esto que está creciendo dentro de mí se detenga.

Tengo que aceptarlo, del todo. Lo que estoy sintiendo no es mera atracción física. Me siento bien junto a este hombre y a duras penas me lo saco de la cabeza cuando no estamos juntos. Me revolotean cientos de sensaciones en el estómago solo con escuchar su nombre y su presencia cercana me enloquece con el aroma de su perfume.

Me estoy enamorando. No, estoy enamorada. Desde que le vi solo deseo ser correspondida, que se fije en mí. Pero la realidad es la que es, y tengo que aceptarla o acabaré sufriendo muchísimo. Y no me gusta sufrir para nada. No me gusta sufrir en absoluto.

Nos terminamos el café conversando a media voz sobre asuntos triviales, alejándonos de los recuerdos y de la tristeza que no pretendía despertar en él, ni en mí, y cuando hemos terminado, Sam me guía hasta la habitación de invitados. Al detenernos en la puerta siento el impulso de darle otro pico, pero esta vez me freno con todas mis fuerzas. La sonrisa que me sale es un poco débil, pero la fuerza.

—Gracias por todo lo de hoy, Sam.

—No tienes que dárme las... —

Me siento insegura. Sam se ha quedado aquí, delante de mí, como esperando algo. Le veo titubear, me parece leer en sus ojos un anhelo que no sé si está ahí. Dios mío..., me siento tan insegura que no sé si es real lo que veo, no sé si estoy interpretando mal las cosas de tanto que las deseo, pero no me atrevo a precipitar las cosas.

—Bueno... entonces... Buenas noches —le digo.

¿Querrá que le bese? Yo quiero que me bese, quiero que me empuje al interior de la habitación y que me haga el amor sobre esa cama, en silencio, solo dejando hablar a las caricias y el calor de nuestros cuerpos. Él me mira, sus ojos brillan bajo la suave luz del pasillo... quiere algo más que una despedida fría delante de la puerta.

Cuando se acerca a mí el corazón se me dispara en el pecho y se me seca la boca de la anticipación. Le tengo muy cerca, cada vez más cerca, y cierro los ojos cuando siento sus manos rodearme el rostro. Espero el contacto de sus labios sobre los míos...

Pero entonces los suyos se desvían y posan un beso cálido sobre mi frente.

Un beso en la frente. Cálido. Paternal. De esos que te rompen el corazón.

—Buenas noches, Merry.

Desilusionada, me doy la vuelta y cierro la puerta.

Mañana será otro día.

Capítulo 9

Afortunadamente, cuando me levanto y bajo a preparar el desayuno, Merry sigue durmiendo. No sé cómo voy a enfrentarla esta mañana después de lo que pasó anoche. O, mejor dicho, de lo que no pasó.

Sentí la decepción en ella cuando mis labios se posaron en su frente. Estoy seguro de que creyó que era un beso fraternal, pero en realidad fue un desesperado intento por sentir su cálida piel aunque fuese un breve momento, y poder irme a la cama conformado con ese recuerdo.

Porque mi verdadero anhelo era estrecharla contra mi cuerpo y besarla en la boca hasta que la sintiera derretirse entre mis brazos. Y, después, tumbarla sobre la cama y hacerle el amor con todo el desespero que sentía en mi corazón.

Pero no hubiera estado bien. No con los recuerdos de Alyssa tan presentes en ambos. No después de la conversación que habíamos tenido, y en la que ella me había demostrado, una vez más, la clase tan maravillosa y comprensiva de mujer que es. No con mi hija durmiendo en la habitación de al lado.

Pero el deseo sigue ahí, punzante, carcomiendo mi corazón, ensanchándose y convirtiéndose en algo mucho más poderoso, algo que me asusta de muerte y que hace que me esconda detrás del recuerdo de una mujer a la que he amado con toda mi alma, pero que ya no está presente en mi vida, ni va a volver a estarlo nunca.

Por suerte, Lily se ha despertado y entra como un torbellino en la cocina, ya vestida, peinada y preparada para ir a las clases de verano.

—¿Hay tortitas, papá?

—Por supuesto.

—¡Bien! Me encantan las tortitas.

—¿Tienes las cosas preparadas para la escuela?

—Sí, pero he de decirte que las clases de verano son un muermo, y que

estoy harta de ir. No las necesito, papá, y deberías saberlo.

—Lo sé, pero no puedes quedarte sola en casa y la señora Johnson no puede venir a cuidar de ti hasta las dos de la tarde, así que vas a tener que seguir yendo. Aunque no te guste.

Lily hace una mueca de reproche y se sienta en el taburete, delante del plato lleno de tortitas empapadas en miel que he puesto encima de la isla central de la cocina.

—Anoche vino Suzie —me dice con la boca llena.

—No mastiques con la boca abierta. Y ya lo sé. Yo le pedí que trajera mi coche.

—Ajá. Estaba muy preguntona. ¿Por qué siempre pregunta tanto?

—Porque es como tú, una cotilla indomable y una curiosa irredenta.

—Irredenta... —Mira de soslayo hacia el techo, en actitud pensativa—. No sé qué significa, pero me gusta cómo suena.

—Significa que no tiene remedio. ¿Y sobre qué cosas te preguntó?

—Básicamente, sobre Merry y tu relación con ella. Tenía mucha curiosidad. Y no le gustó nada que yo le dijera que esperaba que te enamoraras de ella y dejaras de ser un viudo triste.

Me entra un ataque de tos. Por suerte, el café todavía está demasiado caliente y no he empezado a bebérmelo, o hubiese acabado rociado por toda la cocina.

—Deberías dejar de esperar según qué cosas —le digo, intentando recobrar la calma. Esta niña me vuelve loco con sus ideas. ¿Viudo triste? Seguro que eso es cosa de Juliet.

—¿Sabes? Creo que está celosa. Tía Juliet dice que está coladita por ti, y yo creo que es verdad.

—Tía Juliet no debería hablar de según qué cosas delante de ti.

—Oh, ella no sabía que estaba escuchando. Hablaba con tío Ben. ¿Tú crees que está celosa? Suzie, me refiero.

—Claro que no. Pero se preocupa por mí, eso es todo.

Pero en mi fuero interno pienso que es muy probable que Juliet tenga razón.

Jesús.

Cada vez veo más claro que voy a tener que hablar con ella, y no me hace ni una pizca de gracia. Será tremendamente incómodo y vergonzoso para ambos, sobre todo, para ella. Quiero mucho a Suzie, y me cortaría un brazo por ella. Pero solo como amiga. Como una hermana pequeña. O como una hija demasiado crecida. Pero nunca como amante/pareja de la que pueda enamorarme.

—No te preocupes por Suzie. ¿Cómo te está yendo en el cole?

—Ya te lo he dicho, es un mueeeermo total. Y una pérdida de tiempo. ¿De verdad no puedo quedarme en casa?

—Ya te he dicho que no.

Suspira con exageración y pone cara de víctima.

Qué comedianta que es.

De repente, veo en sus ojos un brillo que no augura nada bueno. Tuerce un poco el labio superior, como en una sonrisa malvada, y me mira fijamente antes de soltar.

—Tengo novio, ¿sabes?

La tostada untada en mantequilla que tenía en la mano y que iba a llevarme a la boca se me cae al suelo. Nada raro si pienso que acabo de caerme muerto, aunque siga sentado y respirando.

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¡¿Cómo que tienes novio?! —reacciono al final—. ¡Solo tienes diez años!

Ah, no, mi niña no puede tener novio. Algún maldito perverso la está engañando y voy a cortarlo en pedacitos. Con el mismo cuchillo romo y redondeado que acabo de usar para untar la mantequilla en la tostada. Le cortaré las orejas, y después la nariz, y cuando acabe, empezaré con otras partes del cuerpo y...

Lily me saca de mis ensoñaciones macabras llenas de sangre, venganza y miembros cortados.

—Ay, papá, qué viejo eres. Todas mis amigas tienen novio. Y a ti te gusta Ted.

Ted. Mi mente vuela buscando ese nombre en mi memoria. ¿A qué perverso conozco yo que se llame Ted? Ted, el ladrón de hijas. Ted, el que pronto estará difunto rebanado en cachitos. Ted...

Ted, el hijo de uno de nuestros vecinos, un encanto de niño que tiene la misma edad que Lily, y con el que juega desde que nos mudamos aquí.

—Ah —digo sin alterarme—. Ted. —No puedo evitar volver a la carga cuando me recupero del descubrimiento de que no hay ningún perverso acechando a mi hija, que solo es el hijo de diez años de mi vecino—. Pero que tus amigas tengan novio no lo hace más normal. Eres demasiado joven para tener novio. Cuando crezcas conocerás a otros chicos —casi me atraganto al decir eso—. No entiendo por qué quieres ir tan rápido.

—A ver, papá —cuando utiliza ese «a ver, papá», sé que va a hablarme como si yo fuese idiota—, que tenga novio no significa que ya planeo casarme con él y tener hijos.

—¡Por supuesto que no! ¡Eso de tener hijos, ni lo pienses! ¡Por el amor de Dios, solo tienes diez años!

—Ya sé la edad que tengo, papá. No hace falta que la estés repitiendo todo el rato —murmura, pero yo hago oídos sordos.

—¿Y por qué has de tener novio ahora?

—Pues porque me apetece, y porque me gusta que Ted me regale chuches cada tarde cuando nos juntamos para jugar.

—Si quieres chuches te las puedo traer yo —rezongo, muy molesto con todo este asunto.

—No es lo mismo, ¡tú eres mi padre!

—Lily, te prohíbo terminantemente que...

—¡Uy! ¡Pero qué tarde es! —me interrumpe. Se abalanza sobre mí, me da un beso, coge su mochila y sale corriendo de la cocina—. ¡Voy a perder el autobús!

Se va a toda prisa, dejándome con la palabra en la boca, el dedo alzado,

amenazador, y una cara de pasmarote que si pudiera verme en un espejo, estoy seguro de que se me caería de la vergüenza.

Jesús. No estoy preparado para esto.

No lo estoy.

Y, cuando estoy en uno de los peores momentos de mi pobre y salvaje vida de padre soltero, es cuando Merry decide aparecer por la puerta de la cocina.

Claro que yo no me doy cuenta porque me he quedado con la mirada perdida en la nada, sobrepasado por la conversación que acabo de tener con Lily y con su cobarde huida, hasta que se acerca a mí y me da con el dedo en la mejilla mientras suelta toda una batería de preguntas.

—¿Hola? ¿Estás ahí? ¿Qué te pasa? ¿Estás haciendo un viaje astral? ¿Eres médium y estás comunicándote con los espíritus?

Parpadeo y la miro, enfocando la mirada en ella.

—Lily tiene novio —digo en un murmullo desconsolado y con la voz temblorosa.

Merry enarca una ceja insolente y me dirige una sonrisa condescendiente.

—Ah, bueno, yo tuve a mi primer novio a los ocho años. No pasa nada. No te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe?! Tiene diez años y ya tiene novio, ¡claro que me preocupo! ¡Eso no es normal! —De repente, me doy cuenta de lo que ha dicho sobre sí misma—. Y, ¿cómo que tú ya tenías novio a los ocho?

—Pues claro, ¿por qué no? —Se sienta en el taburete a mi lado y pone una mirada soñadora, como quien rememora buenos tiempos—. Se llamaba Abel, y era el niño con los ojos azules más bonitos que había visto. Dábamos paseos por el patio del colegio cogidos de la mano, nos dábamos piquitos a escondidas, y nos regalábamos piedras pintadas, chucherías y esas tonterías. Son cosas muy inocentes, y no deberías preocuparte. Además, por lo que he visto, Lily está muy bien educada, y es una niña responsable y muy inteligente.

—¿Estás segura de eso?

Jesús, he sonado como un perrito abandonado.

Merry suspira con resignación y cansancio.

—Dios mío, qué *drama queen* eres, de verdad. Pareces una drag del club de Alexander.

No puedo evitar ruborizarme. Otra vez. Desde que conozco a Merry, he perdido ya la cuenta de las veces que ha conseguido que me subieran los colores.

—No soy un *drama queen*, soy un padre preocupado —rezongo.

—Vale, vale, no te lo tomes a mal que solo es una broma. —Me da unas palmaditas en la espalda para consolarme, y hace que me sienta infantil—. Con lo gracioso que estabas el otro día... ¿Ya has usado toda tu reserva de sentido del humor?

—Esto no es para tomárselo a broma, es algo muy serio y no sé si estoy preparado para algo así tan pronto, ¡que solo tiene diez años! No esperaba tener que lidiar con ello hasta dentro de seis años, por lo menos.

Merry se está riendo de mí mientras se sirve el café ella misma, como si estuviera en su propia casa, y eso hace que algo cálido se instaure en mi corazón. Cuando también rellena mi taza, no puedo evitar devolverle la sonrisa.

Se sienta enfrente y unta metódicamente una tostada con mantequilla para ofrecérmela.

—Toma, come y alimenta ese cerebro para que pueda procesar mejor tantos cambios.

Estoy contento de que Merry esté aquí y poder desahogarme con ella, pero un poco enfadado porque parece tomárselo todo a broma, sin comprender por lo que yo estoy pasando.

Alyssa sabría lidiar con esto sin problemas. Se lo tomaría con calma, lo procesaría sin dejarse llevar por el pánico, y tomaría las decisiones correctas.

Yo no soy capaz. Estoy totalmente perdido y me da mucho miedo que Lily tome decisiones equivocadas porque yo no he sido capaz de educarla correctamente, ni de hablar con ella a tiempo sobre las «cosas de adultos», como dice ella. Hay tantos peligros ahí afuera para una adolescente, peligros de los que yo no podré protegerla, y tendré que confiar en que tome las decisiones correctas por sí misma.

Pero, ¿cómo va a hacerlo si yo no he sabido prepararla para ello?

El mundo se me está cayendo encima y no sé cómo evitarlo.

Y, mientras yo vivo este terrible drama, angustiada, Merry está ahí comiéndose su tostada tranquilamente.

—Si quieres —me dice, insegura—, puedo intentar hablar con Lily, de mujer a mujer. ¿Ya le has hablado de la menstruación?

Creo que he abierto tanto los ojos que están a punto de caerse al suelo y salir rodando.

—¿La menstruación?! Pero... pero... si solo...

—Tiene diez años, lo sé. A mí me bajó con nueve. No es tan extraño, ¿sabes?

Me paso las manos por el rostro y por el pelo. Creo que se me han quedado los pelos de pincho, pero me da igual.

¡La menstruación!

¡Jesús!

¿Puede complicarse más la cosa?

—No es para tanto, hombre, no te asustes. Todavía puede tardar unos años en bajarle, aunque también puede hacerlo mañana mismo. —Le da otro mordisco a la tostada, la mastica con tranquilidad y traga—. Es algo que deberías hablar con ella ya, pero hazlo con naturalidad para que cuando pase, no se asuste, porque eso sí puede llegar a impresionar si no te han hablado de ello antes. Pero si está bien informada, todo irá bien.

Creo que se me ha bajado toda la sangre a los pies. Debo parecer un muerto, y estoy empezando a notar un cosquilleo extraño en las mejillas. ¿Me estará dando un ictus?

¿Cómo voy a hablarle de la menstruación a mi hija? ¡¿Cómo?!

¡¡Jesús!! ¡¡Si le baja la regla, ya podrá quedarse embarazada!!

Y si eso pasa, será culpa mía, por ser un padre inútil incapaz de hablar con su hija de los temas verdaderamente importantes en esta vida.

Estoy a un tris de tirarme al suelo y echarme a llorar.

«Ay, Alyssa, ojalá estuvieras aquí. Todo esto me viene enorme».

—Sam, te has puesto pálido. —Se echa a reír, como si mi desgracia fuese un chiste—. ¿De verdad te da tanto apuro hablar de estas cosas?

—No me da apuro —miento descaradamente—. Pero me preocupa mucho no estar a la altura. No quiero que crezca, Merry —y eso es verdad—. Hasta ahora, las cosas eran mucho más fáciles, pero Lily está creciendo y yo no sé cómo afrontar los cambios o cómo hablar con ella.

—Ya te he dicho que, si quieres, hablo yo con ella. Para mí no supone ningún problema.

Es una oferta tentadora, porque seguro que Merry se entendería con Lily mejor que yo, y hablarle de estos temas de una forma más natural, de mujer a mujer.

Pero eso sería una cobardía, porque Lily es mi hija. Yo soy quien debe educarla, y no debería sentirme tentado a delegar en otras personas lo que es mi responsabilidad. Para bien o para mal.

—Gracias, pero no. Sería muy fácil poner mi responsabilidad sobre tus hombros, pero no sería justo, ni para ti, ni para Lily. Aunque puedes ayudarme de otra manera.

A Merry le brillan los ojos, como si le hiciera ilusión echarme una mano.

Hace que me sienta raro. Muy raro.

Desde la muerte de Alyssa, no he tenido ayuda de nadie en cuestiones que incluyan a Lily.

Excepto de la señora Johnson, pero ella cobra por hacerlo, por lo que no cuenta.

Quiero decir, que no he tenido con quien hablar sobre mis dudas como padre, ni que me haya dado consejos, o que me haya ayudado a ver las cosas desde una perspectiva diferente a la mía.

Me he encontrado completamente solo.

Hasta ahora.

—Dime, ¿qué quieres que haga por ti?

—Ser mi asesora en asuntos femeninos. Necesito consejos sobre cómo hablar con Lily sobre todos estos temas.

Me gustan los hombres, pero no suelo tener mucha fe en ellos, así que cuando Sam me sorprende con lo que acababa de decir no puedo más que sentirme orgullosa de él.

Todo lo que he intuido se va reafirmando según le conozco. Es un hombre responsable, y es un buen padre, porque cualquier otro me habría colgado el muerto de tener esa charla tan importante para una cría. Me resulta enternecedor que quiera conocer todo lo posible los temas que van a afectar a Lily para poder tratarlos como es debido... Yo sé lo que es que te falte una madre que comprenda lo que estás sintiendo, el vacío que deja y lo doloroso que puede ser sentirse sola cuando tu cuerpo comienza a cambiar o cuando tienes dudas sobre tus primeras experiencias en la vida. No es que un padre no pueda hacerlo tan bien como una madre, es que al menos en mi caso, mi padre se desentendió por completo de mí, y también de mi hermano, así que tuvimos que educarnos y sacarnos las castañas del fuego solos.

Me alegro de que ese no sea el caso de Lily. Es una niña maravillosa, y que Sam me pida ayuda en un asunto tan importante me hace sentir bien... Significa que confía en mí, y también significa que quiere pasar más tiempo conmigo.

—De acuerdo, seré tu asesora en asuntos menstruales.

Sam parpadea y me mira con cara de escándalo, como si hubiera dicho algo fuera de tono.

—¿Es preciso llamarlo así?

—Solo es una broma, pero no deberías reaccionar como si hubiera dicho una grosería. Esta será la primera lección —le digo señalándole con un cruasán—: La menstruación es un proceso natural, no te tiene que escandalizar, Lily nunca tiene que sentirse incómoda al hablar de eso contigo, y lo hará si eres tú el primero en sentirse incómodo.

—Vale, vale. No es un tema que trate todos los días, como comprenderás.

—Pues es un tema que tiene que ver con la mitad de la población mundial,

ya iría siendo hora de acostumbrarse.

—Bien, entonces... debo ser natural con ella cuando hablemos de estos asuntos.

—Exacto, has comprendido la primera lección. Apréndela bien porque esa va para exámen. ¿Has hablado con ella remotamente de este asunto? —le pregunto, aunque intuyo la respuesta. No creo que Sam se haya atrevido a hablar de nada de esto con su hija, ni siquiera de refilón.

—No. —*Voilà*—. Siempre lo he dejado para más adelante.

—No debes forzar las situaciones, lo mejor será que aproveches algún momento en el que el tema salga de manera natural.

Sam suspira, como si todo esto fuera demasiado complicado para él.

—Bien... Lo más probable es que ella acabe sacando el tema sola. A veces tengo la sensación de que sabe más que yo de qué va la vida en realidad.

—¿Sabes? Yo creo que los niños saben mejor que nosotros de qué va la vida, y que ser adulto significa ir olvidándose de ello y amargándose con nuestra propia idea de vida. Déjate llevar más por ella y participa activamente en sus conversaciones sin alarmarte, creo que eso sería bueno.

Me mira sorprendido. Al menos ahora ya no está lívido y con cara de haber visto un fantasma.

—¿Cómo sabes tanto de críos?

—En realidad no sé nada —digo encogiéndome de hombros y dándole un sorbo al café—. Quiero decir... lo que sé es porque recuerdo bastante bien lo que significó para mí ser una preadolescente y lo que me habría gustado tener en ese momento.

—Pues no son malos consejos...

Sonrío. Mi infancia no fue precisamente feliz, aunque siempre me he esforzado por serlo, y siempre he tenido el apoyo de mi hermano, me vi demasiado sola cuando mamá murió. No es algo que quiera explicarle ahora a Sam, él tiene bastante con lo suyo, y además, se me está haciendo tarde y tampoco quiero pensar en ello.

—Alexander está solo en el hospital —digo levantándome del taburete y yendo a por las llaves que dejamos en el recibidor la noche anterior—. No quiso que me quedase anoche pero voy a estar con él hasta la hora de abrir el restaurante, aunque tal vez le den el alta antes.

Sam se pone en pie mientras me pongo la chaqueta y viene detrás de mí. Le miro extrañada.

—No voy a dejar que te vayas sola —me dice, y se queda tan ancho.

—¿Y por qué no?

—Aún no sabemos si la situación es segura.

—Sam, sé cuidarme sola, soy mayorcita, y no hace falta que vengas conmigo, seguro que tienes trabajo que hacer.

—Mi trabajo ahora es averiguar qué le ha pasado a tu hermano, y hasta que no sepa por qué le han dado esa paliza y esté seguro de que no va a salpicarte a ti, vamos a estar protegiéndoos a ambos.

La feminista que hay en mí se siente muy amenazada con esto. Este hombre me gusta, pero no quiero tenerle pegado a mi trasero todo el día y tampoco quiero apoyarme tanto en él para nada. No me gusta depender de nadie, y menos de un hombre. Y a pesar de que ciertas actitudes me irritan, no puedo evitar que se me ponga el corazón blandito al darme cuenta de lo preocupado que está.

Si le preocupo de esta manera, es que algo debo importarle, ¿no?

—Bien... Bien, vale. Me lo tomaré como si fuera una película de acción —acabo accediendo, aunque todo esto de escoltarme y vigilar mi seguridad me parece un poco exagerado—. Pero conduzco yo.

Con un resoplido resignado de Sam, salimos de su casa y partimos hacia el hospital.

Sentado en una de las sillas de plástico junto a la habitación de mi hermano hay un hombre con un parche en un ojo que se pone en pie en cuanto ve llegar a Sam. Su aspecto es llamativo, no solo por el parche, que me recuerda al protagonista de un videojuego, sino por lo guapo que es. No es tan atractivo como Sam, pero tiene una belleza salvaje y muy viril que llama

mucho la atención. Es moreno, con el pelo corto peinado hacia atrás, lo que le da un aire militar, y su único ojo es de color gris muy claro. Nos mira con una expresión un poco hosca, pero saluda con mucho respeto a Sam y luego me tiende la mano cuando este me presenta.

—Ben, ella es Merry, es la hermana de Alexander.

—Encantada —le digo, devolviéndole el apretón con la misma firmeza con la que él me lo da. Sonrío.

—Lo mismo digo —responde.

—¿Cómo ha ido la noche? —pregunta Sam.

—Todo ha estado tranquilo, solo se han acercado las enfermeras a la habitación, no ha habido movimientos sospechosos. Alan me ha llamado, no tardará en llegar, ¿te ha llamado a ti?

—No —responde Sam—. Aún no.

—Pues ya lo hará —dice Ben mirándome de soslayo—. O ya hablarás con él cuando venga.

—Me da la impresión de que no queréis hablar de lo que sea delante mí, y la verdad es que me gustaría enterarme de las noticias. Esto tiene que ver conmigo y con mi hermano, al fin y al cabo —les interrumpo, porque no me gusta que hablen como si yo no existiera.

—Yo no tengo toda la información. Es mejor que Sam te cuente todo cuando reúna todos los datos. —Ben se vuelve hacia Sam, pasándole el marrón con un gesto evidente: una palmadita en el brazo—. Luego te veo, mi parienta me está esperando.

Ben se despide con una inclinación de cabeza y yo le saludo con la mano antes de que se dé la vuelta y nos deje solos en el pasillo.

—Es muy guapo tu amigo, le queda bien el parche —comento cuando estoy segura de que no me va a oír.

—Está casado —replica Sam, tan frío y seco que me da la sensación de que la temperatura baja varios grados.

—Está bien, yo no soy celosa —bromeo para quitarle hierro, pero no me ha pasado desapercibida su actitud, ni la forma en la que su cuerpo se ha

tensado al escucharme decir eso.

«¿Eso son celos? ¿Se ha puesto celoso porque he dicho que Ben es guapo?».

—¿No tienes que entrar a ver a tu hermano? —me apremia, molesto. Yo le sonrío y le guiño el ojo antes de meterme en la habitación.

Me encanta chincharle, creo que va a ser mi nuevo placer culpable. Pero sin lo de culpable.

Alexander está despierto y me recibe con una sonrisa dolorida. El pobre está rotito, pero no corre peligro y parece mejor de ánimo. Tal vez sea el efecto de las drogas que le administran para que no le duela nada, pero lo prefiero así, la verdad. Me acerco y le doy un beso en la frente.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto, acercándome una silla y sentándome junto a él.

—He intentado escaparme esta noche, pero me han atrapado.

Le doy una palmada en el brazo (en el sano).

—No seas tonto, estoy preocupada. No es momento para bromear —le riño sin dureza alguna.

—Estoy mejor. ¿Y tú? ¿Has venido con alguien? Te he oído hablar en el pasillo.

—Sí, Sam me ha traído al hospital. Me está echando una mano.

No puedo darle demasiada información. Alexander no sabe nada de la investigación. No sabe que yo sé que me ha ocultado cosas, y no sabe que he pasado la noche en casa de Sam porque está paranoico con que algo pueda pasarme.

—Vaya, vaya... Así que la cosa va en serio —dice Alex con una sonrisilla—. ¿Has conseguido avanzar desde aquel beso en el barco?

Por supuesto, ya le he contado todo con pelos y señales a mi hermano. Es mi mejor amigo, y aunque ahora mismo nos estemos ocultando cosas, no es lo normal en nuestras vidas. Nos gusta contarnos las cosas... al menos las buenas.

—Bueno... la verdad es que no —suspiro, y apoyo la frente en el borde de la cama con todo mi drama—. No nos hemos vuelto a besar, y no creo que vuelva a ocurrir, la verdad.

Alexander me acaricia el pelo y levanto la cabeza para mirarle con cara de cachorrilla abandonada.

—¿Por qué no iba a ocurrir?

—No puedo competir con su esposa fallecida. Creo que Sam sigue enamorado de ella... —le confieso con desánimo—. Nunca va a fijarse en alguien como yo. Ella era perfecta. Aunque... —dudo, porque lo que estoy pensando es una chorrada en realidad.

—Aunque, ¿qué? —me apremia él.

—Creo que hace un momento le ha dado un ataque de celos —digo bajando la voz, como si Sam pudiera escucharnos desde fuera—. Pero no sé qué pensar. Sé que siente atracción por mí, pero no creo que pasemos de ser amigos.

—¿Tan pillada estás, hermanita?

Le miro con cara de circunstancias. Tengo que revisarme por dentro para responder, pero está más que claro. Hace días que lo sé.

—Creo que sí. Creo que quiero salir con él en serio.

Mi hermano suelta una risa clara y agradable, y luego se queja llevándose la mano a las costillas.

—Ay... Merry, no deberías rendirte tan pronto. Estás dando demasiadas cosas por sentado. Y además, tú eres la que siempre dice que hay que dejarse fluir por la vida. Aplícate el cuento y veamos qué sucede, ¿no?

—No sé... Alex...

—No seas boba. También me dices siempre que hay que luchar por lo que uno quiere. No te rindas tan pronto. Estoy seguro de que tienes posibilidades...

Sonrío. La verdad es que las palabras de Alexander me animan. Normalmente se muestra más amargo con estos temas, pero ha entendido que esto es importante para mí.

—¿Ya se te ha pasado el resentimiento con el amor?

—No, pero si tú crees que ese hombre es lo mejor para ti ve y consigue lo que quieres. Lo único que yo deseo es que seas feliz.

No lo puedo evitar y me arrojo sobre él para abrazarle y darle un beso en la cabeza.

—¡Ah! ¡Cuidado! —se queja.

—¡Perdón! ¡Perdón! —me disculpo apartándome. Por un momento se me ha olvidado que el pobre está roto.

Capítulo 10

He tenido un ataque de celos en toda regla.

Cuando Merry desaparece detrás de la puerta de la habitación del hospital, todavía no me he recuperado de las ganas de echarme encima de Ben y golpearle su bonita cara.

Que Ben es guapo.

¡Guapo!

¿Y yo, qué? ¿Eh?

Jesús.

Esto no puede estar pasándome a mí.

Nunca he sido un tipo celoso, ni siquiera cuando Alyssa estaba viva y yo pasaba lejos muchos meses al año. Confiaba en ella y en su honestidad, y nunca me defraudó. Ni yo a ella.

Pero ahora...

Al ver brillar los ojos de Merry mientras le miraba el culo a Ben al mismo tiempo que me decía lo guapo que le parecía..., he tenido ganas de estrangularlo. Como si fuera culpa de él, y no mía.

Porque Merry solo debería fijarse en mi culo, no en el de otros hombres. Y solo debería pensar en lo guapo que yo soy, y no en lo atractivo que es Ben, con parche en el ojo incluido.

Me estoy volviendo loco. En cualquier momento aparecerá un psiquiatra y dictaminará que estoy para que me encierren.

A ver, Merry y yo no tenemos nada. No somos pareja. No estamos saliendo. ¿Y por qué no estamos saliendo? Porque soy tan gilipollas que le dije que necesitaba tiempo. ¡Tiempo! ¿Tiempo para qué? ¿Para que vaya fijándose en los culos de otros hombres?

Estoy entrando en una espiral paranoica de la que no sé cómo salir. Tengo ganas de entrar en esa habitación, agarrarla por el pelo, besarla hasta que se le

derritan las piernas, y ordenarle muy seriamente que no vuelva a fijarse en otro culo que no sea el mío.

¿Dónde está la pared más cercana, por favor? Para darme unos cuantos cabezazos en ella.

Por suerte Alan aparece en ese mismo momento y me salva de romperme la crisma en un acto de autolesión que sí me enviaría directo a la zona de psiquiatría del hospital.

—Ey, tío, me alegro de encontrarte aquí, porque tengo cosas muy interesantes que contarte sobre tu amiguita y su hermano.

Su tono no me gusta porque anuncia graves problemas.

—¿Qué has descubierto?

—Muchas cosas. Demasiadas para mi gusto, si he de ser sincero.

—Desembucha.

—¿Te suena el nombre de Leonard Blanchard?

—No.

—Hace unos diez años protagonizó un auténtico escándalo en esta ciudad. Era un gran empresario, descendiente de una de las familias que fundaron Nueva Orleans. Contaba con una gran fortuna, o eso creía todo el mundo. ¿En serio no te suena?

—No. En esa época, yo ya estaba en Washington.

—Bueno, pues el señor Blanchard hizo un desfalco en su propia empresa y desapareció del mapa, llevándose más de doscientos millones de dólares. Hubo intentos de hacer que sus hijos cargaran con el muerto que había dejado, aunque a duras penas contaban con diecisiete años de edad. Dejó a los mellizos en la más absoluta ruina y cargados de deudas. Por suerte, lo poco que quedaba de la herencia de su madre les salvó el culo, o se hubieran quedado en la calle con una mano delante, y otra detrás. Al final, sus abogados consiguieron convencer al estado de que ellos no sabían nada de los chanchullos de su padre, y no les molestaron más con esa cuestión, aunque todavía hay por ahí gente enfadada con ellos por lo que hizo su padre.

No me imaginaba que Merry hubiese tenido un pasado tan duro. Casi

puedo imaginarme la angustia que debió vivir en esa época, con su padre desaparecido, sola en el mundo excepto por su hermano, con toda una ciudad en contra de ellos dos, responsabilizándolos de algo de lo que no tenían culpa alguna.

Miro hacia la puerta tras la cual sé que está ella, y he de contenerme para no atravesarla a la carrera, encerrarla entre mis brazos y no dejarla ir nunca más.

¿Nunca más?

—Y de Blanchard, ¿has descubierto algo más?

—Rumores. El FBI está convencido de que está en el extranjero. Se le ha visto en Mónaco, perdiendo grandes cantidades de dinero en los casinos, y relacionándose con traficantes de armas. También anduvo por Colombia, y se le vio en compañía de Pastor Vega, el...

—Jefe del cártel de Medellín. Sé quién es.

—Pero todo son rumores. Lo único cierto es que no hay pruebas de nada de todo ello.

—Hay rumores y rumores, Alan. A ciertos niveles, los rumores no son más que verdades dichas a escondidas. ¿Y sobre el hermano?

—Los polis no se acaban de creer que haya sido un ataque homófobo. La paliza ha sido demasiado sistemática, le han dado en lugares que sabían que harían daño pero que no lo matarían. Y ha sido una emboscada en toda regla. El callejón en el que lo estaban esperando es el mismo por el que entra y sale todo el personal, y allí trabajan más de una veintena de drags, trans y gays.

—Quieres decir que lo estaban esperando a él explícitamente.

—Exacto. Eso es lo que creen. Alexander fue el último en salir, aunque nadie comprende por qué salió al callejón para subir a su casa, si hay una escalera interior que comunica ambas partes del edificio, que es la que utiliza normalmente.

—Creen que alguien o algo lo atrajo fuera.

—Eso es lo que piensan, sí. Los ataques a gays no están tan planeados. Suelen ser al azar, un grupo de subnormales que decide divertirse dándole una paliza al primer maricón que se encuentran. Y esto no parece que lo sea,

aunque él se esfuerza mucho por hacer creer que sí lo es. —Alan se queda callado un segundo—. De momento, no tenemos nada más. Cuando averigüen algo nuevo mi contacto con la poli me lo hará saber.

—Si todo este asunto tiene algo que ver con Leonard Blanchard, quizá Wesley sepa algo al respecto. Te dejo aquí al cargo. No te separes de ella ni un segundo, ¿entendido?

—Sí, jefe. A sus órdenes.

—Menos coña. Y una cosa más.

—¿Sí, jefe?

—Ni se te ocurra coquetear con ella o te cortaré las pelotas, ¿entendido? Guarda tu encanto natural para tus ligues de fin de semana.

—Vaya, Sam. —Alan ensancha la boca en una sonrisa burlona—. ¿Te estás pillando de verdad por una chica? Ahora tengo muchísimas ganas de conocerla.

—Cierra el pico y haz el trabajo para el que te pago.

—Sí, jefe. —Le doy la espalda y me alejo de él mientras saco el móvil del bolsillo, pero todavía puedo oírle decir—: ¡Y vete pensando lo del aumento!

Alan y sus aumentos. No hay semana que no me suplique que le suba el sueldo con cualquier excusa. Se ha convertido ya en un ritual: él me pide que le suba el sueldo, yo le digo que no, y después nos tomamos una cerveza mientras él se ríe de Ben por estar tan pillado de su mujer.

Deseo fervientemente que llegue el día en que una mujer le haga perder el juicio.

Será digno de ver.

Mientras salgo del hospital llamo a Merry. Le explico que tengo que irme, pero que la dejo en buenas manos, que Alan es un tío capaz que los protegerá.

Ella protesta, por supuesto, porque la idea de que están en peligro no acaba de cuajar en su cabeza, pero no quiero contarle todavía mis sospechas, no hasta que las haya confirmado.

Al final, acepta a regañadientes no ir a ninguna parte sin estar escoltada por Alan, y me pica muchísimo cuando, después de que le haga una breve

descripción, me pregunta si es tan guapo como Ben. Le contesto que no con un gruñido y cuelgo el teléfono.

Y ahí van mis buenos propósitos de no volver a sentir celos.

El Voodoo Daddy es uno de los locales de copas más afamados de Nueva Orleans. Su decoración, tan... oscura y vampírica, por decirlo de alguna manera, me parece horrorosa. Hay tanto rojo, negro y dorado, que más que un bar de copas, parece un burdel de mal gusto.

Su dueño, al que todo el mundo llama Wesley por su parecido con el actor, es el hombre más enigmático y misterioso que haya conocido esta ciudad.

Teniendo en cuenta toda la mitología literaria que autoras como Anne Rice han creado, eso es mucho decir.

Se dice de Wesley que está metido en todo tipo de asuntos turbios, desde tráfico de armas hasta santería y magia negra; pero nunca, nadie, ha podido probar nada. Lo único que yo sé es que, a pesar de que el tipo no me cae demasiado bien, nunca nos ha fallado y siempre ha estado ahí echando una mano cuando le hemos necesitado.

Y todavía no comprendo por qué.

A Ben y a Juliet les salvó el culo, literalmente, hace casi dos años. Si no hubiese sido por él, ambos estarían muertos.

Por eso me esfuerzo por ser amable cada vez que nos encontramos cara a cara, aunque su sonrisa sardónica, su porte altanero y su aspecto de matón refinado, consiguen sacar lo peor de mí.

Me recibe en su despacho, decorado acorde con el local. Es casi como el santuario de un vampiro antiguo, uno de esos jefes de clan que mueven los hilos desde la sombra y al que todo el mundo teme y reverencia.

Sonríe mientras se me acerca, mostrándome una hilera de dientes muy blancos que contrastan con su piel de mulato.

—Vaya, vaya, el gran tío Sam se digna a venir a hacerme una visita. ¿Vienes a darme las gracias por lo de Ben? Espero que él y Juliet estén bien y gocen de buena salud.

—Vengo a hacerte una consulta.

—Vaya, qué desilusión. —Se lleva las manos al pecho, muy teatralmente. Se gira y me señala un asiento, ofreciéndomelo—. Siempre me buscáis por el interés, y ni siquiera me traéis bombones o flores para disimular.

—No estoy para bromas, Wesley; prefiero ir al grano. ¿Qué sabes de Leonard Blanchard?

—Qué raro que quieras ir al grano —me suelta con sarcasmo, sentándose en el sofá que hay delante de mí. Me mira con una sonrisa burlona en los labios—. ¿En el sexo eres igual?

—No voy a comentar mi vida sexual contigo —le espeto—. Ni siquiera para saber cuál de los dos la tiene más grande.

A Wesley se le escapa una carcajada y echa la cabeza hacia atrás, divertido con la idea.

—¡Por supuesto que no! Ambos sabemos que tú saldrías perdiendo. Es un hecho científico probado que los negros la tenemos más grande.

Resoplo, cansado de tener que aguantar su sentido del humor. Siempre es igual con este tío, que además de ser un delincuente, es un pesado de mucho cuidado.

—¿Vas a ayudarme, o no?

—Claro que sí, pero solo porque Sparrow y Duke me caen bien. Además, así se os acumula deuda pendiente.

Sparrow y Duke son los motes de Benedict y Alan, respectivamente. No me gusta que los use con tanta familiaridad, igual que no me gusta el tono con el que habla sobre «nuestra deuda pendiente».

Pero Wesley es un buen contacto, y su información siempre ha resultado ser veraz y eficaz, así que tengo que aguantarme, mal que me pese, y ponerle buena cara.

Por lo menos, hago el intento.

—Temo que llegue el día en que empieces a pasarnos factura —le digo, intentando bromear, aunque lo pienso muy en serio.

—No te preocupes, solo voy a reclamar a vuestros primogénitos para mis

rituales satánicos.

—Tienes suerte de que yo crea que todo eso de la santería y la magia negra son cuentos para tarados.

—Sí, bueno —dice, arrastrando un poco la í, en un tono bastante condescendiente—, eso es lo que nos interesa que creáis.

Chasqueo la lengua, cansado ya de tanto cuento, y hago el gesto de levantarme para irme, cuando él empieza a desembuchar la información que he venido a buscar.

—El tipo ese que buscas, Leonard Blanchard, he oído rumores que dicen que anda por Las Vegas perdiendo dinero a espuertas. Se ha vuelto un adicto a las mesas de póker ilegales, Sam. Y no estamos hablando de partidas familiares con macarrones, sino de apuestas de miles de dólares por mano. Se dice que le debe muchísima pasta a ZZ Gang, y ese tío no es conocido precisamente por su paciencia. Cuando no cobra, las familias de los perdedores... digamos que suelen pasarlo bastante mal si no se hacen cargo de las deudas.

—¿Del tipo de darle una paliza a un hijo, por ejemplo, para obligarlo a pagar las deudas del padre?

—No sería la primera vez que hace algo así.

Me quedo pensativo, porque todo está empezando a tomar forma.

ZZ Gang. Un nombre adecuadamente extraño para un mafioso del siglo XXI.

Voy a tener que poner a Suzie a trabajar para conseguir más información sobre él, y pensar de qué manera puedo contarle a Merry que el culpable de la paliza que se ha llevado su hermano, es, casi con toda probabilidad, su propio padre.

Se me están acumulando los problemas.

—Gracias, tío.

Le doy la mano a Wesley y me despido de él.

Ya en la calle, respiro el aroma a locura de Bourbon Street que me rodea y me paso las manos por el pelo.

Demasiadas cosas en las que pensar. Demasiados problemas acumulándose en un solo día.

¿Cómo le cuento a Merry lo que acabo de descubrir, intentando minimizar los daños?

¿Cómo me enfrento al hecho de que mi hija, de diez años, tiene novio, sin estrangular al crío?

¿Cómo afronto el hecho de que voy a verme obligado a tener La Charla con ella a la de ya, sin intentar suicidarme antes?

¿Cómo le hago entender a Suzie que tiene que olvidarse de mí, sin romperle el corazón en el intento?

Pero, lo más importante de todo, es: ¿qué voy a hacer con los sentimientos que estoy empezando a tener por Merry? ¿Los meto en un baúl y los tiro al mar, a ver si desaparecen? ¿O los acepto, me arriesgo, y que sea lo que Dios quiera?

Yo qué sé.

De verdad.

Yo qué sé.

Después de la comida, el médico ha venido a darle el alta a Alexander. Su estado no corre peligro: tiene un par de costillas fracturadas y el brazo roto, pero con tiempo y reposo se recuperará sin problemas, y no le quedarán secuelas.

—No necesito una silla de ruedas —dice cuando la enfermera trae una para que podamos ir hasta la salida sin esfuerzo.

—No seas tonto, ¿nunca has querido ir en una? Es el sueño de todo niño.

—¿Hablas en serio? Yo nunca he querido subirme en una de estas, me dan mal rollo.

—Pues yo soñaba con tirarme por las cuevas e ir a todos los sitios sentada —le respondo totalmente en serio, mientras tiro de su brazo y le obligo a poner el culo en la silla—. Venga, siéntate. Yo te llevo.

—Mira que eres pesada cuando te lo propones.

Con una risilla empujo la silla fuera de la habitación. Alexander rezonga por lo bajo algo sobre mis sueños raros de infancia. En el pasillo hay un hombre rubio sentado en una de las sillas de plástico, no hay rastro de Sam ni de Ben por ningún lado, así que cuando el tipo vuelve la mirada hacia nosotros y se levanta como si nos hubiera reconocido, supongo que este es el otro compañero de Sam, el tal Alan.

—Oye, Kevin Costner, ¿eres tú el guardaespaldas? —le pregunto con descaro.

Él se acerca con una media sonrisa suficiente en la boca. Le tiene más aire a Brad Pitt que a Kevin Costner, pero Brad no protagonizaba la película de Whitney Houston.

—Para ti, soy lo que tú quieras que sea.

Alexander carraspea, mirándole sin levantarse de la silla.

—¿Y este idiota quién es? —pregunta con brusquedad.

—Es el idiota que Sam ha dejado aquí para hacernos de escolta —le explico a mi hermano, que me mira extrañadísimo.

—Ese soy yo, el idiota del escolta —dice Alan, y nos tiende la mano, primero a mí y luego a mi hermano—. Pero podéis llamarme Alan.

Yo le estrecho la mano, pero Alexander no mueve un pelo, le mira mal, luego me mira mal a mí, y parece entender cada vez menos lo que está pasando.

—Espera... espera, ¿por qué nos ha puesto un escolta tu novio? —suelta de pronto.

—No es mi novio —replico—, pero está preocupado. Él se dedica a estas cosas y ha querido echarnos una mano.

—¿A qué cosas? —pregunta Alexander con desconfianza.

—Tiene una agencia de detectives —le respondo.

—Pero eso no tiene que ver con la seguridad... ¿por qué...? —quiere seguir indagando, pero le corto antes de que haga más preguntas.

—Ya lo hablamos en casa con tranquilidad, Alex.

—Os acompañaré a casa con mi coche —dice Alan, que no ha perdido la sonrisa aunque le hayamos llamado idiota.

Alexander le mira, cada vez más mosqueado y desconfiado.

—¿Ahora voy a perder mi intimidad por esto? Bastante tengo con la paliza, me gustaría poder recuperarme tranquilo. No creo que esto sea necesario —dice mi hermano.

—No vas a perder un ápice de intimidad. Os prometo que será como si no estuviera —responde Alan.

—Pues no has empezado con buen pie. Yo aún te veo aquí, y lo primero que has hecho es incordiar a mi hermana.

Alan ensancha su sonrisa de canalla y me mira de arriba abajo. La verdad es que me dan ganas de darle una buena torta.

—Prometo portarme bien, pero es difícil no prestar atención a tu hermana. —Las ganas se vuelven más intensas, pero me comporto, le miro entrecerrando los ojos—. El jefe tiene muy buen gusto.

—Puede que en mujeres sí, pero en empleados ya veo que no —le suelto, a ver si se le bajan los humos.

Él parpadea como si no esperase que le respondiera. Yo no soy de las que se sonrojan y sueltan risitas cuando les dan opiniones no requeridas en forma de piropos.

—Solo pretendo ser amable —se defiende.

—¿Intentando ligarte a la “amiga” —digo dibujando unas comillas en el aire con los dedos— de tu jefe? Eres bastante desleal, y ni hablemos de lo informal que eres como empleado.

Alan me mira con los ojos como platos, repentinamente sorprendido. ¿Es que las mujeres no le replican cuando se comporta como un imbécil? No entiendo a este tío.

—¿Tú siempre eres así? —pregunta con un tono raro, como si esperase que le respondiera afirmativamente.

Alexander suelta una risilla. Está enfadado, pero siempre encuentra un

hueco para reírse de mí, como buen hermano.

—¿Así cómo? —le pregunto.

—Tan directa y desvergonzada.

—Sí. Es parte de mi encanto natural —le respondo sin achantarme ni un pelo—. Y ahora si nos disculpas, nos vamos a ir a casa. Si quieres pasar desapercibido puedes comenzar a partir de ahora. No pierdas la oportunidad.

Voy a empujar la silla para llevar a mi hermano hacia el ascensor cuando el muy cretino de Alan se me echa encima y me abraza.

—¡Gracias, gracias, gracias! —me dice, mientras me lo quito de encima a manotazos.

—¿¡Qué haces!?! ¿Estás chalado?

Él se aparta. Parece feliz de repente, y no comprendo qué demonios le pasa. Tal vez tiene un problema de bipolaridad. O toma drogas. O las dos cosas.

—Eres exactamente la mujer que Sam necesita —me suelta de pronto, dejándome anonadada—. Haznos un favor a todos y pon su vida patas arriba, a ver si así se le quita el amargor.

Parpadeo, sorprendida, y no sé muy bien cómo reaccionar. Alan me estaba cayendo muy mal, pero de pronto se ha convertido en un aliado en mi cruzada personal. Los tres parecen muy amigos, y está visto que al menos Alan se preocupa por Sam y su bienestar. Tal vez no sea tan frívolo e idiota como aparenta ser.

—No sé qué tramas con Sam, pero dudo mucho de que este tío pueda hacer bien su supuesto trabajo —comenta mi hermano.

Alan ya ha desaparecido por el pasillo, dispuesto a cumplir con su palabra, por lo visto. Con un suspiro, empujo la silla de mi hermano, pensando en cómo le voy a explicar la situación.

—Sam no confiaría en inútiles —le digo muy segura mientras nos metemos en el ascensor.

Me siento muy aliviada al llegar a casa. Solo he pasado una noche fuera,

pero me ha parecido una eternidad. Este sitio es mi refugio, y también el de Alexander, saber que estaba en el hospital, aunque supiera que estaba bien, me tenía en vilo y alterada. Hoy no voy a ir al restaurante, así que ya he hecho unas llamadas para avisar y que se encarguen mis chicos de todo.

Y además, ha llegado el momento de hablar en serio con Alexander. Ha estado todo el viaje con cara de vinagre, y no me gusta que estemos tensos por muchas razones que tengamos para estarlo. Prefiero solucionar las cosas.

Le ayudo a sentarse y voy a prepararnos un par de chocolates calientes. Tengo que hacerme el cuerpo para comenzar con las cosas serias, pero Alexander parece tener más prisa que yo en dejarlo todo claro y no tengo que esperar para que sea él mismo el que comience con la conversación cuando vuelvo con las dos tazas humeantes.

—¿Me vas a explicar qué es lo que estáis tramando Sam y tú?

—Sam está investigando lo que ha pasado.

Como esperaba, esto no le gusta nada. Abre mucho los ojos y me mira enfadadísimo, con la mirada echando chispas.

—¿Qué?! ¿Por qué le has pedido eso?

—No le he pedido nada, Alex, él se ofreció, y a mí me pareció buena idea —respondo armándome de paciencia.

—¿Y por qué has aceptado? No ha pasado nada, esto no tiene la menor importancia, pasa todos los días en todo el país. ¿Por qué no puedes simplemente dejar las cosas como están?

Bueno, esto ya pasa de castaño a oscuro. Le estoy dando una oportunidad para que me cuente la verdad, pero no veo que tenga intención de hacerlo, así que tengo que ponerme seria de una buena vez.

—¿Cómo puedes tener la jeta de enfadarte conmigo? —me mira, sorprendido, así que se lo explico—. Sé que me estás ocultando cosas, lo sé perfectamente. A estas alturas deberías tener más que claro que no podemos mentirnos, no sirve de nada, siempre nos las pillamos todas. —No quiero hablarle mal, pero no puedo evitar que el tono de mi voz se endurezca. La verdad es que estoy bastante enfadada y decepcionada por su falta de honestidad—. Y aunque no me estuvieras ocultando nada, que no es el caso, no

puedes esperar que no le dé importancia a lo que te han hecho... ¡te han dado una paliza! Por el amor de Dios...

—Deberías respetar lo que yo he decidido —me responde con dureza, y a mí me dan ganas de sacudirle.

—No, no puedo respetar eso. No puedes pretender que esto no tenga consecuencias y que los demás no nos preocupemos por ti, así que hazme el favor y pon las cosas fáciles: dime qué es lo que ha pasado en realidad y por qué me lo estás ocultando.

Alexander se echa hacia adelante. Está enfadado, pero hay algo más en sus ojos, también está asustado, tiene miedo y parece angustiado, pero no puedo ayudarle si no me cuenta qué es lo que está pasando. Somos hermanos, no deberíamos tener secretos.

—Te oculto cosas por tu propio bien. Si no las sabes, no correrás peligro —me suelta.

—Ah, genial —digo con evidente sarcasmo—. Muy bien, sí, perfecto. Estupendo, maravilloso. Gracias por lo que haces por mí, seguro que la ignorancia me protege mágicamente de todo.

—Merry...

—¡No! ¡No digas tonterías, Alexander! ¿Desde cuándo no saber algo ha salvado a alguien de nada? Las cosas no se solventan ignorándolas, ni estando solo ante ellas, ¿sabes? Si no averiguamos bien lo que está sucediendo sí que no vamos a poder protegernos, ninguno. —Hago una pausa, entrecerrando los ojos cuando las peores posibilidades pasan por mi cabeza—. ¿Te has metido en asuntos raros? ¿Son drogas, Alexander? ¿Tiene que ver con drogas? ¿Es eso? ¿Estás en cosas turbias?

Él se escandaliza, abre mucho los ojos y niega con la cabeza rápidamente.

—¿Pero qué dices?! ¡Claro que no! No es nada de eso.

—¿Entonces qué es?! —le acabo gritando, exasperada.

Me está poniendo de los nervios, y odio discutir con mi hermano, me duele muy adentro y me hace sentir fatal, pero no me está dejando alternativas.

—¡Es culpa de papá, ¿vale?! —responde, gritándome a su vez. Siento cómo se me para el corazón en el pecho de pura rabia—. Le están buscando a

él. Debe mucho dinero, y quieren que lo paguemos nosotros. Por eso no te lo quería decir, joder.

En un arrebato, cojo la taza de chocolate que me he servido y me pongo en pie, estrellándola contra el suelo del salón. Estoy temblando de rabia. El líquido oscuro mancha la mesita de café y los bajos del sofá. Me da igual. Desearía que esa taza fuera la cabeza de mi padre. Desearía tenerle delante para estrangularle, pero como siempre, no está, y me tengo que comer la frustración sola.

—¡Voy a matarle! ¡Te juro que voy a matarle! ¡Esta vez le mato! —exclamo mientras doy vueltas por el salón. No quiero romper nada más, pero me quemán las manos—. ¿Cómo puede ser tan cabrón?

—Por eso no te lo quería decir —dice Alexander, mirándome angustiado.

Sé que odia esto. Sabe lo que pienso de papá, y sabe que no comprendo como él le puede seguir justificando, y a veces protegiéndole delante de mí, como ha hecho ahora. No se merece que le siga queriendo. No se merece los hijos que tiene. Nunca nos ha merecido.

—Las cosas no se solucionan callándoselas, deberías saberlo ya. —Me paso las manos por el pelo, intentando calmarme, y le miro—. Vamos a solucionar eso de una vez por todas. Si papá tiene que acabar en la cárcel para que nosotros podamos vivir tranquilos, que así sea, se lo merece, pero nosotros no podemos seguir así.

—¿Y no podemos intentar...?

—¿Qué? ¿Hablarlo? Hace más de ocho años que papá no nos llama. Lo menos que podría hacer es desaparecer del todo de nuestras vidas, él ya decidió borrarlos de la suya.

Mi hermano asiente, y baja la cabeza. Sé que esto le duele. Sé que no quiere escuchar estas cosas. Sé que siempre ha albergado esperanzas de que nuestra familia llegase a ser mínimamente normal. Sé que no le gustan los líos familiares, pero hace tiempo que debería haber entendido que nosotros somos la única familia que tenemos desde que mamá murió.

Suspiro, cojo el teléfono y me siento a su lado. Ahora que lo sé todo, aunque esté enfadada, puedo decidir cómo actuar.

—Voy a llamar a Sam, hablarás con él y le contarás todo lo que sabes sobre lo ocurrido o te freiré a collejas hasta el día del juicio final.

Alexander no responde y coge el teléfono después de que yo marque el número.

Sé que no quiere arriesgarse a que cumpla mi amenaza, porque ahora mismo me siento muy capaz de cumplirla.

Capítulo 11

Uno de los problemas se ha resuelto solo.

Cuelgo el teléfono después de hablar con Alexander. Le ha confesado a su hermana que todo el embrollo es culpa de su padre, y yo he conseguido quitarme el marrón de encima, porque, sinceramente, aunque no se me da mal dar malas noticias a mis clientes, Merry no es una cliente más.

Aunque me cueste reconocerlo, empieza a ser especial para mí, y todo lo que implique darle disgustos o enfadarla, no me hace mucha gracia.

Debe ser un auténtico infierno tener un padre como Leonard Blanchard. Comparándome con él, hasta me siento merecedor del premio al mejor padre del año, a pesar de todos mis miedos y defectos.

Pensar en mi faceta de padre hace que me acuerde de Lily, y de que tengo que pedirle a Juliet que se haga cargo de ella, porque ni loco voy a dejar a Merry y a su hermano a solas esta noche. Ni ninguna otra, hasta que todo esto se solucione.

Aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Jesús.

Solo espero hacerlo mejor de como lo hice con Juliet. Hace un año y medio ella estaba a mi cargo. Ben me había pedido que la protegiera mientras él seguía una pista sobre el paradero de Horace Cooper, el hermano de ella y antiguo compañero del ejército de Ben.

La cagué.

A ella la secuestraron y a mí me pegaron un tiro.

Todavía me duele cuando me acuerdo.

Pero esta vez no va a ser así.

Lo que me recuerda que debería pasar por la oficina y coger la Smith & Wesson que tengo guardada en la caja fuerte porque no quiero armas en mi casa. Y, de paso, hablaré con Suzie si todavía está allí para que busque

información sobre el tal Z. Z. Gang porque el primer paso para vencer en una batalla, es conocer al enemigo. Y tengo la impresión de que este tío no se va a rendir fácilmente.

Juliet no pone ningún problema en hacerse cargo de Lily los días que hagan falta. Es un cielo de mujer. Ben ha tenido mucha suerte de conocerla, aunque se resistió lo suyo al principio.

Suzie no está en la oficina, así que le dejo una nota sobre la mesa para que la vea por la mañana, y saco la pistola de la caja fuerte que hay en mi despacho.

No solemos ir armados, en contra de lo que piensa la gente. Nuestros casos no suelen ser peligrosos (si exceptuamos los accidentes de Ben cuando le da por hacer el Boina Verde y saltar de balcón a balcón), por eso no llevamos armas encima.

Pero este caso es diferente, y no quiero que, si tengo que enfrentarme a unos matones, me pillen desarmado.

La casa de Merry está en pleno barrio francés. Es una casa típica de aquí, con su balconada, su porche, sus colores vivos...

Alan está aparcado enfrente. Me acerco a su coche y sale para hablar conmigo.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí. Todo ha estado tranquilo. Bueno, todo lo tranquilas que pueden estar las cosas en este barrio.

Asiento con la cabeza. El barrio francés siempre está en ebullición y abarrotado de gente. Aunque el epicentro es Bourbon Street y el French Quarter, las calles adyacentes también sufren la fiebre por la diversión de los turistas.

—Esperemos que siga así. Lárgate a casa, Alan, ya me ocupo yo a partir de ahora.

—Me parece estupendo, estoy agotado. —Se gira para entrar en su coche

de nuevo, pero parece pensárselo y se vuelve al abrir la puerta—. ¿Pasarás la noche arriba, con ellos?

—Esa es la idea.

Los labios de Alan se curvan en una sonrisa pícaro que le ocupa todo el rostro. Me palmea en el hombro y suelta una carcajada antes de negar con la cabeza.

No sé en qué estará pensando, ni creo querer saberlo.

—Pásatelo bien —me dice al fin—. Y no la cagues, tío. Esta mujer merece la pena.

—Que te den, quejica —le suelto y me alejo del coche mientras oigo sus carcajadas.

Ya sé que Merry merece la pena. Lo que no sé es si yo la merezco a ella.

Llamo al timbre y su voz suena por el interfono. La noto triste y apagada, y no me gusta nada. Me abre en cuanto le digo quién soy, y subo las escaleras de dos en dos porque me ha preocupado mucho.

Me está esperando en la puerta y se me echa encima nada más llegar. Llora, y nunca sé qué hacer cuando una mujer llora en mis brazos. Me siento torpe y tonto.

La abrazo y le acaricio la espalda mientras la empujo suavemente hacia el interior del apartamento.

—¿Qué ocurre? —le pregunto con delicadeza.

—Lo siento mucho. —Hipa sobre mi hombro mientras me aprieta la cintura con los brazos—. Siento mucho haberte metido en estos líos. Debí haberme imaginado que tendría relación con mi padre. No debí haber aceptado tu ayuda...

—No te preocupes —intento tranquilizarla—. Lo solucionaremos, ya verás. Estoy seguro.

Me gusta sentirla pegada a mí. Más de lo que debería. Ella está llorando y yo noto cómo mi entrepierna cobra vida reaccionando a su proximidad y al calor de su cuerpo.

Jesús.

Soy un puñetero pervertido.

Tengo la tentación de alzarle el rostro y besarla hasta que olvide todos los problemas y disgustos que ha tenido en estas últimas cuarenta y ocho horas, pero un carraspeo masculino me saca de mi aturdimiento sexual.

Parpadeo, confundido, y miro hacia el lugar del que procede el ruido.

Hay un hombre en el sofá, con el rostro golpeado y mirándome con cara de pocos amigos.

Tiene los ojos violetas como Merry, y el pelo castaño claro, un poco largo y ondulado.

Supongo que debe ser Alexander.

—Merry, ¿vas a presentarnos, o qué? —suelta con voz tensa.

—Tú mejor cierras el pico, que de estar callado sabes mucho —le contesta con acritud Merry, apartándose de mí—. Contenta me tienes. Que sepas que todavía no te he perdonado.

Durante unos segundos me siento perdido, como si al apartarse de mí y privarme de su calor, Merry se hubiera llevado algo más, algo importante que no sé qué es. Quiero echar a su hermano de esta habitación para quedarme a solas con ella y besarla.

Jesús, qué paciencia he de tenerme. ¿De dónde ha salido esta vena tan primitiva? Primero, quiero zurrar a Ben porque a ella le ha parecido guapo. Ahora, quiero echar al hermano de su propia casa para poder quedarme a solas con ella.

Ya no me entiendo.

Respiro profundamente y me dirijo hacia Alexander. Como Merry sigue enfadada con él, supongo que me toca a mí ser civilizado (aunque pocas ganas tengo), y presentarme.

—Samuel Larson. Soy amigo de Merry —le digo de la manera más profesional que se me ocurre, y le ofrezco la mano.

Alexander me mira alzando una ceja y tuerce los labios en una mueca, pero no me la estrecha, lo que hace que me sienta incómodo.

—¿Solo amigo? ¿O hay algo que no me cuentas? —espeta el hermano

mirando a Merry.

De repente, la tensión del ambiente se enrarece tanto que podría cortarlo con un cuchillo sin filo.

—¿Acaso importa eso ahora? —le contesta ella, señalándolo con el dedo—. Está aquí porque papá nos ha vuelto a meter en un lío. Gracias deberías darle a Sam de que se haya prestado a ayudarnos a encontrarlo en lugar de salir corriendo, que es lo que habría hecho cualquiera con dos dedos de frente. Pero no, tú tienes que andar lanzando pullas.

Alexander vuelve su mirada hacia mí, evaluándome. Supongo que está intentando decidir si soy lo bastante bueno para su hermana, algo que me parece del todo comprensible y que me gusta. Está claro que quiere a Merry, y que quiere protegerla. Yo haría exactamente lo mismo por Lily.

Realmente, tendré que hacer eso por Lily algún día.

Tiemblo con solo pensarlo, pero ahora no es el momento de ponerme a ello.

—Y, ¿qué has descubierto? —me pregunta al final. Parece que ha decidido confiar en mí, después de todo.

—Tenemos varias pistas. Parece que vuestro padre le debe dinero a un mafioso del juego ilegal, un tal Z. Z. Gang, un hombre que no es sutil precisamente a la hora de coaccionar para cobrar lo que se le adeuda. Todo indica que fue él quien envió a los matones para que te dieran una paliza.

—Pero, ¿por qué a Alex? —me pregunta Merry—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con las historias de papá?

—Supongo que cree que si amenaza a su familia, vuestro padre se encargará de pagar antes.

—Entonces es que no conoce a nuestro padre en absoluto —bufa Merry, disgustada, dejándose caer en el sofá al lado de Alex.

—La cuestión es que debemos protegeros hasta que todo se solucione. No podéis ir a ningún sitio solos. A ninguno —recalco mirando a Merry, que está a punto de abrir la boca.

Alexander se ríe.

—No creo que yo pueda ir a ningún lado, excepto a la cama. Me duele todo. —Hace una mueca de dolor y se lleva la mano al costado—. Pero ella —añade señalando a Merry—, sí va a ser un problema. Está loca y es una loca inconsciente y temeraria.

—No soy yo la que va por ahí recibiendo palizas y callándome las cosas —le replica. Veo que hace el gesto de darle un golpe a su hermano, pero se frena en el último minuto—. Y suerte tienes de esas costillas rotas, porque te las partiría yo ahora mismo, por idiota.

—Chicos —intento interceder—, no es el momento de andar con reproches. Eso no a servir de nada ni va a solucionar el problema. Tenemos que mantener la calma y la mente fría para poder solventar la situación lo antes posible. —Ambos me miran con los ojos entrecerrados. Supongo que no están acostumbrados a que alguien intervenga en sus discusiones fraternales. Al final, resoplan pero asienten—. Bien. Es hora de ir a la cama y descansar. Mañana será un día largo. Merry, sería conveniente que no acudas al restaurante durante unos días.

—No te preocupes por eso. Ya había pensado tomarme unos días libres para quedarme en casa a cuidar de este cabeza de chorlito.

Agradezco que no me discuta, aunque se me hace muy raro porque Merry no es de las que aceptan órdenes o sugerencias con facilidad; pero el restaurante es un lugar en el que sería difícil mantenerla protegida: demasiada gente entrando y saliendo, demasiados extraños, y demasiadas ventanas. Puede que parezca un poco paranoico, pero prefiero ponerme en lo peor y estar prevenido por si ocurre.

—Me parece una idea excelente —le digo, y le dirijo una sonrisa.

Su rostro se relaja y me la devuelve. Me gusta verla sonreír, aunque sea a regañadientes.

—Alex, ¿necesitas ayuda para meterte en la cama? —le pregunta Merry.

El aludido mira a su hermana, y me mira a mí.

—Qué manera más fina de echarme —le dice—. Puedo ir solo, gracias. — Le cuesta levantarse e intento ayudarle, pero aparta mi mano con brusquedad —. He dicho que puedo solo —insiste, terco.

Merry le mira entrecerrando los ojos. Veo que está a punto de soltarle una fresca por el desprecio que me ha hecho, pero le hago un gesto suave para que no le diga nada.

No quiero que por mi culpa vuelvan a discutir.

Alexander se levanta con dificultad. Gruñe y se queja, llevándose la mano al costado.

Merry sonrío con una pizca de maldad. En su rostro puedo leer un «te jodes» dirigido al orgulloso hermano que, por fin, se aleja renqueando para dejarnos solos.

—Siento su mala educación —me dice.

—No importa.

—No suele ser así. Es un ser bastante agradable, por regla general.

—¿Un ser? —le pregunto, sonriendo.

Ella se encoge de hombros y me devuelve la sonrisa.

—En serio, lamento mucho el recibimiento que te ha hecho después de todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Con todo lo que le ha pasado, es comprensible que esté de mal humor. No se lo tengas en cuenta. Yo no lo hago.

—Eres demasiado bueno —susurra acercándose a mí.

Pega su cuerpo al mío y me rodea la cintura con los brazos. Nuestros ojos se han quedado congelados, mirándonos el uno al otro sin ser capaces de apartarlos. Entreabre los labios y yo trago saliva con dificultad.

Quiero besarla, pero no me atrevo.

Entonces, como siempre, ella toma la iniciativa.

—Bésame —me dice con un murmullo—. Necesito que me beses.

¿Cómo voy a negarme si llevo deseando lo mismo desde que atravesé la puerta?

La abrazo y la pego a mí. Siento el calor de su cuerpo fundirse con el mío. Bajo el rostro lentamente y busco su boca como un sediento.

La beso. La beso como si la vida me fuese en ello. Siento su lengua jugar con la mía, traviesa, provocándome para que profundice más. Me enaltece y me excita. Siento la pasión correr por mis venas, apoderándose de mí. Sus manos navegan, inquietas, por mi espalda. Tiran de la camisa, se posan sobre la piel.

Jadeo.

Las yemas de sus dedos me provocan un cosquilleo que nace en mi columna vertebral y se expande por la superficie, como una ola marina al chocar contra la arena.

Quiero desnudarla. Quiero hacerle el amor. Quiero beber de sus boca por el resto de mi vida. Quiero sentir sus manos sobre mi piel durante toda la eternidad.

Debo pararlo.

Ahora mismo.

—Basta... —le susurro, apartando mi boca de la suya.

—Ven a mi cama —musita envolviendo mi mandíbula a besos—. No te resistas más.

—No. —Me niego, pero me cuesta—. No en estas circunstancias. Estás demasiado vulnerable y no quiero que mañana te arrepientas.

—Estás siendo paternalista —refunfuña, pero no se aparta—. Sé muy bien lo que quiero, Sam. Si todavía no estás preparado, no me vengas con excusas tontas.

Le cojo los brazos y la obligo a que deje de abrazarme. No puedo confiar en mí mismo en este momento. La deseo con todas mis fuerzas, y me cuesta un mundo dar dos pasos atrás.

—No son excusas, Merry. Estás alterada, enfadada con tu padre, y con tu hermano. Solo buscas a alguien que te dé consuelo y...

—Quiero que tú me consueles —me corta. Sus ojos relucen porque ahora también está enfadada conmigo—. No alguien. ¿O es que crees que si fueses cualquier otro, lo estaría invitando a mi cama?

—¡No! No era eso lo que quería decir. —He metido la pata, y ni siquiera

sé cómo lo he hecho. No era mi intención ofenderla, y tengo que arreglarlo. Ahora mismo—. Lo que quiero decir es que, cuando te haga el amor, te voy a hacer gritar tan alto y fuerte, que no será conveniente que tu hermano esté durmiendo en la habitación de al lado.

Los ojos de Merry brillan, pero no de ira. De deseo. Sus labios forman una sonrisa muy lentamente. Una sonrisa malévola. Se acerca a mí y me niego a dar un paso atrás, aunque ganas no me faltan. Se acerca tanto que su aliento me acaricia el rostro.

—Espero que ese momento llegue pronto —me susurra sobre los labios. Me encojo cuando me pone la mano en la entrepierna y me acaricia. Dios, qué sufrimiento. Resollo y a punto estoy de mandar al carajo toda contención, tumbarla sobre el sofá y darle el gusto—. Que duermas bien, Sam.

Se aleja de mí y se va contoneando las caderas.

Me dejo caer sobre el sofá y me paso la mano por el pelo.

Me va a tocar dormir aquí, excitado como un mono, y ni siquiera se ha molestado en traerme una manta o algo con lo que taparme.

Jesús.

Todavía es de noche cuando me despierta el sonido de mi móvil.

Me incorporo de un salto y miro la pantalla.

Número oculto.

No me hace ninguna gracia no saber quién me llama, pero contesto.

—Samuel Larson —digo, con mi mejor voz profesional.

—Tenemos que hablar —me dice una voz masculina que me parece reconocer, pero no consigo ubicar de quién es.

—¿Quién eres?

—Parque Lafayette, frente a la estatua de Benjamin Franklin. Dentro de una hora. Ven si aprecias a los hermanos Blanchard.

El desconocido cuelga antes de que yo pueda decir nada.

Me levanto y miro por la ventana. La calle está tranquila. Todavía es de noche. Son las cinco de la madrugada y no he dormido lo suficiente.

Después de que Merry me dejara solo, me acosté e intenté dormir, pero me fue imposible. ¿Cómo iba a hacerlo si tenía un calentón impresionante?

Jesús.

Pero tengo que acudir a la cita, no me queda más remedio.

No puedo pasar por alto una llamada misteriosa como esta.

Y, además, la voz me suena mucho.

Llamo a Alan para que venga a sustituirme y, mientras espero que llegue, me lavo la cara y me aseo un poco. No puedo hacer nada con las arrugas de la ropa, pero, en fin, qué le vamos a hacer. Voy a dar la impresión de haberme pasado toda la noche de juerga, pero no me da tiempo a ir hasta mi casa y cambiarme.

La próxima vez a ver si me acuerdo de traerme una puñetera muda.

No han pasado ni veinte minutos cuando recibo un mensaje de Alan diciéndome que ya está abajo, esperando.

Cierro la puerta con cuidado cuando me voy. No quiero despertar a los dos durmientes.

En la puerta, Alan me está esperando con cara de sueño.

—¿A qué vienen tantas prisas por hacerme venir? ¿Problemas en el paraíso? —se burla.

—Déjate de monsergas. He recibido una llamada misteriosa.

Le explico a dónde voy y por qué, y le pido que mantenga los ojos bien abiertos porque no me fío. Podría ser que la llamada solo fuese una manera de hacerme salir de la casa, pero no puedo arriesgarme y no acudir.

Sigo pensando que conozco al que me ha llamado, aunque no me acuerde de quién es.

—Ten cuidado —me dice—. ¿Por qué no llamas a Ben para que te cubra las espaldas?

Ben es el don músculos del grupo, un ex soldado de las fuerzas especiales.

Pero yo no soy manco. Los ex agentes de la CIA también estamos bien preparados.

—No te preocupes. —Separo mi chaqueta para que vea que ahí llevo la pistola—. Voy preparado.

—Está bien, pero así y todo...

—Tendré cuidado —afirmo, y él asiente con la cabeza.

Llego al parque Lafayette antes de una hora. He aparcado a dos manzanas y me dirijo hacia allí a buen paso. Aparentemente camino con despreocupación, pero en realidad, estoy atento a todo lo que me rodea: a los edificios a ambos lados de la calle; a los coches aparcados; a la poca gente que, a estas horas, todavía deambula intentando alargar en vano la fiesta.

Le presto especial atención a los borrachos. La gente suele considerarlos inofensivos. Si no son capaces de coordinar dos pasos, ¿cómo van a ser peligrosos? Por eso no piensan en ellos como una posible amenaza, y por eso es tan fácil acercarse a una víctima fingiendo ser un borracho.

Llego a las inmediaciones del parque y me detengo en la esquina de la calle Lafayette para observar la plaza. La estatua de Benjamín Franklin, rodeada con su parterre de flores y césped, está desierta. Todavía es de noche, pero las farolas iluminan completamente el lugar.

Durante un segundo, tengo el terrible presentimiento de que quizá lo que querían era que abandonara el piso de Merry. La urgencia por volver me golpea y estoy a punto de dar media vuelta y alejarme de allí, cuando veo un coche que se acerca haciéndome luces.

Me llevo la mano a la pistola, preparado por si he de desenfundar. El coche reduce velocidad y se para delante de mí.

—Ey, Larson. ¿Vas a pegarme un tiro?

Reconozco el rostro que me sonrío desde dentro del coche. Es Patrick Rotchild, un antiguo compañero de la CIA al que no veo desde hace ocho años, cuando le salvé el culo en Irak.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, sin fiarme mucho todavía.

—Sube. Vamos a dar una vuelta.

—¿A qué ha venido lo de la llamada misteriosa? —le pregunto en cuanto pone el coche en marcha.

—A que te debo una, y a que te estás metiendo en un berenjenal de proporciones épicas.

—¿Te refieres a los Blanchard?

—Ni más ni menos. El padre trabaja para nosotros, así que deja de buscarlo. Tu amigo el del club ha movilizadado a mucha peña para conseguir su localización.

—Ni hablar. El padre está hasta el cuello de mierda y está salpicando a los hermanos. Si es un agente activo, tirad de la correa y controladlo.

Patrick se echa a reír mientras gira hacia Magazine St.

—No es un agente, por el amor de Dios. Es un capullo con muchos contactos al que alguien decidió que valía la pena salvarle el culo si, a cambio, aceptaba trabajar para nosotros. Tiene chanchullos por todas partes, y conoce a la mitad del censo de criminales internacionales buscados por la Interpol: tráfico de armas, de drogas, trata de personas, terroristas... Es todo un VIP. Y nos está ayudando a dismantelar una red de tráfico de armas que provee al Estado Islámico...

—Pues vuestro VIP —lo interrumpo—, parece que ha estado campando libremente por Las Vegas, metiéndose en partidas ilegales con gente sin escrúpulos capaz de cualquier cosa por cobrar el dinero que les debe.

—No es asunto nuestro lo que hace mientras nos consiga los nombres que necesitamos.

—Pues va a ser asunto vuestro porque no pienso dejar de buscarle hasta encontrarlo y entregarlo al tal Z. Z. Gang. —Patrick arruga el hocico. Me conoce bien y sabe que soy como un perro cabezón que, cuando tiene un hueso entre los dientes, no lo suelta ni a puñetazos—. A no ser, claro, que sea la misma CIA la que se ocupe de hacer limpieza.

—Sabes que no tenemos jurisdicción dentro del territorio nacional.

—No me vengas con monsergas, Rotchild. ¿Queréis que deje de buscar a Blanchard? Pues ocupaos vosotros de su mierda.

Patrick me mira de reojo, evaluando la situación. Me conoce. Sabe que hablo muy en serio.

—Está bien —accede al fin—. Dame dos semanas y veré lo que puedo hacer.

—No, no «verás lo que puedes hacer». Harás lo que sea para que esto termine. Lo que sea —recalco.

No me importa si matan a Z. Z. Gang, si lo encarcelan, o si lo meten en un cohete y lo envían a la luna.

—Está bien.

—Y, a partir de ahora, ataréis en corto a Blanchard. No quiero que su mierda vuelva a salpicar a ninguno de los dos hermanos, o me encargará personalmente de hacer saber que es un topo y que trabaja para vosotros, ¿queda claro?

—Eres un hijo de puta.

—La CIA es una buena escuela para aprender a serlo. Puede que esté retirado, pero todavía conservo todos los números de teléfono que importan, y sé con quien hablar para que su tapadera salte por los aires.

—Eso podría considerarse alta traición.

Lo sé. Sé a lo que me expongo, y me pregunto por qué lo hago. Estoy arriesgándolo todo por Merry, para mantenerla a salvo de los chanchullos de su padre.

—Pues detenme ahora mismo.

—Sabes que no lo haré.

—No, no lo harás. En su lugar, os ocuparéis de pararle los pies al mafioso y de sujetar con la correa a Blanchard.

No decimos nada más. No hace falta. En silencio, me lleva hasta el parque Lafayette de nuevo y allí me bajo del coche.

Dos semanas. He de mantener a salvo a Merry y a su hermano durante dos semanas. Hasta que Rotchild me avise de que todo ha terminado.

Y sé el lugar perfecto para hacerlo.

Mi padre es como una maldición. No sé qué habré hecho en otra vida para merecerle, pero debí ser una muy mala persona. Cada vez que creo que las cosas están yendo bien, siempre ocurre algo relacionado con él que me pone los pies en el suelo. Desde que se largó desbancando la empresa familiar y dejándonos todas las deudas al descubierto, lo único que ha hecho ha sido traernos problemas. Nunca llama en Navidad, nunca se interesa por nosotros, y las únicas noticias que recibimos siempre son denuncias, notificaciones o intentos de cobro de gente a la que le debe dinero. Esta vez la cosa ha ido más lejos, hubiera preferido que como siempre todo se pudiera solventar llamando a nuestros abogados y dejándolo en sus manos, pero al parecer la turbiedad de los asuntos de mi padre es mayor de lo que esperábamos.

Si estoy aquí, atravesando los caminos fangosos y tortuosos de los pantanos de Louisiana, es por su culpa. En las revistas de viajes siempre dicen que las *wetlands* tienen una belleza misteriosa y ofrecen cientos de aventuras a los turistas que visitan nuestro estado. A mí todo esto me parece un fangal lleno de bichos peligrosos, y a medida que nos alejamos de la civilización y nos adentramos en los manglares mi enfado va en aumento.

—¿Dónde demonios me estás llevando? —le pregunto a Sam, que está conduciendo muy concentrado y callado. La primera vez que le he preguntado no me ha respondido.

—Vamos a un lugar seguro.

Don Misterioso no parece estar por la labor de tranquilizarme, así que me cruzo de brazos y me dejo llevar. Ya sé que dije que me encanta la aventura, no debería estar enfadada, pero a mí me gusta elegir en qué momento me voy de aventuras, y a poder ser, tener la seguridad de que mi vida no va a correr peligro. Esto es una emergencia provocada por el crápula de mi padre, y la verdad es que ahora mismo solo tengo ganas de estrangularle, así elegiría la aventura de ir a la cárcel por parricidio.

Sam al fin detiene el coche tras meterlo bajo un cobertizo pegado a una destartalada caseta. Cuando la veo me quiero morir. La pintura se cae a jirones, hay tabloneros rotos, los cristales tienen tanto polvo que no se ve el interior y hay lianas cayendo del tejado. Ahí adentro debe haber ratas y todo un ecosistema de fauna salvaje que aprovechará la mínima oportunidad para

devorarnos.

—No será ese el lugar seguro, ¿no? Porque más que un lugar donde esconderse parece un lugar del que huir.

—No, vamos a seguir en lancha. Baja del coche —me responde tras aparcar.

Le obedezco. Bajo del coche y cojo la maleta. Sam solo me ha dejado traer una, y pequeña, con lo justo para pasar unos días fuera y con ropa cómoda, lo cual también me tiene bastante enfadada. Él se ha encargado de comprar víveres, y ha traído hasta un botiquín, así que puede que esto vaya para largo. Mientras Sam descarga y cubre el coche con una lona para camuflarlo miro alrededor y veo que hay una lancha en un muelle cercano a la caseta cochambrosa.

—¿Es esa la lancha?

—Sí, es esa.

—Al menos tiene mejor pinta que esa casucha —comento mientras cojo algunas bolsas y mi maleta y voy a cargar la lancha, quitándole la lona que la cubre. La caseta está hecha un asco, pero la lancha está en buenas condiciones y no parece demasiado vieja, lo cual es un alivio.

—No hace falta que hagas eso, ya cargo yo —dice Sam cuando me ve coger las cosas.

—No soy una muñequita, ¿vale? Cuanto antes salgamos antes descubriré dónde demonios me quieres llevar —le digo malhumorada, tirando la maleta al interior de la lancha, que se balancea sobre el agua.

—Tampoco entraba entre mis planes tener que venir a los pantanos a escondernos —dice Sam cuando llega con el resto y acomoda las cosas.

—Empiezo a pensar que todo esto es una excusa para secuestrarme —replico.

Y según lo digo me da por pensar que podría ser una posibilidad. ¿Y si Sam en realidad es un loco psicópata?

Nah... Eso no tiene ningún fundamento. Tal vez nunca encuentren mi cadáver por confiada, pero siento que podría ir al fin del mundo con él y no temer a nada.

—¿Y pedirle un rescate a tu padre que le debe dinero a medio mundo? Sería un poco estúpido.

—Tampoco tienes pinta de secuestrador. ¿Es tuya esa cabaña?

—No, es de un amigo mío. Viene en temporada de caza de caimanes.

—Tienes unos amigos muy raros.

Sam se encoge de hombros y sube en la lancha, ayudándome después a subir. Me siento a su lado mientras la pone en marcha y observo los pantanos. La vegetación es densa y hay zonas bastante oscuras, se escuchan las cigarras y los zumbidos de los insectos y el agua es de un color marrón claro muy turbio. Hay masas de vegetación también sobre el agua, y no sé si esas cosas verdes que a veces asoman entre esas masas son los ojos de los caimanes o una mala pasada de mi imaginación. Me estoy poniendo muy nerviosa, y los mosquitos que revolotean a nuestro alrededor no me ayudan a calmarme, ¡me pica todo de imaginar la de bichos que debe haber por aquí!

—Has dicho que íbamos a un lugar seguro pero... ¿crees que un lugar lleno de bichos, ratas y caimanes es lo que se dice seguro?

—Las ratas y los bichos son lo de menos —dice mientras conduce la lancha sobre las aguas del pantano—. De ellos se encargarán las serpientes.

—¡¿Serpientes?! —He dado tal salto en el asiento que he notado cómo la lancha se balanceaba.

—Claro. Estamos en los pantanos.

Ahora creo que hay serpientes en la lancha. O que van a saltar del agua y a estrangularme, o mordirme los pies. Sí, es exagerado, pero les tengo pánico. Sam me mira de reojo y se ríe por lo bajo, como si esto tuviera algo de gracioso.

—¿Es que nunca has estado en los pantanos?

—No. Yo no suelo pisar donde no hay tiendas de ropa —replico.

—Te creía más valiente, Merry —me dice con una media sonrisilla.

Entrecierro los ojos y le señalo con el dedo, retadora.

—Si donde vamos hay escopetas verás lo valiente que puedo llegar a ser. Me voy a liar a tiros con todo lo que se mueva y mida más que un caniche.

—Va a ser mejor que mantengamos las armas de fuego lejos de ti, o acabaré con un tiro en el trasero —responde él, riéndose.

Me gusta oírle reír, pero la verdad es que en esta situación me dan ganas de darle un par de collejas.

—Comparada con la otra... esta parece un palacio.

Nuestro viaje en lancha ha acabado en el pequeño muelle de una cabaña oculta en los manglares. Es más grande que esa casucha infame donde estaba la lancha; de una sola planta, con un porchecito delante y toda hecha de madera. Tiene la pintura blanca un poco saltada por la humedad. Es mejor que la otra, pero este sitio me hace pensar en *True Detective*, y me puedo imaginar perfectamente a un psicópata viviendo ahí, apartado de toda civilización. La verdad es que no me cuesta entender que este lugar haya inspirado tantas historias de vudú, misterios y asesinatos extraños, seguro que si gritas aquí no te oye nadie en absoluto.

—Tendremos que adecentar un poco la casa, pero está habitable —dice Sam mientras abre la puerta y descarga las bolsas sobre la mesa de la cocina.

El sitio no está nada mal, la verdad. Hay polvo por todas partes, pero los muebles están cubiertos con sábanas, y todo está en buen estado. El salón y la cocina comparten espacio, el suelo y las paredes son de madera, hay una chimenea y una puerta que da a la habitación de matrimonio. Un sofá, un televisor antiguo y algunas sillas completan el mobiliario rústico del refugio. La cocina es pequeña y antigua, pero tiene todo lo necesario y hasta me parece acogedora.

—Bueno... tampoco se me ocurre ningún plan que no implique arriesgarse a ser devorados por los monstruos del pantano. Limpiar estará bien.

Sam se pone a rebuscar en la cocina y al poco tenemos todo lo que necesitamos para ponernos mano a la obra: bayetas, mopas, escobas, trapos y productos de limpieza.

Me pongo un pañuelo en el pelo y un delantal viejo que encuentro en un cajón y emprendo con energía las tareas junto a Sam. La verdad es que usar la energía del enfado que traigo con esto no me viene del todo mal, ocuparme en esto me ayuda a relajarme y también a pensar.

La casa es hasta bonita... y a medida que vamos limpiando el polvo y quitando las sábanas de los muebles me va pareciendo más y más acogedora, como una de esas casitas que alquilan los turistas para pasar largos fines de semana románticos.

Umm..., fines de semana románticos. No puedo evitar sonreír al pensar en eso. Estos lugares han inspirado historias de terror, las cabañas en los manglares son refugios de psicópatas, pero también lo son de amantes que buscan huir del mundo y consumir su amor entre gritos de pasión.

Según el polvo desaparece, mi ánimo se va iluminando poco a poco con una nueva perspectiva: no hay mucho que hacer, la casa es pequeña, y solo hay una cama. Todo está a mi favor si quiero estrechar mi relación con Sam. Aquí no tiene la excusa de que Alexander nos oiga gritar.

De hecho... todo son ventajas, si no pienso en las serpientes y los caimanes.

—¿Por qué sonríes ahora? —me pregunta Sam, extrañado porque ha cazado mi sonrisa malévola.

—Ah, por nada. Me he acordado de un chiste.

Puede que al final acabe sacando provecho de esta situación.

Capítulo 12

Nos hemos pasado casi todo el día limpiando y respirando polvo. Nunca me hubiese imaginado que podía acumularse tanto en los meses en los que la cabaña ha estado vacía.

Hemos metido las sábanas en la lavadora y después las hemos tendido en las cuerdas que hay en la parte trasera de la casa. Casi parecería un cuadro costumbrista de Thomas Hart Benton si no fuese por la sonrisilla malévola de Merry, y sus miradas de soslayo cuando cree que no la estoy viendo. Creo que está tramando algo, y eso me pone muy intranquilo.

No me gusta ser cobarde, pero creo que, llegado a este punto y conociéndola como ya la conozco, tengo derecho a sentir miedo.

Cuando terminamos, ella se va a la ducha mientras yo preparo el sofá para dormir. Saco unas sábanas limpias del armario y un par de mantas, y cuando estoy ahuecando las almohadas, me la encuentro mirándome desde la puerta del baño, con los brazos en jarras y los ojos entrecerrados.

Lleva el pelo envuelto en una toalla, pero está vestida con unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga corta que lleva estampado el lema *fuck you* encima de un puño cerrado que muestra el dedo corazón.

Menos mal.

Por un momento temí que me hiciera un espectáculo paseándose cubierta con una mini toalla provocativa, solo para mortificarme.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto.

—Porque vas apañado si crees que voy a dormir ahí —me contesta. Creo que está bromeando, pero su rostro serio contradice mi intuición.

—Aquí voy a dormir yo. ¿Cómo puedes pensar que voy a hacerte dormir en el sofá?

—¿Y por qué vas a dormir en el sofá?

—Porque solo hay una cama y no podemos dormir los dos en ella —le respondo, recalando la obviedad.

—¿Y por qué no?

Lo hace para chincharme y ponerme nervioso, lo sé. Y su actitud tiene que ver con la sonrisa maquiavélica que ha lucido durante todo el día. Estoy seguro.

—Pues porque no —le respondo encogiéndome de hombros.

Si ella puede ser infantil, yo también.

—Sam, ya sé que eres un caballero —me dice con un tono tan condescendiente que no sé si irritarme o dejarlo pasar—, y que por eso quieres dormir en el sofá. Pero confío en ti, ¿sabes? Podemos dormir los dos en esa cama enorme como un campo de béisbol, y seguramente ni nos veremos. Nos perderemos entre las sábanas y a duras penas podremos darnos los buenos días por la mañana. Puede que hasta tengamos que usar el Google Maps para salir de ella —bromea.

—Ya sé que tú confías en mí, pero no sé si yo puedo confiar en ti —le replico con seriedad.

Merry resopla y baja los brazos, exasperada.

—A ver si te crees que voy violando a todos los hombres guapos que se cruzan en mi camino. ¿Por quién me tomas? ¿Qué te has creído? Ni siquiera eres tan irresistible como para que no pueda controlarme, ¿sabes? Solo... eres ligeramente atractivo. Si fueses Ben... o el rubito de Alan, quizá caería.

Lo dice para ponerme celoso. Lo sé. Lo tengo tan claro como que me llamo Samuel Larson. Pero no puedo evitar caer en su trampa y ponerme muy celoso al pensar en ella coqueteando con Ben, o con Alan; y porque en el fondo, muy en el fondo, soy consciente de que lo que deseo es que sea ella la que dé el primer paso porque así será más fácil para mí caer rendido sin sentirme demasiado culpable.

—Claro, por eso no puedes resistir echarte en mis brazos a besarme cada dos por tres, que es lo que siempre haces. Porque solo soy ligeramente atractivo.

—Cosa que te encanta —me replica con los ojos burlones—, ¿o lo vas a negar?

—Yo no niego nada. Pero no voy a dormir en la misma cama que tú.

Se acerca a mí, retándome con la mirada y con una sonrisa traviesa.

—Estás muerto de miedo. —Suelta una pequeña carcajada—. ¡Me tienes miedo!

Sus provocaciones están dando resultado. ¿Dónde están mi sangre fría, mi control y mi templanza? Se ha acercado tanto que tengo tentaciones de besarla para darle un adelanto de lo que puede pasar si sigue por ese camino, pero sé que la muy canalla es lo que está buscando. Me incita a propósito para que pierda el control y me deje llevar por unos impulsos que cada vez me cuesta más controlar. Ella lo sabe, la muy ladina, pero me niego a dejarla ganar esta partida.

—Yo no le tengo miedo a nada, y mucho menos a tus estúpidos besos.

Parezco un chiquillo respondiendo así, negando lo evidente con terquedad.

—Sí, claro —me susurra burlona, con voz seductora—, por eso te niegas a dormir en la misma cama que yo. Porque sabes que si me propongo seducirte, caerás rendido a mis pies.

Me está tocando mucho la moral. Sobre todo, porque sé que tiene razón. Dormir con ella tiene mucho peligro, pero me niego a admitirlo. Además, no soy un cobarde, ni un hombre sin voluntad que se deje arrastrar por los deseos primarios.

Puedo con eso y más, si me lo propongo.

Lo que me preocupa es que no sé si, llegado el caso, me propondré tener la voluntad de resistirme.

Pero no puedo dejar que siga pensando que le tengo miedo.

Por ahí no paso.

Cojo del tirón las sábanas que tan bien había dispuesto, las mantas y las almohadas, y las vuelvo a meter en el armario. Lo hago en un arrebato y las guardo de cualquier manera. Mi leve TOC sufre con ello, pero me niego a ponerme a doblarlo todo cuidadosamente delante de Merry porque mi gesto perdería dramatismo.

—Tú ganas —le digo cerrando la puerta del armario. Me giro hacia ella y la apunto con un dedo—. Pero como esta noche me pongas una mano encima, o intentes darme un beso a traición, la que dormirá en el sofá con las serpientes,

serás tú.

Su reacción es la que esperaba al lanzar la pueril amenaza (pueril, porque no pienso cumplirla). Abre mucho los ojos y mira alrededor, asustada.

—¿Serpientes? ¿Qué serpientes?

—Las que salen de noche a comerse a las ratoncitas molestas como tú.

Me mira con los ojos entrecerrados y me da un golpe en el brazo con la mano abierta que a mí me ha sabido a caricia. Creo que su intención original era darme un bofetón en castigo por la broma, pero el final se ha contenido.

—Deja de tomarme el pelo, ¿quieres?, que las serpientes me dan tanto miedo como yo a ti.

Suelto un gruñido y me meto en el dormitorio para preparar la cama sin pensar en que he de volver atrás para coger la ropa que he tirado dentro del armario hace menos de dos minutos. ¿Para qué desdoblar un juego nuevo, si ya están esas hechas un montón?

Ella sigue en mitad de la sala, mirándome con una sonrisa satisfecha.

Maldita que es, y así y todo, creo que la adoro precisamente por eso, porque me fuerza a salir de mi zona de confort, a enfrentarme a mis miedos y a hacer algo con ellos en lugar de esconderlos en lo más recóndito de mi mente para no pensar en ellos.

Sí, temo dormir en la misma cama, pero no porque no confíe en ella, sino porque estando cerca de Merry, en quién no confío es en mí mismo. Ni en mis impulsos. Ni en mis deseos. Porque es la única mujer desde Alyssa que es capaz de romper las cadenas con las que sujeto mi temperamento apasionado.

Voy a tener que dormir encogido en una esquina para no rozarla siquiera. Porque si la rozo aunque sea con la punta de los dedos de los pies...

Qué días más duros me esperan.

Por muy frío y controlado que sea, acabo de comprobar que hay partes de mi cuerpo que actúan por su cuenta.

Jesús.

Y de qué manera.

Mientras yo arreglo la cama, Merry prepara unos sándwiches. Ninguno de los dos somos unos cocinitas, aunque me ha sorprendido descubrirlo, teniendo en cuenta que ella es la dueña de un restaurante.

—Habría intoxicado a media Nueva Orleans si cocinara yo —me ha dicho riéndose de sí misma mientras untaba el pan con margarina—. Lo mío es gestionar el negocio. Para cocinar, ya tengo al chef.

Menos mal que, al comprar las provisiones, no contaba con tener a mano a un cocinero, porque si no... nos moriríamos de hambre.

Hemos descubierto que la televisión no funciona. Cuando le he sugerido que, después de cenar, jugáramos a alguno de los juegos de mesa que he encontrado mientras limpiábamos, me ha mirado como si fuese tonto (estoy descubriendo que tiene eso en común con Lily, la habilidad de hacerme sentir que soy idiota); y cuando le he dicho que podría encender la chimenea y sentarnos ante el fuego a charlar, su cara ha sido tan expresiva y ha sido tan evidente lo que pensaba, que me he puesto rojo como la grana y he salido disparado al exterior con la excusa de inspeccionar los alrededores y controlar el perímetro mientras todavía queda algo de claridad diurna.

Desde luego, esta mujer no necesita estar en una cama para excitarme.

Jesús.

Y voy a tener que acostarme a su lado en unos minutos.

Imposible.

Busco una excusa y se me ocurre que estaría bien preparar alguna trampa por si alguien tiene la brillante idea de acercarse a hurtadillas hasta la cabaña. Algo inofensivo pero que nos alerte de la presencia de extraños.

Me meto en el cobertizo y encuentro un montón de latas vacías y varios rollos de hilo de pescar.

Sonrío por mi buena suerte, porque estas dos cosas me irán de perlas.

Me entretengo una hora poniendo las trampas. Con los hilos de pescar y las latas dispuestas estratégicamente, si alguien se acerca tropezará con ellas y hará tanto ruido que nos despertará.

Cuando vuelvo, Merry ya está acostada y todo es mucho menos violento. Me desnudo y me pongo el pijama en el baño, y me meto en la cama muy lentamente.

Parece dormida, algo natural teniendo en cuenta lo intenso que ha sido este día.

Hace calor, así que me incorporo con cuidado para no despertarla y me quito la camisa del pijama porque odio sudar.

Vuelvo a tumbarme y me quedo quieto, con miedo a despertarla con tanto movimiento, mirando hacia el techo.

Jesús.

Tenerla tan cerca es una tortura. Me muero por abrazarla, besarla, acariciar su piel tersa, perderme en su calor y hacerla mía.

Jadeo porque solo de pensar en tenerla desnuda, ha hecho que me pusiera como una moto, como dice Alan.

Merry se mueve para darse la vuelta y sin pretenderlo, miro hacia ella de soslayo.

Casi me atraganto.

Lo que se ha puesto no es un pijama. Es un cachito de tela mini que a duras penas le tapa nada. Los pantalones del pijama son más bien unas bragas que dejan al aire los glúteos, y la camisa de tirantes se le ha escurrido y un pecho está a punto de escaparse.

Trago saliva.

Jesús.

Qué poco me costaría ahora mismo girarme hacia ella, alargar la mano y tocarla. Acariciarle ese pecho rebelde que quiere escaparse. Bajarle los tirantes para apoderarme del pezón con la boca. Deslizar la mano por el vientre hasta llegar a meterla debajo de esos pantalones, bragas, o lo que sea, y acariciarle el nido de rizos.

Me pregunto si lo llevará depilado completamente o si se habrá hecho alguna de sus locuras.

Sonrío al pensar en que, seguramente, lo lleve teñido de rosa, como el

pelo de la cabeza.

¡Jesús!

Me estoy convirtiendo en un puto pervertido.

Resoplo, molesto conmigo mismo y con la erección que hincha mis pantalones.

Voy a volverme loco.

Debería levantarme e ir a darme una ducha fría o...

—Sam —la oigo murmurar detrás de mí—, deja de pensar de una vez. Los engranajes de tu cerebro hacen mucho ruido y no me dejan dormir.

—¿No tenías otro pijama que ponerte? —le pregunto sin girarme.

He sido brusco, lo sé, y ha sido a propósito.

—¿Qué pasa? —contesta con un ronroneo—, ¿no te gusta el que llevo? Porque puedo quitármelo si me lo pides adecuadamente.

Casi me ahogo.

—Sabes perfectamente que el problema es que me gusta demasiado, maldita.

—Bueno, pues lo siento mucho, pero el hábito de monja me lo he dejado en casa.

De repente, algo blando me golpea la cabeza. Me incorporo de golpe y la miro, pero ella ya se ha dado la vuelta y se ha tapado con la sábana hasta el cuello.

Miro hacia el objeto con el que me ha golpeado. Es un cojín.

Me ha golpeado con un puñetero cojín.

Suspiro, sin saber si echarme a reír o a llorar.

Esta mujer está como una puñetera cabra.

El sol colándose entre los batientes de la ventana me despierta. Es un solo hilo luminoso, pero me da en plena cara y hace que voltee sobre mí misma

para esquivarlo, estirándome sobre el colchón con pereza. Bostezo y me paso las manos por la cara, intentando espantar el sueño, y al estirar la mano a mi lado, queriendo encontrar el cuerpo dormido de Sam, me encuentro con las sábanas vacías.

Durante unos instantes, aún en duermevela, disfruto del perfume que ha dejado Sam en las sábanas, y fantaseo con él. Tenerle al lado en la cama ha sido una prueba dura de superar, no negaré que escogí bien la ropa de cama para facilitar las cosas, pero a pesar de mis cebos, Sam sigue sin atreverse a dar ningún paso, aunque los dos estemos sintiendo la misma atracción. Anoche me costó conciliar el sueño sabiéndole también despierto y deseando las mismas cosas que yo: que se lanzase sobre mí con besos tórridos y caricias desesperadas e hiciéramos el amor hasta agotarnos. Pero nada de eso sucedió, y mis sueños se han llenado de imágenes que aún me erizan la piel al recordarlas.

No entiendo qué miedo tiene a que sucedan cosas entre nosotros... y menos en una cabaña perdida en la nada. Es un hueso duro de roer, y muy cabezota, pero comprendo que lo ocurrido con su mujer le ha provocado mucho sufrimiento, durante años, y que necesita que le dé tiempo para asimilar que puede sentirse atraído por otra mujer y no por ello estar traicionando a su esposa. Tengo mucha paciencia, pero no sé si voy a poder darle tanto tiempo como un cabezón como él podría necesitar... a lo mejor lo que necesita es un empujón.

«No debería estar pensando en estas cosas, y menos con mi horrible situación familiar».

Debería estar pensando en mi hermano, en cómo estará y en qué estará haciendo... pero la verdad es que odio amargarme y lo único que quiero es sacar algo positivo de todo este embrollo.

Desde la cocina me llega el agradable aroma del café. Es como un código universal: todas las mañanas del mundo huelen a café, en casa es mi hermano el que lo prepara antes de que yo me levante, pero aquí, sé que ha sido Sam, y eso me hace sentir absurdamente bien. Un hormigueo agradable se despierta en mi estómago y me espabila. Al levantarme, me peino un poco con las manos y salgo al salón, aún adormilada y descalza.

—Has hecho el desayuno... eres todo un... —me callo al ver que estoy

sola en la casa. No hay ni rastro de Sam, pero sobre la mesa hay un plato con tortitas y la cafetera aún humea con el café recién preparado.

Sam lo ha dejado todo ordenado sobre la mesa de la cocina, con la taza limpia, la mantequilla en su recipiente, el sirope y la azucarera junto a la taza. No puedo evitar sonreír y seguir fantaseando.

¿Sería así vivir con Sam? A pesar de todos los tira y afloja, veo claramente que es un hombre detallista, y lo que ha dejado más que claro es que se implica en los problemas como si fueran suyos. La verdad es que no dejo de ver cosas buenas en él, y a estas alturas ya me da para aceptar que estoy más que colada por él.

¡Por Dios, estoy pensando en cómo sería vivir con él!

Mientras me sirvo el café, me siento y mastico pausadamente una de las tortitas con sirope, pienso que debería relajarme. Sam es un hombre de familia, tiene una hija, y eso también influye en su actitud conmigo. No quiere precipitar las cosas, su situación no es como la mía, pero con total sinceridad... su situación no me importa. Quiero decir, que tenga una hija no me da miedo, creo que podríamos ser una familia genial y...

«Se me está yendo la cabeza. Me estoy precipitando».

El sonido de la puerta al abrirse me saca por completo de mis ensoñaciones fantásticas. Es Sam, claro, pero me he sobresaltado y casi he tirado los platos que estaba recogiendo de la mesa después de desayunar.

—¡Buenos días! —le saludo disimulando mi sobresalto y dejando los platos en la pila—. ¿Dónde estabas?

—He ido a comprobar las trampas —responde escuetamente.

—¿Trampas? ¿Qué trampas?

—Las que puse anoche —dice en tono seco. Parece cansado y de mal humor. Tal vez ha pasado una mala noche y tal vez yo he tenido parte de culpa, pero no me siento mal en absoluto.

—¿Pero quieres explicarme de qué trampas hablas? —insisto, apoyando el trasero en el mueble de la encimera y poniendo los brazos en jarras.

—¿Es que te lo tengo que contar todo? —pregunta desabrido.

—Claro que sí. Al fin y al cabo soy tu protegida, ¿no? La información es una parte fundamental para que me sienta segura y eso.

Sam resopla y me mira con cierto hastío.

—Puse unas latas y unas cuerdas en lugares concretos y a la altura concreta para que nos alerten si alguien se acerca.

Está de mal humor y sé que no tiene ganas de hablar, pero no voy a dejar que siga en ese estado, así que me acerco y le pellizco los mofletes, sonriendo con travesura.

—Eres muy apañado, ¿sabes? —Sam gruñe algo por lo bajo y ladea el rostro, apartándolo. Detrás de su pequeño enfado sé que hay una noche en vela por mi culpa y puedo ver el fuego de ese deseo que le ha mantenido despierto en sus ojos. Aunque también pueden ser imaginaciones mías—. Por cierto... me dijiste que me enseñarías dónde están las armas.

El momento es tan bueno como cualquier otro para recordárselo, y tal vez nos vendría bien dar unos tiros... para soltar un poco de presión. Cada vez que estoy cerca de él siento tentaciones muy fuertes de besarle y hacer saltar todas sus estúpidas defensas.

—No sé si es muy sensato poner un arma en tus manos, la verdad — responde, apartándose un poquito de mí. Se esfuerza en no mirar el escote de mi camiseta ni mis piernas.

Qué mono.

—Sé manejarlas a la perfección. Mi madre era una gran tiradora, ¿sabes? Me enseñó cuando era pequeña, y además yo he salido a ella —comento con una sonrisa orgullosa.

Al recordar a mi madre también siento una punzada de tristeza y mi sonrisa se difumina, aunque trato rápidamente de disimularlo. Pensar en ella siempre trae pensamientos amargos e intento expulsarlos de mi cabeza rápidamente. Sam se me ha quedado mirando, pero pronto suspira y se agacha detrás de la mesa de la cocina para levantar las tablas del suelo. De ahí, como en las películas, saca dos Winchesters dentro de sus fundas y los deja sobre la mesa.

Antes de que Sam abra la boca, cojo uno de ellos, pulverizando cualquier pensamiento negativo con las ganas que tengo de pegar cuatro tiros. Comienzo

a sacar el rifle de su estuche y a desenvolverlo de los plásticos con los que está protegido.

—Tenemos que desmontarlos y limp...

—No me expliques cosas que ya sé —replico mientras comienzo a desmontarlo. Tengo práctica en esto, y no era un farol. Sam se me queda mirando y asiente al ver que lo estoy haciendo bien y le dedico una sonrisa malévola.

Durante un rato estamos disponiendo las piezas de las armas sobre la mesa y aunque Sam lo hace con más práctica, ya que su trabajo le obliga a tener contacto constante con las armas, a mí no se me da nada mal. Comienzo a darme cuenta de que Sam me lanza miraditas dubitativas, como si quisiera decirme algo pero no se atreviera.

—¿Qué? Dispara, sea lo que sea.

—No deberías decirme eso cuando tengo un rifle en la mano —bromea. Por lo visto ya se le está pasando el mal humor, y eso me encanta.

—En serio, ¿de qué se trata?

—Nunca me has hablado de tu familia —me suelta inesperadamente. Es mi turno de que se me agríe un poco el carácter, porque odio este tema.

—No hay mucho que contar y seguro que ya te has enterado por tu investigación de qué tipo de familia tengo. Yo prefiero olvidarlo, para mí solo Alexander es mi familia, y hace mucho tiempo que eso es así —le explico intentando que todo el rencor que siento hacia mi padre no trasluzca en mi tono.

Sam se queda callado un instante. En mi fuero interno rezo porque no siga preguntándome. No me gusta hablar de mi familia. Todo está mal en ella, menos Alexander.

—Comprendo que no quieras hablar de tu padre —dice al fin—. ¿Pero y tu madre? ¿También hubo problemas con ella?

Mi mente regresa a ella mientras limpio compulsivamente el rifle ya brillante. Nunca puedo evitarlo, el recuerdo de mi madre está empañado, y aunque no quiero olvidarla, aunque sigo queriéndola con toda mi alma, pensar en ella me lleva directamente a la culpa y al dolor. A la discusión que tuvimos,

al accidente que se la llevó. No es a ella a quien quiero olvidar, lo que quiero olvidar es lo que ocurrió, dejar de sentirme culpable. No puedo cambiar el pasado, y eso me mortifica, y por eso prefiero no pensar en ello. Prefiero borrarlo, no hablar de ello, como si nunca hubiera sucedido.

Sam me sigue mirando mientras froto el rifle con fuerza con la gamuza. Está esperando una respuesta, lo sé, pero no me siento con fuerzas para dársela y al final resoplo y dejo el rifle sobre la mesa.

—Sam..., lo siento, pero no quiero hablar de eso. Aún no, ¿vale?

Él asiente. Así de fácil. No hay enfado, no hay un rastro de decepción ni de nada malo en su actitud. Creo que es la persona que mejor puede comprender algo así en el mundo, y eso me hace sentir tranquila.

—Está bien... ¿qué tal si salimos y me demuestras cómo disparas? —pregunta con tono sereno, haciendo que la tensión en la conversación se desvanezca por completo.

—De acuerdo —digo forzando una sonrisa—. Pero no pienso matar a ningún animal.

—No quiero que mates nada, con que le des a unas latas a un par de metros me conformo.

—¿Qué? ¿Un par de metros? Me ofendes. —Me ofende en serio. ¿De verdad, un par de metros?—. ¿Con quién te crees que hablas? Vamos a salir ahí afuera, vamos a poner esas latas a veinticinco metros y vamos a apostar un beso a que te machaco.

—¿Otra vez? —resopla él—. Tienes una obsesión malsana con los besos.

—Mis besos nunca son malsanos —replico.

Sam se ríe, y el sonido de su risa borra toda brizna de tristeza de mi corazón.

—Vale, vale. De todas formas tarde o temprano acabarás besándome a traición como sueles hacer. Por lo menos así estaré prevenido.

—¡Ooooh! ¡Qué poca confianza me tienes! —exclamo, dándole una palmada en el brazo al ponerme en pie.

—En cuestión de besos, ninguna —bromea, sin una pizca del mal humor

que traía.

—Venga, vamos —le animo poniéndome en marcha.

—Espera, Bella Durmiente, cámbiate de ropa.

Al darme cuenta de que voy descalza y pensaba salir con el pijama y el rifle a pegar tiros en el pantano, suelto una carcajada y me apresuro a cambiarme en la habitación.

—¡No es justo!

Le he dado a un montón de latas, y aún así, Sam me ha ganado. Ya sé que es lógico, y es un profesional, ¡pero no me gusta perder!

—Lo has hecho muy bien —dice Sam con una media sonrisa.

—¡No! Llevo muchos años sin tirar —me quejo, acercándome a las latas y pateándolas con frustración.

Lo peor es que ahora Sam me dará un cochino beso en la mejilla, o en la mano... o peor, en la frente, como aquella noche en la que me quedé en su casa, y yo tendré que conformarme con eso. ¡Qué fastidio!

—Tienes muy mal perder —dice él, acercándose a mí entre risas.

—Cuando hay una apuesta de por medio, sí, no me gusta perder nunca. Y menos con cosas que tienen que ver con disparar. Yo era una as, ¿sabes? ¡Y sigo siendo muy buena! —le digo dramatizando un poco. Solo un poco.

—Sí, eres muy buena, pero yo soy mejor —dice con suficiencia, sonriendo de medio lado con un gesto pagado de sí mismo.

«Qué sexy está cuando sonrío así. Qué sexy está siempre, en realidad, con esas patillas llenas de canas y esos ojos profundos. Maldita sea mi mala puntería, debería haberme esforzado más».

Resoplo y me cruzo de brazos, mirándole con descontento.

—Bueno, ¿vas a cobrarte tu premio o qué?

Sam se acerca y me planta un beso en la frente. ¡Otra vez! Tenía pocas esperanzas, pero mi gozo acaba otra vez en el pozo de siempre.

Abro mucho los ojos y le miro indignada. Esta vez no me voy a callar, esta vez le voy a decir cuatro cosas.

—Oye, ¿a ti qué t...?

Las palabras se me traban en la garganta cuando Sam me agarra el rostro y clava su profunda mirada en mí. Nunca he visto unos ojos tan verdes y magnéticos, hasta el punto de que mirándolos olvido incluso lo que iba a decir. Entonces, todas mis esperanzas se ven recompensadas cuando su boca se cierne sobre la mía y me besa profundamente. El contacto ardiente de sus labios, la forma en la que me abre la boca y se adentra en ella, reclamándola, hacen que se me olvide que instantes antes estaba enfadada por haber perdido la apuesta: esta recompensa bien vale perder a los tiros. El contacto de su lengua hace que un escalofrío me sacuda hasta la raíz de los cabellos. La piel se me eriza, y cuando Sam se separa de mí las piernas me están temblando y apenas puedo respirar.

Sus ojos arden, prometen mucho, pero el instante de pasión ha terminado. Me da un toquecito en la nariz, sonrío de medio lado con ese gesto enloquecedoramente sexy que hace que tenga ganas de engancharme a su cuello y obligarle a cosas malas, y se aparta de mí soltando una risa grave y profunda.

—¿Ya estás contenta? —pregunta antes de soltarme y volver hacia la casa, dejándome ahí anonadada y sin saber qué responder.

—Serás maldito... ¿esto es una venganza por lo de anoche? Eres un calientabragas.

No sé si me ha oído, pero mientras regresa a la casa, Sam no me responde y me deja atrás aún con el sabor de sus labios en la boca.

Capítulo 13

Convivir con Merry está siendo toda una experiencia.

Llevamos cuatro días en la cabaña y creo que, en este tiempo, me he reído más que en los últimos seis años.

He de confesar que estaba convencido de que compartir espacio con ella iba a ser estresante y que iba a conseguir volverme loco, con sus absurdas ideas, sus provocaciones, sus sonrisas y sus balanceos de cadera. Pero, en realidad, me siento muy cómodo a su lado, relajado y feliz. Eso sí, si no cuento mis episodios de ponerme malísimo cuando se enfunda ese mini pijama para dormir que me provoca tentaciones oscuras. O las veces que se me cuelga al cuello y me besa de sopetón, cuando menos lo espero. O cuando se abalanza sobre la mesa para robarme la mantequilla de cacahuete, plantándome el escote delante de las narices. O cuando...

Jesús.

Mejor lo dejo.

Resumiendo, convivir con Merry es vivificante. Es una persona muy activa, siempre dispuesta a probar cosas nuevas, a aprender y vivir sin miedo.

Sin miedo, siempre y cuando las serpientes se mantengan bien alejadas de ella.

El jueves se coló una dentro de la cabaña, y me dio un ataque de risa cuando la vi encaramada en el poyo de la cocina, gritando como una posesa, intentando apuntarla con el Winchester. La pobre serpiente la miraba desde el suelo preguntándose de dónde había salido esa loca.

Me costó un mundo calmarla, incluso después de haber cogido la pitón y haberla sacado fuera. Me mostró un lado sangriento y cruel que no sabía que tenía.

Pobre serpiente, si llega a tener valor para hacer todo lo que dijo que le haría si volvía a entrar. No creo que le hiciese gracia (a la serpiente, no a Merry), terminar convertida en un par de zapatos horteras. O en un bolso.

Nuestros días están siendo bastante tranquilos. Todo lo tranquilos que

pueden ser teniendo al lado a una mujer como ella. Comemos mierda, literalmente, sandwiches de cualquier cosa que pillemos en la nevera. La única concesión culinaria que nos permitimos son las tortitas que yo hago por las mañanas, y eso gracias a la experiencia que he adquirido con Lily.

Un día Merry intentó hacer una sopa de verduras y tuvimos que tirarla al pantano; al día siguiente aparecieron unos cuantos peces muertos en la orilla, y creo que fue culpa del caldo de verduras. En serio. Aquello no era solo incomible, era directamente letal, el gas sarín de las sopas.

Vivimos al día. Paseamos mucho por los pantanos. Con cuidado, eso sí, porque son peligrosos. El otro día nos cruzamos con un caimán un tanto quisquilloso y durante unos minutos temí tener que disparar para matarlo. Menos mal que siempre llevamos los Winchester al hombro. También hemos navegado con la lancha, y le he enseñado a Merry cómo funciona, porque nunca se sabe qué puede pasar, y puede necesitar saber manejarla.

Merry lo está viviendo todo con ilusión casi infantil. Me gusta oírle reír, bromear conmigo, incluso que me tome el pelo. Estoy descubriendo que todavía me acuerdo de encajar bien las bromas, y de reírme a carcajada limpia.

Casi parece que estemos de veraneo en lugar de escondidos por protección.

El viernes Merry pudo hablar con su hermano gracias al teléfono vía satélite. Está encriptado (concesión de Wesley. Un día tendré que investigarlo a fondo, porque este hombre no es un simple señor de los bajos fondos. Me temo que detrás hay mucho más de lo que aparenta).

Habló con Alexander un buen rato y pudo comprobar que se estaba recuperando y que estaba a salvo junto a Alan. Ambos lo estaban pasando muy bien, y Alexander le confesó que le parecía que Alan era un idiota, pero un idiota divertido. Yo me pregunté qué significado tendría eso de ser un idiota divertido. ¿Era algo bueno, o malo?

—¿Cómo que estás en Miami? ¿En un motel con piscina? ¿Y yo comida por los mosquitos y las serpientes en un pantano de mierda?

La mirada de indignación que me dirigió hizo que se me encogieran las tripas. Sonreí como pude y le dije por señas que salía a comprobar las

trampas de alrededor.

Resumiendo: parece que todo marcha bien.

Todavía no he recibido ningún aviso de Rotchild sobre Z. Z. Gang, y eso me tiene intranquilo, pero sé que he de tener paciencia. Incluso me estoy permitiendo disfrutar de estos días, y creo que hasta me dará algo de pena cuando Patrick me llame para decir que ya está todo solucionado y que podemos volver a la rutina normal.

Estamos sentados, cenando sándwiches otra vez. Después de la experiencia de la sopa, intento mantener a Merry alejada de la cocina todo lo que puedo.

Me gusta hablar con ella mientras mordisqueamos el pan.

—Es normal que te preocupes —me dice. Estamos hablando del novio de Lily, algo que no puedo quitarme de la cabeza—, pero lo único que conseguirás siendo tan protector con Lily, es que ella se rebele y eso puede derivar en problemas más gordos. Tómatelo de manera natural. Invita al crío a casa, y hazles sentir cómodos. Así también podrás comprobar que estas relaciones cuando son tan peques en realidad son muy inocentes. ¡Calla! ¡Tengo una idea! —Los ojos violetas le refulgen cuando levanta la mirada del sandwich para clavarse en mí—. ¿Por qué no los llevas al parque de atracciones?

Sonrío, pero no porque me guste la idea de pasar una tarde con el chaval. No. Lo hago porque me acuerdo de la montaña rusa y me lo imagino gritando de miedo mientras el aparato sube y baja a gran velocidad. Sería maravilloso verlo sufrir de la misma manera en que yo estoy sufriendo por su culpa. La venganza perfecta por tener la osadía de pedirle a mi hija, ¡mi hija!, que sea su novia.

Estoy a punto de decirle a Merry que es una gran idea, cuando en el exterior se escucha un estrépito.

Las trampas.

Alguien se ha tropezado con una de ellas.

Me levanto como impulsado por un resorte. Merry me mira con miedo,

aunque intenta disimularlo.

—¿Eso es...?

No puede terminar la frase. Traga saliva y coge el Winchester que le tiendo.

—Voy a salir a ver qué ha sido. Dispara a cualquier cosa que quiera cruzar esa puerta.

—¿Y si eres tú?

—Gritaré antes de asomarme, ¿de acuerdo? Para que sepas que soy yo. Hazme el favor y no me vuelas la cabeza. Aunque tengas ganas de hacerlo.

—Muy gracioso. —Hace una mueca y cuando me giro dispuesto a irme, me coge del brazo—. Ten cuidado, por favor.

—No te preocupes. Estaré bien. Siempre y cuando tú no me dis pares.

Sonrí o para tranquilizarla. Lo más probable es que sea una falsa alarma. Solo hay tres personas que saben que estamos aquí, y ninguna de ellas se iría de la lengua. Además, encontrar esta cabaña, si no sabes el camino para llegar, es muy difícil.

Salgo con sigilo y agachado, por si acaso, mirando antes por la ventana para asegurarme de que no hay nadie vigilando la puerta. Llevo el otro Winchester en una mano y la pistola en la funda sobaquera. Piso con cuidado para no hacer ruido, y camino agazapado hacia las latas que siguen sonando, como si alguien se hubiera quedado atrapado en el sedal que usé para colocarlas. Es de noche, pero la luna llena ilumina los manglares y los ojos se me acostumbran rápidamente a la penumbra.

Cuando llego hasta las latas, no sé si echarme a reír o a llorar.

Hay una pitón enredada en las cuerdas.

—La has liado buena, bicho —le digo—. ¿Quién ha sido el desaprensivo que te ha soltado aquí?

La pitón no es originaria de los pantanos de Louisiana, aunque, desde que se puso de moda tenerlas como mascotas, han empezado a verse por aquí. La gente imbécil que se cansa de tenerlas en casa y no sabe qué hacer con ellas las trae y las suelta en los manglares, sin ser consciente de que son un peligro

para el ecosistema.

Dejo el Winchester apoyado en el árbol e intento desenredarla. Se sacude con fuerza, intentando deshacerse de mí. Maldito bicho.

No pienso matarla, es un animal inocente y no tiene la culpa de que unos desaprensivos comerciaron con ella. Si no estuviese en una situación delicada, con Merry en peligro, llamaría a los forestales y ellos se harían cargo del animal.

Pero teniendo en cuenta que nos estamos escondiendo...

Al pensar en Merry me surge una sonrisa espontánea. Cuando le diga qué ha provocado el estruendo, sus gritos se oirán desde Nueva Orleans.

La pitón sigue retorciéndose mientras corto el sedal. La cojo por la cabeza y la cola, con la intención de soltarla en el suelo, pero en una de las sacudidas consigue escaparse y cae al lado del rifle, con tan mala suerte que este se cae y se dispara.

El estruendo resuena por todo el manglar.

Debería haber salido detrás de él, con el rifle. Estar aquí sola no me parece buena idea.

Tengo el corazón a mil por hora y no dejo de apuntar a la puerta. Un golpeteo en la ventana de la cocina me hace volverme con brusquedad y apuntar en esa dirección, afuera solo las ramas de un árbol golpean contra el cristal, y más allá solo veo oscuridad. Las luces de la casa están encendidas, y eso de pronto me da miedo, ¿y si me ven desde fuera? Soy un blanco fácil, aquí de pie en el salón, apuntando como una idiota al espacio negro de la puerta, que me parece una boca amenazante y oscura.

Me acerco al interruptor y apago las luces sin soltar el arma. El rifle me tiembla entre las manos y comienzo a imaginarme mil cosas horribles: un tipo acechándome en la oscuridad con un cuchillo, un asesino vestido con un ridículo chubasquero amarillo, sediento de sangre, como en aquellas estúpidas películas que veíamos de adolescentes. Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad de la casa, la luz de la luna revela el exterior, y salvo el movimiento de las ramas y las plantas mecidas por el viento, no parece haber nada.

Tampoco hay rastro de Sam.

Tal vez estoy siendo exagerada, pero Sam no parecía precisamente tranquilo cuando se ha ido. Que alguien te pida que dispires a lo que sea que se te acerque no es exactamente tranquilizador. Nos hemos venido aquí, a una cabaña en medio de ninguna parte, porque la situación es grave... porque nuestras vidas corren peligro, y ahora, aquí, muerta de miedo y con los peligros de la noche acechándome me hago plenamente consciente de ello. ¿Y si nos han encontrado? ¿Y si mi padre se ha metido en líos con un maldito psicópata?

Está a punto de darme un ataque de ansiedad. Intento respirar controladamente y calmarme, pero cuando oigo el estallido repentino de un disparo en el exterior todos mis esfuerzos por encontrar la serenidad se van al traste. Una parte de mí desea meterse en el armario y llorar mientras reza, pero otra, la que predomina, sale al exterior con el rifle por delante y el corazón a punto de estallar, dispuesta a volarle la cabeza a quien sea que esté amenazando a Sam.

«Por favor, Dios, sé que no hablamos nunca pero si estás ahí... que no sea Sam el que haya recibido ese disparo».

No soy de rezar, pero un disparo en medio de la noche cuando el hombre al que amas está en peligro vuelve creyente a cualquiera, y no tengo nadie más a mano a quien pedirle ayuda.

«Como le hayan disparado... le reviento la cabeza a quien sea».

Estoy muy asustada, pero también muy enfadada. Nunca me han sentado bien los sustos, siempre me pongo violenta, y ahora tengo un rifle en las manos.

De pronto, una sombra se recorta entre los árboles. El corazón se me desboca y levanto el arma dispuesta a acribillar al tipo que viene hacia mí con un arma en la mano.

—¡Eh! ¡Soy yo! Baja el arma, Merry. —La voz de Sam me sacude con una sensación de completo alivio.

Repentinamente siento las piernas como de chicle, y al bajar el arma, cuando él se acerca a mí, la tensión se rompe y me echo a llorar como una cría asustada. ¡He estado a punto de dispararle de puro miedo! Y se me han pasado

cosas horribles por la cabeza, dignas de una película de terror.

Me siento idiota. Absurda. Como una niña asustada. Y cuando Sam me abraza, además de ridícula, también me siento aliviada.

—Ey... Tranquila. Tranquila. No ha pasado nada —dice con su voz profunda y acariciadora—. Solo se me ha disparado el arma.

—¿Cómo se te va a disparar a ti el arma?! —le respondo alterada, limpiándome las lágrimas a manotazos.

—No lo vas a creer si te digo que ha sido una serpiente.

—Las serpientes no tienen pulgares retráctiles, ni de ningún tipo en absoluto. —Mi propio tono de voz me avergüenza, estoy lloriqueando, porque sigo asustada.

—Ya... Pero se ha enredado una pitón en una de las trampas y cuando he cortado las cuerdas ha dado un coletazo y ha empujado el arma que tenía apoyada en el árbol, el arma ha caído de tal forma que ha dado un gatillazo.

—¡Estúpidas serpientes! ¡Menudo susto me has dado! Pensaba que te estabas desangrando en el suelo e iba a matar al cabrón que te había atacado.

Sam me estrecha entre sus brazos y me mira con una media sonrisa. Sus ojos están fijos en mí y me da la sensación de que el mundo a nuestro alrededor desaparece.

—Vaya.... Y yo que creía que la protegida eras tú y has salido como un vendaval a vengar mi muerte. Debería pensar en contratarte.

Aún estoy temblando, pero la voz templada de Sam y su abrazo cálido son muy efectivos, y el miedo comienza a desaparecer sustituido por otra cosa. No es solo que esté diciendo tonterías para calmarme, es que noto ese conocido calor que comienza a aumentar entre los dos y parece generar una fuerza magnética.

—¿Sí, verdad? Aunque la verdad es que he estado a punto de dispararte a ti... también —digo con cierto tono culpable, bajando la voz como si estuviera confesándole otro tipo de cosas.

Siento las manos de Sam acariciándome la espalda. Mi corazón sigue latiendo con fuerza en mi pecho, acelerado, y no se calma, pero ahora no es miedo lo que impulsa mi sangre y eleva la temperatura de mi piel. Sus abrazos

siempre me resultan carnales, incluso cuando quiere consolarme, mi cuerpo reacciona a él y me siento febril. Y ahora, con la adrenalina corriéndome por la sangre soy mucho más sensible a su presencia.

—Eso... es un detalle sin importancia —susurra. No me he dado cuenta, pero estamos tan cerca que nuestras bocas casi se tocan. Le miro fijamente y me paso la lengua por los labios en un gesto inconsciente.

Veo como él baja la mirada y mi cuerpo se estremece de anticipación en el instante antes de que se cierna sobre mí y me de un beso arrebatador. No sé muy bien cómo hemos llegado a esto, pero no pienso detenerme a pensarlo, ni detenerle a él para que se replantee lo que hace. Le deseo, deseo su boca y los brazos que me rodean y me estrechan, capaces de demostrar calidez aun sosteniendo un arma.

Mis manos cobran vida propia y comienzan a tirarle de la camiseta para colarse debajo de la tela. El beso se vuelve más profundo, nuestras lenguas se acarician, se enredan, pugnan por saborearnos y nuestras bocas cada vez más encendida se devoran mutuamente mientras Sam me empuja y caminamos torpemente de vuelta a la casa.

Dentro, me quita el arma sin dejar de besarme y deja ambos rifles sobre la mesa de la cocina. Entre besos y jadeos, sin más palabras que puedan estropear lo que está sucediendo, Sam comienza a quitarme la ropa, empujándome con gentileza hacia el interior de la habitación y cerrando la puerta con un pie, como si soltarme o dejar de tocarme fuera a provocar que desapareciera.

La tormenta se ha desatado, y ahora nada va a detenerla. Yo tampoco le dejo escapar, hundo las manos en su pelo y le beso con fuerza, queriendo dejarle el sabor de mis labios marcado en la piel, dejándole claro que esta vez no va a poder escaparse. Y él no parece querer ir a ningún lado. Cuando caigo sobre la cama, él me arrolla y me quita los pantalones y los zapatos. Al quedar desnuda, sus manos se cierran sobre mis pechos con una caricia intensa y anhelante. Durante unos segundos nos quedamos mirándonos, respirando el aliento mutuo, con la respiración agitada.

—Ni se te ocurra decir nada... —le digo entre susurros—. Sigue besándome.

—¿Crees que puedo hacer otra cosa? —responde en un susurro quedo,

ahogado por la urgencia.

Sus manos me tocan desesperadas, en caricias intensas de dedos abiertos y ardientes, su contacto es cálido, tiene las manos grandes y fuertes, siento su energía transmitirse a mi piel, pero cada caricia es entregada y dedicada, dibuja el contorno de mi cuerpo con adoración y un deseo desatado que solo templa para ponerlo a mi disposición. Cuando sus labios recorren mi cuello me arqueo debajo de su cuerpo y le dejo hacer, rodeándole con las piernas y estremeciéndome.

No quiero pensar en mañana, ni en si esto es acertado o no. Es lo que estaba deseando, lo he deseado desde que le vi y sé que detrás de todas sus barreras y miedos él también estaba deseando ser libre para hacerlo. Bajo sus caricias y sus besos solo puedo sentir eso, el anhelo y la pasión desatada, y también su cuidadosa atención. No soy capaz ni de darle instrucciones, pero él no las necesita, su boca se detiene en mi ombligo y se hunde en él, y cuando desciende y se pierde entre mis piernas siento que voy a morir de puro placer. No son solo las ganas que tenía de estar con él las que me excitan y lo vuelven todo más intenso, es que Sam, por lo visto, no ha olvidado como complacer a una mujer y prepararla.

Tengo las manos hundidas en su pelo y gimo arqueándome bajo las atenciones de su lengua intrépida. Siento que estoy a punto de estallar, y no quiero que eso suceda aún.

—Sam... Sam... No, para. Ven... bésame —acierto a pedirle entre susurros sofocados.

Y él obedece, se incorpora y me besa profundamente, y mis manos enloquecidas buscan la cintura de su pantalón. Antes, entre los besos enloquecidos y nuestra torpe marcha hasta el cuarto le he quitado el cinturón, así que ahora solo tengo que desabrochar la prenda y bajársela. Sam sigue besándome y yo le empujo con todo mi cuerpo para cambiar las tornas. Él se deja caer sobre el colchón y yo me siento a horcajadas, agarrando su sexo endurecido. Es grande y cálido y su solo contacto entre mis dedos hace que me estremezca de deseo. Cuando estoy a punto de guiarle hacia mi interior, Sam enmarca mi rostro con sus dos manos y me mira. Sus ojos arrebatadores, hipnóticos, están llenos de deseo, pero la ternura que atisbo en su mirada cuando me aparta el pelo de la cara y me besa los labios me desmonta por completo.

—Eres preciosa... Merry —me susurra—. No sé cómo he podido aguantar tanto sin esto. Eres como un hada...

Le pongo las manos en los labios, sofocada. Esas palabras hacen que mis emociones se desborden y solo puedo reaccionar besándole. Él me rodea con los brazos, cierra las manos en mi trasero y eleva las caderas despacio... y entonces siento que el mundo se detiene a nuestro alrededor cuando Sam comienza a moverse.

Con las manos sobre su pecho, desesperada por beberme sus besos y abandonada a esta pasión me dejo arrollar por su propio deseo mientras hacemos el amor, hasta que un maravilloso orgasmo me sorprende sentada sobre él y hace que eleve tanto la voz que me sorprenda a mí misma.

Durante horas hacemos el amor, nos exprimimos como si fuéramos frutos jugosos en medio del desierto. No dejo un solo rincón de su cuerpo sin probar con mis labios o mi lengua, y me cobro todas las ganas a las que me ha sometido durante este tiempo. Durante horas, Sam se quita su máscara de hombre controlado y sereno y veo al hombre pasional y lleno de emoción que siempre trata de esconder. Sus gestos son enérgicos y anhelantes, pero también tiernos y cuidadosos, llevados por la atención plena que pone sobre mí y mis reacciones. La madrugada nos sorprende abrazados entre las sábanas enredadas, aún húmedos de sudor y con el perfume compartido de nuestra piel flotando en el ambiente de la habitación. Él me abraza desde mi espalda, con un brazo cruzado en mi pecho y el otro debajo de mi cabeza. Siento el ritmo de la respiración en su pecho, hinchándose y deshinchándose despacio contra mi espalda. La sensación es agradable, cálida. Siento un universo nuevo expandiéndose dentro de mí, formado de fantasías que poco a poco pueblan mi imaginación: ¿será así estar con él? ¿Será así siempre? Deseo con todas mis fuerzas despertar cada mañana rodeada por estos brazos fuertes y tiernos. Deseo con todas mis fuerzas que este hombre forme parte de mi vida... y deseo hacerle parte de la mía.

—Sam...

—¿Estás bien...? —pregunta con un susurro suave, estrechándome contra su cuerpo.

—Sí. Pensaba que te habías dormido...

—No, claro que no estoy dormido.

—Estaba pensando que tú has compartido muchas cosas conmigo... y yo apenas te he contado nada sobre mí.

—No importa. Lo harás cuando...

—Creo que es injusto. Fui un poco rancia cuando me preguntaste por mi familia —le corto. Me revuelvo entre sus brazos hasta darme la vuelta. Él me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos y me aparta el pelo de la cara—. ¿Es tarde para contártelo?

—No, claro que no.

Le miro a los ojos durante un largo instante. Él no me apremia, me mira pacientemente, parece grabarse mis rasgos, fijándose en mi nariz, en mis ojos y en mi boca como si algo en mi rostro le fascinase.

—De mi padre sabes todo lo que deberías saber... Es un hombre egoísta, nunca se ha preocupado por nosotros, y creo que la única persona que le hacía ser mejor era mi madre. Cuando ella vivía, él al menos fingía que tenía una familia, pero después del accidente, mi madre murió, y mi padre desapareció. Todos sufrimos, pero creo que él decidió darle la espalda a nuestro sufrimiento.

—Siento que hayas tenido que pasar por algo así...

Niego con la cabeza, y le doy un suave beso.

—Lo de mi padre lo tengo más asimilado que lo de mi madre. Ella... —Cierro los ojos. Nunca he hablado de esto con nadie, y no sé si es el mejor momento, pero necesito sacármelo de dentro, sentir que también soy capaz de eso... y de confiar en alguien realmente—. Ella murió por mi culpa.

Sam desliza el pulgar sobre mi mejilla, limpiándome una gruesa lágrima antes de que llegue a la comisura de mi boca.

—¿Por qué dices eso?

—Íbamos en el coche... tenía quince años, los acababa de cumplir... y había estado de fiesta. Ella vino a recogerme muy enfadada a la nave abandonaba donde habíamos estado bailando toda la noche en una de esas raves clandestinas. Estaba muy enfadada... y discutimos. Yo discutí, le dije muchas cosas horribles que realmente no sentía, le dije que era una

controladora y que no me entendía, y esas fueron las últimas palabras que escuchó de mí. Nos empotramos contra un camión y mi madre murió —se me ahoga la voz, y cierro los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas vuelvan a correrme por las mejillas—. Yo sobreviví, pero fue mi culpa... si yo no hubiera ido a esa fiesta... o si no hubiera discutido...

Sam me abraza y me acaricia la espalda. Su calor me envuelve, su voz es como un bálsamo cuando habla.

—No fue tu culpa..., Merry. La vida a veces es injusta, a veces ocurren cosas horribles a gente que no las merece, y esa fue una de esas veces.

Me aferro a él y dejo que las lágrimas me limpien. Solo he llorado por esto una vez, al despertar en el hospital y encontrar a Alexander junto a mí, justo después del accidente. Él me cuidó, me consoló, nos consolamos el uno al otro, y a partir de ahí solo nos tuvimos a nosotros. Pero ni siquiera a él le he podido contar esto. No podía hacerlo, no podía decirle a mi hermano que mamá murió por mi culpa. Pero sí se lo puedo decir a Sam, y sí puedo creer sus palabras, dejarme consolar por una vez y llorar. En su abrazo me siento lo suficientemente libre para llorar hasta que las lágrimas dejan de caer, silenciosas, y sus besos limpian su rastro transparente sobre mi rostro.

De nuevo, arrastrada por las emociones que parecen florecer dentro de mí, hundo los dedos en su pelo y le empujo hacia mi cuerpo para que vuelva a hacerme rozar las estrellas con los dedos.

Capítulo 14

Golpes.

Alguien está golpeando la puerta.

Me revuelvo en la cama. Todavía estoy abrazado a Merry. Después de hacer el amor, de su confesión, y de hacer el amor de nuevo, hemos caído agotados y nos hemos dormido profundamente.

Hacía años que no dormía así, como si no tuviese ninguna preocupación, como si el mundo fuese un lugar apacible y hermoso en el que vivir.

Pero los golpes me despiertan.

Al principio tardo en reaccionar, pero cuando me doy cuenta de mi realidad (estoy en una cabaña en mitad de los manglares, protegiendo a Merry), suelto una retahíla de maldiciones por haberme permitido el lujo de relajarme.

Salto de la cama. Todavía estoy desnudo, pero desde luego no me paro a vestirme. Salgo del dormitorio.

Merry sigue durmiendo como un ángel. Los golpes en la puerta no la han despertado.

Cojo el rifle de encima de la cocina y me asomo con cuidado a la ventana, apartando la cortina y mirando, intentando que quien sea que esté fuera, no se percate de mi presencia.

Es Suzie.

¡¿Qué demonios hace aquí?!

—¡Para de golpear la puerta, maldita sea! —le grito. No pienso abrirla estando desnudo.

Dejo el Winchester sobre la cocina de nuevo y vuelvo al dormitorio para ponerme los pantalones. Despierto a Merry, aunque me da pena hacerlo.

—¿Qué pasa? —me pregunta con voz pastosa. Tiene el pelo revuelto y he de contenerme para no hundir las manos en él y besarla. Está preciosa recién

despierta.

—Es Suzie. Está golpeando la puerta como si no hubiera un mañana.

—¿Suzie? ¿Y qué hace aquí?

—Eso pienso ir a averiguar ahora mismo.

Voy hacia la puerta dando zancadas y la abro de golpe. Suzie me mira con cara de mala leche. Tiene el rímel corrido, como si hubiera dormido con el maquillaje puesto, o hubiese llorado.

En otras circunstancias, me preocuparía. Pero no ahora. No cuando nos está poniendo en peligro a todos.

—¿Qué demonios haces aquí?

—¿Y qué haces tú medio en pelotas? —me pregunta, mirándome de arriba abajo. Voy descalzo, y no me he puesto la camiseta.

—Eso no te importa. Contesta a mi pregunta.

Me planta una carpeta en el pecho e intenta empujarme para entrar. No se lo permito.

—Te he traído la información sobre Z. Z. Gang que me habías pedido. Está en esa carpeta.

—¿Y para eso has venido hasta aquí, poniéndonos en peligro? ¿Y si te hubieran seguido? —le digo, bastante furioso—. Podrías haberme llamado por teléfono.

—Llevo días llamándote al móvil y no me contestas. —Ella también está enfadada y sus ojos desprenden chispas—. ¿Qué pasa? ¿Has estado muy ocupado dándote revolcones con la Merry esa?

—Suzie... —la advierto, y prefiero pasar por alto sus dos preguntas malintencionadas—. Tenemos los móviles apagados para que no puedan usarlos para encontrarnos, ¿recuerdas? Deberías haber llamado al teléfono por satélite.

—Lo siento, no me acordaba.

Miente. Siempre sé cuándo miente, y no me gusta que lo haga ahora.

—¿En serio? ¿Mintiéndome a estas alturas? Has usado esto —agito la

carpeta delante de sus narices— como excusa para venir hasta aquí. ¿Quizá querías saber qué está pasando entre Merry y yo?

—¿Me tomas por una chismosa? —se ofende. Pone los brazos en jarras y me fulmina con la mirada.

—No, no eres una chismosa, pero algo está pasando contigo y no puedes seguir así.

—¿Así, cómo? Solo he venido porque estaba preocupada. Alan se ha puesto en contacto con Ben cada día, pero tú...

—No, Suzie. —Alzo una mano para callarla—. Sé perfectamente que no es eso lo que te ha traído hasta aquí. Te quiero mucho, pero para mí eres como una hermana pequeña, y ya es hora de que te des cuenta de que nunca, jamás, habrá otra cosa entre nosotros que una buena amistad fraternal.

—¡Pero qué egocéntrico y petulante eres! ¿Acaso crees que el mundo gira entorno a ti? Solo quería entregarte esto en mano —señala la carpeta que todavía sostengo en la mano—, y comprobar que estabas bien. Eres importante para mí, pero no como tú piensas.

—Deja las excusas de una vez, Suzie. ¡Por el amor de Dios! Ya no eres una cría, y es hora de que afrontes la verdad. ¡Deja de disfrazarlo todo según tu conveniencia! Debería haber tenido esta conversación contigo hace tiempo. Nunca habrá nada entre nosotros, ¿entiendes?

—¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué? ¿Qué tiene esa que no tenga yo? Llevo años a tu lado, preocupándome por ti, cuidándote, esforzándome mucho para ser lo bastante buena para ti. ¿Y ahora me vienes con reproches? —Mira hacia la puerta de la habitación, que todavía está cerrada. Por suerte, Merry no ha sentido la necesidad de salir al oírnos discutir. Es una mujer prudente, otro punto a su favor—. Os habéis acostado, ¿verdad? Habéis follado, está claro. ¡Qué otra cosa podríais hacer aquí, tantos días solos! ¡Maldita sea, Sam! ¿Por qué me has hecho esto?

Ahora estoy más que furioso. Estoy cabreadísimo.

Nunca, jamás, le he dado pie a Suzie para que creyera algo que no es. Nunca le he dado motivos para pensar que yo podía sentir por ella otra cosa que no fuese amistad. Sus celos insanos son peligrosos, y no puedo consentir que me hable de la manera en que lo está haciendo, gritando sin sentidos, casi

histórica.

La cojo por los brazos y la sacudo un poco. Solo quiero que reaccione, que se dé cuenta de la manera tan irracional en la que se está comportando.

—¡Basta ya! —le grito—. ¡¿Te estás escuchando?! ¡¿Oyes lo que estás diciendo?!

Me empuja para entrar. Sé lo que quiere: ir hasta el dormitorio y formarle el escándalo a Merry.

No voy a consentirlo.

Tiro de ella mientras sigue gritándome. Ni siquiera sé qué me está diciendo. Intenta arañarme la cara. Le cojo las manos y giro para controlarla.

Maldito fuese el día en que me pareció buena idea que Ben la entrenara en defensa personal, porque hace una finta y se suelta.

Vuelvo a cogerla. La atrapo entre mis brazos. Ella se dobla hacia adelante, cogiéndome del brazo, intentando tirarme por encima en una llave de judo.

Contraataco intentando no hacerle daño, y caemos los dos rodando por el suelo.

Justo cuando mi espalda golpea contra el suelo de madera, oigo un disparo que proviene del manglar. La bala silba al pasar sobre nuestras cabezas e impacta en la puerta del dormitorio en el que todavía está Merry.

Dejo ir el peor exabrupto que me he oído en mi vida que hace que hasta las paredes se ruboricen. Suzie se ha quedado quieta y callada. Giro sobre mí mismo sin levantarme y cierro la puerta desde el suelo, de una patada.

—¡Quédate ahí quieta! —le grito a Suzie.

He de llegar hasta Merry y comprobar que está bien.

Jesus. Merry. Por favor, Dios, que esté bien.

Suena una explosión y las astillas de la puerta me rozan el pelo cuando se abre un tremendo boquete en la madera. Durante unos segundos no puedo reaccionar. Me quedo mirando el agujero por el que acaba de atravesar una bala justo en el punto donde instantes antes tenía la oreja bien pegada para

escuchar la discusión de esos dos.

Haber mirado a la muerte a los ojos, en lugar de asustarme, me cabrea. Me cabrea porque mis sesos casi acaban esparcidos por el suelo por culpa de la maldita discusión que están manteniendo ahí afuera, así que condenso toda la energía del cabreo y abro la puerta.

—¡No puedo creer que estéis tan locos! ¿Quién ha...?

—¡Agáchate! —grita Sam de pronto. Está agazapado en el suelo, y Suzie también, pegada a la pared junto a la puerta de entrada, que permanece cerrada.

Me quedo bloqueada... Si no ha disparado Suzie en un ataque de locura... Si no ha sido Sam, entonces... Entonces sí es momento de asustarse. Y mucho.

—Nos han encontrado —acierto a murmurar, antes de que Sam me arrolle y me tire al suelo al tiempo que nuevas detonaciones estallan en el aire, haciendo saltar astillas de madera y vidrios por todas partes.

Dios mío. Voy a morir. Y lo voy a hacer en un tiroteo. Al menos va a ser digno de película, pero si os digo la verdad, preferiría una muerte aburrida, siendo una vieja arrugada en mi propia cama, a perderme todo lo que tenía por vivir.

—¡Deja de gritar! —dice Sam, mientras me cubre con su cuerpo para protegerme de los disparos.

—¡No estoy gritando! —respondo gritando, dándome cuenta de que en realidad sí lo estaba haciendo. Tomo aire en profundidad, e intento recuperar el control.

Sigo viva. Y pretendo seguir viva tanto tiempo como pueda.

—Mantente tan cerca del suelo como puedas —me dice.

Miro alrededor. Suzie sigue agazapada junto a la puerta y ha cogido uno de nuestros Winchester. De vez en cuando se asoma por la ventana que hay junto a la entrada y vuelve a agazaparse, como si no fuera la primera vez que se ve envuelta en algo así.

—Creo que son tres —dice ella tras echar un vistazo.

—¿¡Qué demonios estás haciendo!?! —le grita Sam—. ¡Agacha la cabeza o

te la van a volar, maldita loca!

Suzie, que ya se ha agachado, le fulmina con la mirada.

—Tú en lugar de estar restregando la cebolleta con tu novia deberías coger el Winchester y venir hasta aquí.

—Cría cuervos... —farfulla Sam, poniéndose rojo como un tomate.

—Sam, ¿dónde está tu pistola? No quiero estar desarmada —le digo antes de que se separe de mí.

—Déjate de tonterías y escóndete en el baño, métete en la bañera, iré cuando esto termine —replica él.

—Sí... sí, haz lo que tengas que hacer, yo me apañaré —le respondo, aunque no tengo intención de hacerle el menor caso. Escondida en el baño lo voy a pasar peor que aquí afuera a expensas de nuevos disparos.

Veo que Sam se agazapa y va casi a rastras hasta recoger el Winchester que está sobre la mesa de la cocina. Aprovecho para volver a la habitación, caminando a gachas hasta el montón de ropa de Sam, y rebusco hasta encontrar su pistola, aún enfundada en la cartuchera.

Nuevas detonaciones me hacen dar un respingo y siento que voy a echar el corazón por la boca en cualquier momento. La voz de Suzie se deja oír después de los disparos, soltando insultos y maldiciones antes de que los disparos potentes del rifle respondan a la ráfaga de tiros. Todo está ocurriendo demasiado deprisa, y estoy mortalmente asustada, ni siquiera tener la pistola de Sam en la mano me hace sentir más segura o menos preocupada por ellos.

Empuño el arma y me agacho en la esquina de la habitación, junto a la ventana que da a la parte trasera. Sam me ha enviado al baño, pero si alguien entra por esta habitación les pillaré por la espalda, les mataré a los dos, y luego vendrá a por mí, y no quiero que eso ocurra. Nunca he disparado a nadie, pero lo haré por defenderme, lo haré por defenderlos a ellos. Intento imaginar que esto no es real, que estoy metida en alguna clase de simulador, y que los disparos no son más que parte del juego. Pero no es del todo efectivo.

Creo que va a darme un ataque al corazón.

El tiempo se detiene cuando escucho el golpe en la ventana. ¡Crash! Los cristales caen al suelo y una mano se desliza por el agujero que ha dejado para

abrirla. Y yo dejo de pensar. Mi cuerpo actúa solo. Soy ligeramente consciente de gritar, y de ponerme en pie, y luego el sonido de los disparos me ensordece. Veo los ojos sorprendidos del tipo del pasamontañas que quería entrar, pero no veo nada más. Le apunto y disparo.

¡Pum!

Su cuerpo cae hacia atrás.

¡Pum!

La sangre salpica.

¡Pum!

La madera del marco salta por los aires.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¡Clic, clic, clic!

Unas manos cálidas y grandes rodean las mías y me detienen. He vaciado el cargador contra la ventana tras la que ha desaparecido el hombre. Sé que le he matado. He matado a un hombre, y no ha sido como en un videojuego. Ha sido horrible.

—Ya está. Ya está. Ya pasó —me dice la voz templada de Sam. Su cuerpo me abraza, y yo suelto la pistola y me dejo caer—. Ya ha terminado. Les hemos parado. Todo está controlado.

Me doy la vuelta y rompo a llorar desconsoladamente. No puedo creer lo que he hecho. No puedo creer lo que ha pasado, pero Sam está bien. Y también veo a Suzie, borrosa entre mis lágrimas, asomarse a la habitación. Sam me ayuda a sentarme en la cama.

—Merry... Sam... Lo siento. Lo siento mucho —dice ella con tono de congoja—. Ha sido mi culpa... No entiendo cómo me han seguido, he sido cuidadosa.

—Pues no ha sido suficiente, Suzie. Sal de mi vista, ahora mismo no quiero verte porque, sí, ha sido culpa tuya —la reprende Sam con dureza, y me parte el corazón.

Esto solo ha sido culpa de mi padre, y de esos matones de pacotilla.

—No... no —le digo a Sam, con la voz ahogada por el llanto—. No le hagas esto. Ahora no.

No quiero reproches, ni discusiones. Ha sido un momento horrible, y Suzie también está asustada. Le tiendo los brazos y le hago un gesto para que se acerque, y ella reacciona enseguida. Viene junto a mí y me abraza.

—No ha sido tu culpa, Suzie... —le digo. Y también ella rompe a llorar.

Durante un rato es lo único que hacemos, hasta que el miedo se retira y Sam nos recuerda que tenemos que marcharnos.

Capítulo 15

Hace dos días que dejamos atrás los pantanos y regresamos a casa.

Recuerdo haber salido de allí con la lancha poco después del tiroteo. Metí a Suzie y a Merry a bordo sin recoger nada, dejándolo todo atrás. Durante el camino, sin dejar de estar vigilante por si acaso había más matones buscándonos entre la maleza, llamé por el teléfono por satélite a Patrick y le pegué la bronca de su vida.

Los nervios pudieron conmigo y llegué a llamarlo inepto.

Tres muertos. Y, uno de ellos, por mano de Merry.

Jamás debería haberse visto en esta situación. Matar a alguien cambia por completo la visión que se tiene de la vida. Te cambia la vida por completo. Lo sé muy bien.

Patrick se disculpó y me prometió que enviaría un equipo de limpieza que se haría cargo del desastre. Lamentaba la tardanza en cumplir con su parte del trato, pero el «pájaro» había sido difícil de localizar, algo que ya habían resuelto.

También llamé a Ben y, cuando llegamos a la cabaña donde estaban escondidos nuestros coches, el mío y el de Suzie, estaba allí esperándonos para escoltarnos hasta Nueva Orleans.

Desde ese día, él se ha encargado de permanecer al lado de Merry para protegerla. Porque yo me siento un fracasado, porque casi fallo en mi cometido y la pierdo.

La pierdo.

Jesús.

Esa idea se me ha enquistado en el estómago y me dan náuseas cada vez que lo pienso.

Si no hubiera dejado pendiente la conversación con Suzie, ella no se habría presentado en el pantano con un ataque de celos, y los matones no la habrían seguido.

Si llegaron hasta Merry fue culpa mía. Por ser incapaz de hacer frente a una situación que debería haber cortado de raíz hace tiempo.

Estoy sentado en mi sillón, en el despacho, y tengo delante un sobre con matasellos de Las Vegas. Ha llegado hace un rato, pero todavía no lo he abierto. Supongo que es la confirmación de que todo ha acabado, pero no lo sabré hasta que mire qué hay dentro.

Cojo el abrecartas y abro el sobre. Dentro, el recorte de un periódico me anuncia lo que ya me imaginaba. Leo la noticia, de dos días atrás, y sé que ya puedo relajarme.

Z. Z. Gang está muerto. Lo han encontrado asesinado en la habitación de un motel, de un tiro en la nuca, junto a sus dos guardaespaldas. La policía cree que se trata de un ajuste de cuentas. Fin de la historia.

Todo ha terminado.

¿Todo ha terminado?

En lo relativo a Leonard Blanchard y Z. Z. Gang, sí.

En lo relativo a Merry... no lo sé.

Le hice el amor. Perdí el control y me dejé llevar sin pensar en las consecuencias. Permití que mis sentimientos afloraran, y me guiaran hacia una situación contra la que había luchado desde el mismo momento en que la conocí en el restaurante, hace ya... ¿una eternidad?

No puedo quitarme a Merry de la cabeza, y al mismo tiempo, no quiero volver a verla. La he llamado un par de veces para mantenerla al tanto de las novedades, y preguntarle qué tal está, pero he sido condenadamente frío e impersonal porque necesito tiempo.

Tiempo para pensar. Tiempo para aclararme. Tiempo para saber qué quiero hacer con mi vida.

Porque estoy perdido y asustado, y no me atrevo a dar el paso que quiero dar. El paso que mi corazón ansía dar.

Soy un idiota. A Ben le dije que no debía dejar pasar la oportunidad de ser feliz, y aquí estoy yo, acojonado ante la idea de dejarme llevar por los sentimientos.

Porque amo a Merry. Con toda mi alma.

Pero no puedo. No puedo.

Suzie viene a sacarme de mis nefastos pensamientos. Con la excusa de traerme un café, entra en el despacho y me mira, compungida. Sé que quiere hablar conmigo, pero no sabe cómo iniciar la conversación.

Sigo enfadado con ella, pero todavía más conmigo mismo. Me da mucha pena haber llegado a esta situación tan extrema, en la que ambos nos sentimos incómodos y no sabemos cómo actuar delante del otro.

Suzie es muy joven y siente las cosas de una manera muy intensa. Y yo odio verla así, triste y apagada, como un cachorrillo esperando ser apaleado por la mano del que más quiere.

—Gracias por el café. Me hacía falta —le digo.

Ella me sonrío con tristeza.

—De nada. ¿Qué es ese recorte? —Señala hacia el trozo de papel que todavía sostengo en la mano.

—La confirmación de que todo ha terminado.

—Me alegro.

Me mira. Veo incertidumbre en sus ojos. Al final, se da la vuelta y camina hacia la puerta para marcharse.

—Espera —le digo. Tenemos que aclarar la situación. No puedo permitir que el ambiente entre nosotros siga así de enrarecido—. Siéntate, por favor. Tenemos que hablar.

Suzie se apresura a sentarse y, con la mirada baja y las manos enlazadas sobre el regazo, empieza a hablar precipitadamente.

—Siento mucho todo lo que ocurrió —me dice—. De verdad. Sé que os puse en peligro y que me comporté como una idiota. Podríamos haber muerto todos por mi culpa, y te juro que me siento fatal por eso. No tengo excusas por lo que hice, y si me quieres despedir, lo comprenderé, de verdad. Supongo que no querrás volver a verme jamás, ni en pintura.

—Para —la interrumpo. Está a punto de echarse a llorar y lo odio—. No voy a despedirte, Suzie.

Levanta la mirada y en sus ojos veo esperanza y agradecimiento. ¿Cómo voy a despedirla? Somos familia. Los cuatro somos familia, al fin y al cabo: Ben, Alan, Suzie y yo. Y la familia perdona y abraza.

Pero todavía estoy enfadado y eso he de hacérselo saber.

»Sé que has tenido una vida difícil —prosigo—, y soy consciente de que somos tu familia. La única que has tenido. —Me acuerdo de cuando la conocí, una chiquilla de dieciséis años furiosa con el mundo, que llevaba sobreviviendo sola desde los doce, sin padre o madre que la cuidara. Trago saliva para continuar—. Crees que estás enamorada de mí, y puedo comprender que tu impulsividad y los celos te llevaran hasta la cabaña. Nos pusiste en peligro sin darte cuenta.

—Lo sé —dice con un hilo de voz.

—Eso fue muy irresponsable, y me alegro de que te arrepientas y te des cuenta de las consecuencias que pudieron haber derivado de tu imprudencia; pero ya va siendo hora de que te olvides de lo que crees sentir por mí, porque estoy convencido de que ese amor no es real, Suzie. Sé que me quieres, pero estás confundiendo el cariño que me tienes con un amor romántico. Te sientes protegida y segura a mi lado, apoyada por mí; pero eso no tiene por qué implicar otras cosas. Además, ni siquiera creo que una relación más profunda entre nosotros fuese justa para ti. Si lo analizas bien, verás que no sería una buena idea. Casi te doblo la edad, tengo una hija, y estoy en una etapa de mi vida muy diferente a la tuya. Tu tienes que vivir tu vida, a tu ritmo; disfrutar de cada etapa sabiendo que yo estoy siempre ahí para apoyarte, para ayudarte a levantarte cuando te caigas, o para consolarte cuando te equivoques. No puedo negar que sigo enfadado contigo, pero eso no me impide decirte que te perdono porque te quiero mucho también, porque eres como una hermana para mí, somos familia, y en la familia se perdonan los errores y nos apoyamos cuando peor van las cosas.

—No estoy muy segura de que tengas razón sobre lo que dices de mis sentimientos —murmura. Se encoge de hombros y suspira—. Pero ahora tengo claro que tú no sientes lo mismo por mí, y que mi manera de actuar ha sido muy irresponsable e injusta contigo. Te agradezco mucho que no me apartes de tu lado, a pesar de todo. Sabes que... —Respira profundamente. Creo que está a punto de echarse a llorar y está haciendo el esfuerzo para evitarlo, igual que yo estoy esforzándome por no levantarme y abrazarla para consolarla—.

Sabes que sois mi única familia, y que me sentiría perdida si no puedo teneros junto a mí. Y... te prometo que voy a meter mi impulsividad en un cajón y la dejaré allí encerrada con llave; y que te borraré de mi cabeza, a la fuerza si es necesario; y que no voy a permitir que mis sentimientos vuelvan a interferir en mi trabajo. Voy a madurar de una vez por todas, Sam.

—Me conformo con tu promesa, Suzie. Estoy convencido de que, con el tiempo, te darás cuenta de que tengo razón. Eres una chica maravillosa y sería una pena que te perdieras la oportunidad de ser feliz por culpa de un sentimiento que no es real. Si no eres capaz de desprenderte de él, no podrás iniciar una relación duradera y feliz con nadie.

—Puede que tengas razón, pero no será fácil.

—Lo sé —le contesto, pensando en Alyssa y en Merry—. Lo único que yo deseo es que seas feliz, Suzie. Con todo mi corazón.

—Lo sé —me contesta, remedándome. Me dirige una sonrisa triste—, y voy a poner todo mi empeño en serlo. Gracias, Sam.

Se levanta y se marcha, dejándome de nuevo a solas con mis pensamientos, que vuelan hacia Merry.

Pero no tengo mucho tiempo para pensar. El móvil suena. Es Lily.

—¿Qué ocurre, cariño? —le pregunto.

—Papá, levanta el culo del sillón y prepárate. Nos vamos de picnic.

—¿Qué? Espera, espera. ¿Qué estás diciendo?

—Uh, papá, ¿estás sordo? —Me imagino su rostro, con el ceño arrugado y los labios fruncidos en un mohín, ese gesto tan suyo que me dice «papá es tonto»—. En media hora pasamos a recogerte.

—¿Cómo que «pasamos»? ¿Quiénes?

—Es una sorpresa, papá. Déjate llevar.

Y cuelga sin darme tiempo a replicar.

Sam me llamó el lunes un par de veces para comprobar que estaba bien y no he vuelto a saber nada de él. Las conversaciones fueron bastante frías, no

quise presionarlo, ni hablar sobre las cosas ocurridas en la cabaña, pero por su actitud, me imagino que debe estar en una de sus fases de *dramaqueen*, así que he decidido darle un poco de espacio y no presionarle. Yo también necesito pensar en lo que ha ocurrido, asimilar lo que pasó... lo que hice.

Por eso, la llamada de Lily me ha sorprendido. Al principio pensé que su padre estaba al corriente, pero al escuchar el plan maquiavélico que había pensado tengo claro que esta es una de las encerronas de Lily para espabilar a su padre.

La verdad es que no me ha parecido mala idea. Un picnic en el parque parece una ocurrencia propia de mí y por eso, después de la llamada de la niña, aquí estamos las dos en el coche, camino al trabajo de Sam para recogerle. Después de estos días de preocupación y de estar aguantándome las ganas de llamarle creo que esta puede ser una buena oportunidad de normalizar la situación después de lo que ha pasado en el pantano. Sam me acompañó de vuelta a casa y se aseguró de que estaba bien antes de irse pero la verdad es que lo estaría llevando mejor si el muy idiota no hubiera desaparecido.

—También he hecho ensalada de pasta —está diciéndome Lily, mientras saca fiambreras de su enorme cesta y me las enseña—. Con los sándwiches y el té helado, y agua para papá. No le gusta el té. Será un picnic estupendo. Seguro que le encanta.

No sé por qué, pero tengo mis dudas. Sé que a Sam no le gustan las sorpresas, pero también sé que al final se ablanda y las acaba disfrutando. Además, con una hija como Lily debería estar acostumbrado ya a este tipo de cosas.

—Seguro que sí. ¿Has traído dulces?

—Los *muffins* de la señora Johnson. Me tiene prohibido usar el horno así que me ha ayudado a cocinarlos.

—Ah, eso es genial. Espero que sean de chocolate.

—Sí, lo son. Y rellenos de fresa.

Cuando llegamos al edificio de oficinas detengo el coche y Lily es la primera en bajarse. Apenas tenemos que esperarle, pues cuando llega la hora indicada, Sam y su rigurosa puntualidad aparecen por la puerta, y también lo

hace su gesto ceñudo de cuando se encuentra con algo inesperado. Me mira a mí tras saludar a Lily con un beso en la frente y luego mira mi coche. La arruga en su entrecejo es cada vez más profunda.

—Hola, Sam —le saludo con una sonrisa, voy a darle un par de besos, pero se pone tieso y habla antes de que pueda hacerlo.

—¿Has usado a mi hija para prepararme una encerrona?

Estoy a punto de soltarle una fresca cuando Lily se mete entre los dos y agarra la mano de su padre.

—He sido yo, papá. Ha sido idea mía y he llamado a Merry para que me ayude. Llevas tres días gruñendo y estoy harta —dice tirándole de la mano hacia el coche—. Vamos, es hora de divertirse un poco.

Sam me mira con cara de circunstancias y yo me encojo de hombros, sonriéndole con un gesto malévolo. En el fondo me alegro de irritarle un poco. A veces es un tanto idiota y ahora mismo he tenido ganas de darle una colleja de esas que resuenan dentro de la cabeza.

—Prometo portarme bien al volante —le digo medio en broma.

Lily le abre la puerta del copiloto y le obliga a sentarse mientras refunfuña. Sin embargo, Sam no parece poder resistirse a las manipulaciones de su hija y acaba rindiéndose con un suspiro y abrochándose el cinturón.

—No seas gruñón, lo pasaremos bien —le animo, a lo que responde mirándome de soslayo con un gesto de desconfianza.

La mañana es agradable, luce el sol, y aunque hace calor en el City Park los árboles, lagos y fuentes crean un ambiente fresco y agradable. Antes de comer, y cargados con la cesta de picnic, paseamos por el precioso y enorme parque. Las esculturas del Besthoff Sculpture Garden son preciosas y Lily disfruta de lo lindo escondiéndose tras las patas de gigantescas arañas, haciéndose fotos junto a imperdibles gigantes y haciendo el ganso con las formas estrambóticas de las esculturas más modernas. Sam se relaja un poco a medida que pasa el tiempo, pero a pesar de que tanto Lily como yo no dejamos de pincharle para que participe en las conversaciones, apenas lo hace con monosílabos y no inicia ninguna de ellas. Parece perdido en sus propios

pensamientos, preocupado... o tal vez incómodo.

Creo que no está nada conforme con lo que ha hecho Lily, y que también me está culpando a mí de esto. Bueno... no he detenido a la niña, pero tampoco me parece un plan malvado, es bastante inocente, de hecho, un simple picnic, una mañana para relajarnos después de lo que ha pasado, y una buena excusa para volver a hablar, aunque sea de cosas sin importancia. No quiero darle vueltas a qué debe estar pasándole por la cabeza, pero espero que tenga más que ver con el tiroteo que con lo que pasó entre nosotros... aunque algo me dice que es lo segundo.

A la hora de comer, Lily nos guía hasta una arboleda de robles centenarios. Es un lugar con sombra, lagunas y tierra cubierta de hierba. Es precioso, pero Sam parece aún más incómodo cuando nos sentamos entre tres de estos preciosos árboles. Mira a Lily de una forma extraña, como si estuviera aguantándose las ganas de regañarla y se contuviera porque estoy yo delante. Ignoro su extraña actitud, igual que hace Lily, que no deja de parlotear mientras saca la comida y la reparte, explicándole a su padre la receta que ha cocinado de ensalada de pasta.

—Algún día deberías animarte y prepararla. Es tan fácil que hasta tú podrías —le dice con todo el morro.

—Bueno, ahora que la sabes hacer podrás cocinarla más veces en casa — responde él.

—¡Pero la idea es que tú aprendas! —replica Lily.

—Es suficiente con las tortitas.

—No son nutritivas, y suben el azúcar —dice ella poniendo cara de entendida.

—Esta ensalada está buenísima —felicito a Lily al probar su comida. La verdad es que lo está, yo a su edad nos habría matado del asco. Bueno, exactamente igual que ahora.

—¿A que sí? Lleva aguacate. El aguacate es mi comida favorita del mundo.

—Yo pensaba que lo era la pizza —dice Sam, enarcando una ceja.

—Esta semana es el aguacate.

Entre conversaciones insustanciales, damos cuenta de los sándwiches y de la riquísima ensalada, y cuando llegamos a los *muffins* Sam apenas prueba uno mientras Lily come a dos carrillos.

—Por cierto... ¿cómo está tu hermano? —me pregunta. No sé si ha estado guardándose el tema o no quiere hablar mucho de esto porque está Lily delante.

—Bien. Resulta que al final hasta le ha sentado bien el viaje con Alan. Ellos no tuvieron problemas y parece que se han hecho amigos y todo. A ver si al final va a surgir el amor entre ellos —digo con una risilla.

Sam me mira con escepticismo.

—Lo dudo mucho. Casanova tiene una inclinación muy marcada hacia las faldas.

—Los hombres también se pueden poner faldas —le digo—. Además, la vida está llena de sorpresas.

Sam no parece muy convencido, pero Lily suelta una risotada y me mira con los ojos vivaces llenos de ilusión.

—Merry, me gustaría conocer a la gente del club de Alexander —dice la cría—. Me gustan los chicos con falda.

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú lo del club? —pregunta Sam escandalizado.

—Las chicas hablamos entre nosotras y tenemos nuestros secretos — responde ella mirándome con complicidad.

—¿Desde cuándo estáis hablando a solas? —Sam nos mira a la una y a la otra, desconfiado.

—Papá, no todo el mundo tiene el Whatsapp de adorno, ¿sabes? Que tú seas un desfásado no significa que nosotras lo seamos. Nos mandamos muchos wassaps.

Yo no me atrevo a intervenir. Le he mandado fotos a Lily de las *Drag Queens*, y no sé hasta qué punto Sam está preparado para entender que eso no tiene nada de raro, desviado o pecaminoso.

—Hasta que no seas mayor de edad no puedes entrar en ese sitio —la alecciona él—. Ni a ese ni a ninguno donde sirvan alcohol y los hombres se

vistan de mujer.

—Sam... deberías abrir más tu mente. Tu hija te lleva dos siglos de ventaja —le digo riéndome. Algún día tengo que llevar a Sam al local de mi hermano solo por ver su cara.

Lily se ríe conmigo, pero a él no parece hacerle gracia la broma. Sigue incómodo, y sigue enfadado. Se levanta, sacudiéndose los pantalones de migas y nos mira a las dos con mucha gravedad.

—Tengo que ir al baño. Quedaos aquí y no os metáis en líos mientras no estoy.

—Tranquilo, no quemaremos nada —le digo haciéndole un gesto con la mano.

A ver si toma un poco de aire y vuelve más tranquilo, porque no entiendo qué demonios le pasa. Sé que su enfado no tiene nada que ver con esta conversación ni con el club de mi hermano, pero no puedo hacer nada si no quiere hablar y eso me desanima bastante. Lily se ha dado cuenta de todo, y también se ha dado cuenta de la cara que he puesto yo, que ha debido de ser un poema. De pronto, la niña se pone en pie y me tiende la mano con una sonrisa enorme en la cara. La miro extrañada.

—¡Ven! Te quiero enseñar algo.

Le agarro la mano y me levanto, esbozando una sonrisa animada por la actitud de Lily. No me lleva muy lejos. Nos detenemos ante un roble cercano, en cuyo tronco hay un corazón tallado con dos iniciales: A&S. Lily pasa los dedos sobre los surcos profundos y me mira con los ojos llenos de luz.

—Son las iniciales de mis padres. Sé que este árbol es importante para él porque hemos venido alguna vez, y descubrí el corazón. No sé si lo talló mi padre, pero me gusta pensar que sí. Nunca se lo he preguntado... puede que no sea suyo, pero prefiero no saber la verdad.

—Vaya, Lily...

No sé qué decirle. Si realmente ese corazón es de Sam y Alyssa y este lugar es especial para él... creo que sé por qué está tan raro. Pero no quiero decirle nada a la niña.

—¡Sube conmigo! —dice de pronto, al tiempo que se encarama al tronco y

tropa hasta una de las ramas. No es demasiado alta, y hay nudos en el tronco que hacen fácil la escalada, así que me animo y trepo tras ella hasta sentarme a su lado—. Este es mi lugar favorito de la ciudad. A veces venimos de paseo la señora Johnson y yo.

—Es muy bonito, la verdad. Y no se escuchan los coches.

Lily asiente y sonrío, y nos quedamos calladas un largo instante, disfrutando de los trinos de los pájaros y las voces y risas de la gente que pasea cerca. De pronto ella suspira, y sorprendo un brillo nostálgico en su mirada.

—¿Estás pensando en mamá? —le pregunto, bajando un poco la voz, confidente.

—Sí, siempre que vengo pienso en ella.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Sí, mucho. Todos los días —responde con un suspiro, bajando la mirada.

—Lo comprendo muy bien, ¿sabes? Mi madre también murió, yo era algo más mayor que tú cuando pasó, pero no hay día en que no la extrañe y no piense en ella —le digo, cogiendo sus pequeñas manos y estrechándolas. Es horrible ver a Lily triste, pero sé que es inevitable. Sé lo que esta niña ha sufrido y sufre. Al menos tiene a su padre, y es un buen padre—. Estoy segura de que tu mamá está siempre contigo, aunque no la veas.

Lily sonrío y me da un abrazo repentino, estrujándome con fuerza.

—¿Vas a ser mi nueva mamá? Me encantaría. Me caes muy bien y contigo puedo hablar de todo.

Se me parte el corazón. ¿Qué demonios voy a responderle? Ni siquiera sé qué está pasando entre Sam y yo. No tengo respuestas... lo cierto es que no me asustaría tomar esa responsabilidad. No solo estoy enamorada de Sam, esta niña me ha ganado, y es parte de su vida.

—De momento somos amigas —es lo único que puedo decirle—. Lo que vaya a pasar, ya se verá, pero pase lo que pase siempre podrás contar conmigo, ¿vale?

—Sí —responde ella con energía—. Pero estoy convencida de que papá

está enamorado de ti. Pero es un cabezón. Si no le das un empujón tendré que meter baza para que se decida.

—Cuando dices esas cosas me das miedo —le digo completamente en serio—. No hagas locuras, ¿eh?

—¿Qué hacéis ahí? —la voz de Sam retumba cerca de nosotras. Al bajar la mirada me encuentro su mirada fija en mí, y hay una tormenta contenida en ella—. Os dije que me esperaseis en el sitio.

—¡Papá! Le estaba enseñando el árbol a Merry y queríamos saber quién talló el corazón, ¿fue mamá o fuiste tú?

La inocencia de Lily no basta para frenar el enfado de Sam. Lo veo en sus ojos, un frío que se me clava en el alma.

—Bajad de ahí. Nos vamos a casa.

—Pero papá...

—Bajad. Ahora. Tengo trabajo y ya me habéis retrasado suficiente.

Sam se da la vuelta y vuelve junto a la canasta. Se pone a recoger en silencio. Lily y yo nos miramos y no decimos nada. La niña también está disgustada. Ahora comprendo que esto ha sido un error y debí persuadirla, pero no sabía que pretendía llevarnos justo a un lugar tan especial para Sam y Alyssa.

En fin... me temo que el viaje de vuelta va a ser muy incómodo.

Capítulo 16

Sé que estoy siendo un capullo al ponerme así. Lily no ha tenido intención de molestarme al llevarnos al bosque de robles donde, hace ya tantos años, tallé un corazón con las iniciales de Alyssa y las mías.

Pero no he podido evitar enfadarme.

Tengo la cabeza como una olla exprés a punto de explotar, y volver a este lugar en el que Alyssa y yo paseábamos cuando todavía éramos jóvenes y hacíamos planes para pasar el resto de nuestras vidas juntos, no me ha ayudado nada a aclararme.

Amo a Merry, pero también sigo amando a Alyssa, y la sigo echando de menos. Por las mañanas, hay días en que me sorprende buscándola en su lado de la cama.

Pero desde que Merry entró en mi vida, es a ella a quien busco antes incluso de abrir los ojos.

Me paso una mano por la frente mientras Merry frena delante de mi casa. Hemos hecho el viaje en silencio. Ni siquiera ella ha abierto la boca para decir ni una palabra, y eso es todo un acontecimiento.

Lily se ha pasado todo el rato con los brazos cruzados y de morros. En cuanto el coche se detiene, baja corriendo sin esperarme y entra en casa. Yo me despido de Merry con un escueto «adiós» y la veo marcharse con los ojos tristes.

Jesús.

Yo no quería esto. No quería ponerla triste ni arruinar el picnic. Pero volver al parque después de tantos años, ha sido como volver a abrir una herida que nunca ha llegado a cicatrizar.

Lily me está esperando en el vestíbulo y cierra de un portazo en cuanto cruzo el umbral. Me mira muy seria, con esos ojos tan parecidos a los de Alyssa. Durante un momento, me parece verla en ella, como si las dos imágenes se hubieran superpuesto.

Parpadeo, confuso.

—¿Por qué? —me espeta, poniendo los brazos en jarras, muy furiosa.

—¿Por qué, qué? —le replico, aunque sé que va a decirme no tengo ganas de discutir.

Ahora no.

—¿Por qué has tenido que ser tan desagradable? Merry es una chica estupenda que, a saber por qué puñetero milagro, está enamorada de ti. Pero tú tienes que ser un obtuso, como siempre. ¿Por qué, papá? ¿Por qué te niegas a aceptar que también estás enamorado de ella?

—¿Qué sabrás tú de si estoy enamorado o no? Tú no entiendes de estas cosas.

—Puede que solo tenga diez años, papá, pero no soy idiota y tengo ojos en la cara. Veo cómo la miras, y lo haces igual que en las películas románticas que ve la señora Johnson.

—Exacto, Lily, solo tienes diez años, y todavía no has aprendido que la vida real no es como en las películas.

Me doy cuenta demasiado tarde de que estoy siendo condescendiente, y que eso es muy peligroso hacérselo a Lily.

—¿Desde cuándo piensas que soy idiota, papá?

—¡Yo no pienso que seas idiota!

—Entonces, ¿por qué me tratas como si lo fuera?

Me mira con rabia, y yo estoy muy molesto y enfadado. Cabreado, más bien. No me ha gustado la encerrona que me ha preparado, ni que me llevara hasta el roble; ni me gusta que se empeñe en meterse en mi vida. Solo quiero estar tranquilo, volver a mi rutina, pero parece que ambas se han confabulado para amargarme la existencia.

Y estoy harto.

—Cuando crezcas entenderás por qué hago lo que hago, y hasta que eso ocurra, no voy a permitirte que te metas en mi vida, ni que intentes mangonearme más. Soy tu padre, y sé muy bien qué es lo que nos conviene a ambos. Esta discusión acaba aquí, y no quiero oír hablar más de este tema.

—Pues vas a tener que oírme, porque no tienes ni puñetera idea de qué nos conviene. Estás solo, y amargado, pero con Merry eres feliz. ¿Por qué no

quieres saber nada de ella? ¿Por qué estás tan enfadado con ella? ¿Por qué he tenido que prepararte una trampa para que la vieras? —Está llorando, y me rompe el corazón, pero lo que ha hecho no está bien. No puede intentar dirigir mi vida a su antojo. NO puedo permitirselo. Así que me aguanto las ganas de abrazarla y consolarla—. Yo pensaba que tenía al padre más valiente del mundo, pero en realidad eres un cobarde. ¡¡Y te odio!!

Sube las escaleras corriendo sin disimular los sollozos. Sus palabras me han destrozado, porque sé que tiene razón. Soy un cobarde. Pero saberlo no hace que cambie de idea.

No quiero volver a ver a Merry.

Durante el tiroteo en la cabaña, pensé que iba a perderla. En aquellos escasos minutos en que las balas silbaban a nuestro alrededor, estuve convencido de que ella moriría. De que tendría que verla morir. Su cuerpo tirado en el suelo, en medio de un charco de sangre... Todavía lo veo cuando cierro los ojos.

No sucedió, afortunadamente. Pero la angustia que sentí, el dolor, la impotencia, la rabia... todo fue muy real.

Estaba convencido de que iba a perderla y supe que no podía volver a pasar por algo así.

La muerte de Alyssa casi me destruyó. Si perdiera a Merry... si llegara a pasarle algo... No sobreviviría a ello.

No por segunda vez.

Pero, ¿cómo puedo explicarle algo así a una niña de diez años?

Me pongo la mano en el pecho. Hay un dolor sordo allí, bajo la piel, que me punza y palpita. Las sienas me martillean y descubro, con sorpresa, que me están temblando las manos.

Necesito hacer algo. Lo que sea para expulsar esta angustia que me está carcomiendo.

Bajo al sótano, donde tengo un pequeño gimnasio. El saco de boxeo cuelga inerte del techo. Me quito la ropa y me quedo en calzoncillos. Ni siquiera tengo ánimos para subir a mi dormitorio y cambiarme. Miro mis manos y pienso en protegérmelas con los guantes, pero un poco de dolor quizá logre calmarme.

Empiezo a golpear el saco mientras siento el frío del suelo apoderarse de mis pies descalzos. Descargo mi ira, mi frustración, la rabia que me carcome, el miedo que me paraliza. Golpeo el saco una y otra vez intentando no pensar en nada. Solo dejo fluir todo el dolor hacia afuera.

No sé cuánto tiempo permanezco aquí, con el ruido del cuero al ser golpeado como único acompañante. Cuando me doy cuenta, el sol ya está muy bajo. Estoy agotado, pero más calmado. Casi he recuperado el control.

Me doy una ducha rápida en el baño de la primera planta. No quiero subir arriba y oír a Lily llorar. O quizá se ha quedado dormida. No lo sé.

Debería hacer algo para consolarla. Quizá he sido demasiado duro con ella. Mi hija solo quiere verme feliz, y no debería enfadarme con ella por eso. He perdido la paciencia y le he gritado en lugar de intentar hacerla comprender mi decisión.

Pizza. Eso hará que salga del cuarto y logrará volver a ponerle una sonrisa en los labios. A Lily le encanta la pizza y es hora de cenar.

Las pizzas tardan media hora en llegar, y cuando las tengo dispuestas sobre la mesa de la cocina, subo a llamarla. Golpeo su puerta, pero no responde. Insisto y, al ver que sigue sin contestar, la abro. No le gusta que entre en su habitación sin pedirle permiso, dice que es un ataque a su derecho a la intimidad, pero estoy preocupado.

La brisa entra por la ventana abierta y revolotea como burlándose de mí.

Lily no está.

La habitación está vacía.

No quiero entrar en pánico. Quizá está en el baño. O puede que saliera al jardín mientras yo estaba peleándome con el saco, en el sótano.

La busco por todas partes. La llamo a gritos. Debajo de las camas. Dentro de los armarios. Incluso subo al desván y hago un barrido con la linterna.

Nada.

Lily no está en casa.

«Que no cunda el pánico», me digo.

Quizá ha ido a casa de su «novio» y, aunque se me retuercen las tripas al pronunciar esa palabra, cruzo la calle y voy a casa de Ted. Su padre me abre

la puerta y me mira extrañado. Le pregunto atropelladamente si mi hija Lily está allí, con su hijo, y me responde que no, que Ted está sentado a la mesa, cenando, con el resto de la familia.

—¿Ha ocurrido algo? —me pregunta, preocupado, y por primera vez me doy cuenta de que, a pesar de llevar aquí viviendo seis años, no conozco a mis vecinos.

—No, nada grave —le contesto—. Es solo que he tenido una discusión muy fuerte con mi hija, y ahora no la encuentro por ninguna parte.

—¿Qué ocurre? —Es Lydia, la madre de Ted. Se ha asomado y me mira con extrañeza.

—Lily ha desaparecido —le contesta su marido.

—¿Qué horror! —exclama, llevándose las manos al rostro—. ¡Ted! ¿Tú sabes dónde está Lily?

—Ni idea, mamá —contesta el muchacho desde la mesa.

—Tenemos que hacer algo —dice Lydia, resuelta—. Quizá está en casa de alguna de sus amigas. ¿Tienes sus teléfonos? —me pregunta.

No, no los tengo. Ni siquiera sé si mi hija tiene amigas.

Jesús.

¿Qué clase de padre soy?

Lydia debe ver el desconcierto en mi rostro, porque se acerca a mí y me coge las manos.

—No te preocupes. La encontraremos —dice, resuelta—. Edward —se dirige a su marido—, llama a los chicos de la asociación y empezad a organizar una batida de búsqueda por los alrededores. Yo llamaré a todas las madres del colegio.

—No, no es necesario —intento decirle, pero no me hace caso. Esta mujer me recuerda a mi instructor de la academia.

—Hoy por ti, y mañana por mí, que dice el refrán. Los vecinos hemos de ayudarnos cuando hay problemas, ¿no crees? Pasa. —Edward me invita haciendo un gesto con la mano y apartándose del umbral de la puerta—. Te prepararé un té. Quizá deberías llamar a familiares y amigos a cuya casa pueda haber ido.

Me dejo llevar, totalmente desconcertado. Jamás me hubiera imaginado que estas dos personas, a las que a duras penas saludo cuando me cruzo con ellos, se iban a poner en marcha como un batallón con el único propósito de encontrar a mi Lily.

—Sí, claro —balbuceo—. Puede haber ido a casa de Ben y Juliet. Son como sus tíos.

Saco el móvil del bolsillo y les llamo.

No, no está allí.

—¿Has llamado a Merry? —me pregunta Juliet.

—¿Y por qué tengo que llamarla? —me pongo a la defensiva.

—Porque sé que han hecho buenas migas.

Tiene razón, pero odio tener que llamarla y demostrarle lo mal padre y peor persona que soy.

En estos momentos, creo que me odio profundamente.

Miro hacia Edward y Lydia. Ambos están al teléfono. Edward está haciendo malabarismos para prepararme un té (bebida que odio) mientras habla. Se han volcado en ayudarme solo porque somos vecinos.

—Ahora la llamo, Juliet. Gracias por la idea.

—Bien. Ben dice que en diez minutos está en tu casa. La encontraréis, Sam. Ya lo verás.

—Sí —digo con un hilo de voz—. Sí, —repito, con más convencimiento—. La encontraremos.

Por supuesto. Porque si no lo hacemos, mi vida habrá terminado definitivamente.

Cuelgo y busco el número de Merry. Respiro hondo mientras oigo sonar el tono. Su voz al responder me sorprende por su calidez y tengo muchas ganas de echarme a llorar.

—¿Merry? Lily se ha escapado de casa. ¿Está contigo?

—¿Que se ha..? ¡Ay, Dios mío! No, no está aquí.

—¿Y tienes alguna idea de a dónde puede haber ido?

—No, cielos, no lo sé. Yo... lo siento, pero no tengo ni idea. —Está preocupada. Lo noto en sus balbuceos—. ¿Puedo hacer algo? Madre mía, esta niña... Me visto y estoy en tu casa en unos minutos.

—No, no hace falta. Solo... solo llámame si por algún casual se pone en contacto contigo, ¿de acuerdo?

No sé por qué le he dicho que no venga, si lo que quiero es tenerla a mi lado, sentir el consuelo de su presencia.

Lily, mi mundo entero, está desaparecida y yo me siento un completo y absoluto fracaso como padre.

—Está bien —me contesta con tristeza. He vuelto a hacerle daño, y me odio todavía más por ello—. Te llamaré si sé algo.

—Gracias.

Cuelgo mientras me doy cuenta de que mi perfecto y ordenado mundo, se está derrumbando a mi alrededor.

Y yo no puedo hacer nada por evitarlo.

Lo último que esperaba al ver el teléfono de Sam reflejado en la pantalla de mi móvil era recibir una noticia como esta. Esperaba que me llamase para disculparse, o interesarse por cómo estaba, pero Lily ha desaparecido, y la verdad es que todo lo demás se me olvida.

Estoy sentada en el sofá, con el teléfono en la mano, cuando Alex sale del cuarto de baño y me mira extrañado.

—Ey... Merry, ¿qué ocurre? Parece que hayas visto un fantasma.

—La hija de Sam, se ha escapado de casa.

—¿En serio? Joder... —Alex tira la toalla con la que se estaba secando el pelo sobre el sofá y se sienta a mi lado—. Vamos a buscarla, seguro que es una travesura sin importancia.

—Ni siquiera sé dónde podría estar...

—Bueno, es una niña de diez años, no debe costar tanto pensar como ella, ¿no? Nosotros también nos escapamos alguna vez...

—Sí, a la cabaña del jardín.

—Era nuestro lugar preferido. ¿Sabes si Lily tiene alguna mejor amiga o algo así que...?

—¡Eso es! —Un rayo de comprensión ilumina mi mente y me pongo en pie como un resorte. Alex me mira extrañado—. El roble del City Park. Es el lugar favorito de Lily.

—¿Ves? Vamos a por ella.

—No, no. Tú tienes trabajo. Yo buscaré a Lily. Puede que no esté allí, así que llamaré a Sam en cuanto lo compruebe, no quiero darle esperanzas y que luego no esté allí.

Mientras respondo a mi hermano ya estoy calzándome las zapatillas y cogiendo el bolso con las llaves.

—De acuerdo, pero llámame si necesitas algo, ¿vale? Y mantenme al tanto.

—¡Sí! Descuida, luego te llamo.

De camino al parque no veo ni las calles. Sam tiene razón, conduzco como una loca, pero cuando estoy preocupada soy aún peor. Al menos llego sana y salva, porque conduzco como una loca pero tengo reflejos de acero y sé cuándo frenar. Corro a través del parque en dirección a la arboleda, pensando en lo lejos que está el parque de casa de Lily y en que tal vez esta idea es descabellada, ¿cómo va a haber ido tan lejos ella sola?

Al acercarme a los robles y ver una silueta oscura sobre la rama del roble del corazón el alivio hace que la angustia que estaba sintiendo desaparezca de golpe. Es Lily, y cuando me ve acercarme ni siquiera parece sorprendida, solo triste.

—¡Lily! ¿Cómo has llegado hasta aquí tú sola? Esto está lejísimo de casa.

—Vine en bus. No es para tanto —responde con la lógica aplastante que yo no he usado—. ¿Cómo me has encontrado?

—Tuve una intuición. Sabía que este es tu lugar favorito —le digo con tono suave. No voy a echarle la bronca, no ahora, y tampoco yo soy la más indicada para hacerlo. La niña se ha escapado por algo, está pasándolo mal y

es su manera de llamar la atención, así que intentaré hacer esto con tacto—. ¿Puedo subir contigo?

—Sí —responde ella, haciéndome un hueco en su rama. Me encaramo al árbol y me siento a su lado con un suspiro. Lily me mira de reojo con un gesto compungido—. ¿Vas a reñirme por lo que he hecho?

—No, pero me gustaría que me explicaras por qué te has escapado de casa.

—He discutido con papá porque no me ha gustado cómo te ha tratado esta tarde. Y porque es un cabezón.

—Vaya...

Me lo imaginaba. Al menos, intuía que tenía que ver con su enfado en el parque. Lily estaba muy ilusionada con su plan.

—Ya... Pero papá no es así. No entiendo por qué se comporta de esa manera y es tan cabezota —dice con tono de fastidio—. Él está enamorado de ti y no se entera.

Oh, vaya. Eso no me lo imaginaba. Lily no es tonta y se entera de todo, se enteró desde el principio y de hecho fue ella quien propició que Sam y yo nos conociéramos, pero temo que se ha llevado una decepción. Los golpes de realidad cuando eres un crío son devastadores. Pero tampoco es normal que una niña de diez años esté haciendo de casamentera de su padre. No es normal, ni es bueno.

—Lily... No es que no se dé cuenta de las cosas, pero los asuntos del amor a veces dan mucho miedo, ¿sabes? Sobre todo a nosotros, los mayores. Hemos vivido cosas que nos han dejado huella en el corazón y ahora nos da miedo que esas cosas vuelvan a suceder —le explico con tanto tacto como puedo. No me gusta pintarle las cosas negras, pero quiero que entienda que nada de esto es fácil para su padre.

—¿Crees que papá tiene miedo de que te mueras como le sucedió a mamá? —me pregunta con total inocencia, con una claridad que yo misma no he tenido. Pienso un poco en ello, y finalmente asiento.

Los últimos días han sido intensos, han pasado muchas cosas que nos han afectado más de lo que pensamos. Hemos estado expuestos a un peligro que va

más allá de la posibilidad de sufrir por amor. Casi nos matan.

—Creo que sí, en parte. No solo es eso, tu papá también quería mucho a tu mamá y se siente mal por querer a otra persona.

—Pero eso es una tontería —dice haciendo un aspaviento—. Mamá ya no está aquí, y yo la sigo queriendo y si tú fueras la novia de papá también te querría a ti y eso no significaría que quisiera menos a mamá.

Suelto una risa que no puedo evitar que suene triste y la rodeo con un brazo, estrechándola con suavidad. Ojalá los adultos sintiéramos con tanta claridad como los niños y pudiéramos expresarnos así, ser así, más inocentes, sin miedo, sin tantas cargas.

—Tienes razón, Lily. Los adultos a veces nos complicamos mucho la vida. Y más los adultos como tu padre. Él es muy responsable y piensa mucho en las cosas antes de tomar una decisión, y eso tampoco está mal, se preocupa por el bienestar de todos. —Le doy un beso en la cabeza y la miro—. Deberíamos llamarle, ¿no crees? Estará muy preocupado sin saber dónde estás.

Lily suelta un suspiro largo y asiente. Aprieta los morros y me mira con ojos de corderita. No me extraña que Sam no pueda resistirse a ella.

—Vale, pero... no quiero volver a casa aún. ¿Podemos quedarnos aquí un ratito más? Mi padre me va a echar la bronca en cuanto lleguemos y luego no podré volver a salir a la calle hasta que tenga sesenta años del castigo que me va a caer.

Su cara desolada y el tono dramático con el que lo dice me hacen reír.

—¿Y no crees que tendrá toda la razón del mundo?

—Sí, ya lo sé. Por eso no quiero volver aún.

—De acuerdo. Volveremos cuando quieras, pero voy a avisarle, ¿vale? — Lily asiente y apoya la cabeza en mi hombro mientras saco el teléfono y llamo a Sam.

Responde al primer tono.

—¿Sabes algo de ella, Merry?

—Sí, de hecho estoy con ella. Está bien, no tienes que preocuparte.

—¿Dónde estáis? Voy para allá y voy a tener unas palabras con ella —dice

con tono tenso y angustiado.

—Sam, yo la llevaré a casa, ¿vale? Quiero tener una charla con Lily antes de ir —replico con suavidad.

—¿Y qué tienes que hablar tú con mi hija? —Él se pone nervioso, pero lo esperaba, debajo de su tono hostil sigue habiendo angustia—. Tráela aquí, el que le tiene que decir dos cosas soy yo.

—Primero cálmate. Lily está bien, no te tienes que preocupar más. En un rato estamos allí.

Le oigo soltar un exabrupto, pero ya estoy colgando. No voy a sacar nada en claro y al menos sé que ya no tiene que preocuparse por Lily. Si está enfadado, pues espero que para cuando llegemos ya haya tomado el control sobre su mal genio.

Lily me mira preocupada.

—¿Crees que hice mal con lo de la encerrona? —me pregunta con un tono culpable.

—Al principio me pareció una buena idea, pero no sabía que este árbol era de Alyssa y Sam. Creo que eso no le sentó bien, y es lógico. No fue un buen plan... y además, hay algo que yo también tengo que aprender de esto.

—¿El qué?

—No se puede forzar a una persona a tomar una decisión que no quiere tomar. No deberíamos presionarle más. Hay que dejarle espacio, y que él decida. Eso es lo respetuoso.

—Pero, Merry, entonces tú sufrirás, porque le quieres, ¿no?

Suspiro y asiento con la cabeza, pero sonrío con cierta resignación.

—Sí, yo le quiero. Y por eso tengo que respetarle. Cuando quieres de verdad a una persona solo quieres que esté bien, y si Sam cree que así va a estar bien y su decisión es quedarse como está, yo no puedo hacer nada.

—Si es así... entonces yo también lo respetaré —dice con la misma resignación—. Pero sigo pensando que es un tonto cabezota.

No le hacemos esperar demasiado. Al cabo de una hora, llegamos a casa de Sam, que ya está esperando en la puerta. Cuando ve a Lily se lanza a por ella y la coge en brazos, la levanta del suelo y la aprieta contra su cuerpo en un abrazo desesperado. Ha debido pasarlo realmente mal, y por su voz ahogada sé que está aguantándose las ganas de llorar.

—Lily, maldita sea, no sabes el susto que me has dado...

—Papi... lo siento mucho. —Ella sí que está llorando, y se limpia las lágrimas con los dedos cuando Sam la deja en el suelo y le aparta el pelo de la cara.

—Sube y ponte el pijama... ahora subiré y hablaremos —dice Sam, mirándome de reojo.

Lily asiente, me mira compungida y luego se apresura a subir las escaleras. Sam parece aliviado, pero sé que sigue enfadado con ella. Tendrán que solucionarlo ellos solos, yo aquí ya no pinto nada. No sé si debería decirle algo o simplemente irme.

—Merry... Gracias. —Bien, al menos ya no parece enfadado conmigo. Algo es algo—. ¿Quieres pasar? Te prepararé un té o...

—No..., no. Lily y tú tenéis que hablar. Es mejor que me vaya.

Sam asiente. Parece incómodo, como si él también quisiera decir algo y no fuera capaz. Voy a darme la vuelta para irme, pero entonces decido que ya estoy harta de esto. De que no hable, de que no se atreva. Como siempre, soy yo la que debo dar el paso.

—Sam... antes de salir por esa puerta quisiera decirte algo. Tal vez tú no quieras oírlo pero tienes que saberlo, y yo te lo tengo que decir, y luego te dejaré en paz.

—Sí..., claro —dice con un tono algo dubitativo—. Adelante.

—Te amo —le suelto sin más. Se me hace un nudo en la garganta y siento ganas de echarme a llorar. Pero no pienso hacerlo. Tal vez no se merece esta valentía, ni esta verdad tan sencilla, pero siento que las cosas deben resolverse de alguna manera, y ya estoy cansada de esperar—. Me he enamorado de ti, eso lo sabes. He respetado que no quisieras hablar después de lo de la cabaña, pero yo no puedo olvidar lo que sucedió. Yo... comprendo

tus dudas, y de verdad, comprendo lo que te sucede y tu reticencia para dar el paso y tener una relación conmigo, pero yo también lo estoy pasando mal. Creo que... es momento de tomar decisiones, y si no quieres tener nada conmigo te agradecería que fueras claro, si crees que lo mejor es no volver a vernos, yo lo respetaré. Respetaré sea cual sea tu decisión aunque esta me rompa el corazón.

Sam se queda callado un largo instante. Veo que su rostro se vuelve pétreo, la expresión se le congela, intentando ser dura y no mostrar lo que sucede dentro de él, pero yo sé lo que está sucediendo. El miedo, siempre el miedo, le atenaza y le impide dar el paso que quiere dar. Creo que es eso, porque después de haber hecho el amor con él sé que me corresponde.

—Lo siento, Merry. Lo siento mucho, pero no estoy preparado para iniciar una nueva relación. Mi vida ya está hecha y...

—Está bien. Está bien... No tienes que darme explicaciones —le corto. No quiero oír sus excusas, y necesito salir ya de esta casa—. Dale un beso a Lily de mi parte. Espero que todo te vaya bien.

Ni siquiera se digna a responderme o a despedirse de mí como es debido. Cuando me doy la vuelta y abro la puerta para salir aún espero oír su voz deteniéndome, diciéndome que ha cambiado de opinión. Lo sigo esperando al llegar a mi coche y abrir la puerta. Pero nunca sucede.

Mientras vuelvo a casa, dejo salir todo mi dolor en forma de lágrimas y maldiciones.

—Lily tenía razón, eres un maldito cobarde —le digo demasiado tarde.

Capítulo 17

No he dormido en toda la noche.

La conversación con Lily fue en realidad un abrazo lloroso, un «te juro papá que no voy a volver a hacerlo» entre hipidos, y cenar pizza fría sobre su cama. Después la arropé, como hacía Alyssa cuando era un bebé, y fui a acostarme.

Pero no he podido pegar ojo.

He estado toda la noche dando vueltas en la cama, pensando el Lily, en Alyssa, en Merry. Intentando tomar una decisión en firme, porque a pesar de decirle a Merry que no estaba preparado, ahora ya no estoy tan seguro de ello.

¿No estoy preparado para qué? ¿Para amarla?

Eso ya lo hago. Por mucho que he intentado no enamorarme de Merry, ella se ha colado bajo mi piel y ha hecho nido en mi corazón.

¿Entonces, qué?

¿Para qué no estoy preparado?

¿Para abrirle las puertas de mi vida y de mi casa para que la invada con su alegría, su buen humor, sus locuras? ¿Para volver a tener una vida plena, para amar y ser amado?

¿Para qué no estoy preparado?

¿Qué es lo que me da tanto miedo?

Me levanto antes del amanecer y salgo a correr, intentando recuperar mi rutina. Estoy inquieto y me siento desamparado, porque sé que lo que tengo ya no es suficiente. Los recuerdos felices ya no me bastan, como despertarme solo en una cama vacía, u oír los fantasmas de las risas en una casa en la que nunca se han producido.

Me siento solo, vacío y desamparado, como un niño huérfano obligado a enfrentarse al mundo él solo.

Correr siempre me ha despejado la mente y ayudado a pensar, pero esta

vez es inútil. Merry me ocupa todos los pensamientos. Saber que no voy a volver a verla nunca, ni a oír su voz, ni su risa cuando se ríe de mí... es como si hubiera muerto repentinamente.

Igual que Alyssa.

Y el saber que no es así, que ella sigue con su vida en su casa, a menos de media hora de camino, no lo hace más fácil.

Lo hace más difícil.

Vuelvo a casa antes de tiempo. Cuando salgo de la ducha, la señora Johnson ya ha llegado, así que le digo que Lily sigue durmiendo, que yo tengo que irme.

He de hacer una visita a la única persona que siempre me ha ayudado cuando necesitaba pensar y no podía.

Alyssa.

A estas horas, el cementerio todavía está vacío.

De camino hacia aquí, he parado en una floristería y he comprado un ramo de margaritas, sus flores preferidas. Paseo entre las lápidas arrastrando los pies. Hace demasiado tiempo que no vengo. Demasiado.

Cuando Alyssa murió, la enterramos aquí, en la ciudad que ella nunca dejó de amar; y decidí quedarme, en parte, porque así la seguía teniendo cerca. En esta ciudad crecimos, y aquí nos enamoramos y planeamos una vida que nunca llegó a realizarse. Cuando en la universidad me propusieron entrar en la CIA, ella me apoyó incondicionalmente. Supo que la vida no volvería a ser igual para nosotros, y mucho menos para ella, pero su amor por mí fue más fuerte que sus propios sueños.

Qué idiota fui.

Llego hasta su tumba y pongo las flores ante la lápida. Me siento en el suelo, a su lado, con las piernas cruzadas, y me paso las manos por el pelo.

Respiro hondo y me mantengo en silencio durante unos minutos. Alzo la vista al cielo. Hace un día precioso. El sol brilla espléndido y no hay ni una brizna de aire. Los cipreses que me rodean se mantienen quietos y en silencio

también, como si respetasen mi necesidad.

Estoy destrozado porque sé que he roto algo precioso que difícilmente podré volver a recomponer. Cuando el amor se hace pedazos no puede arreglarse con un poco de pegamento. Hace falta mucho más.

Pero es que ni siquiera sé si quiero arreglarlo.

—Sé qué me dirías si pudieras: que soy un idiota y un cobarde. Pero es que, de los dos, la valiente siempre fuiste tú. Tú me empujabas cuando mis fuerzas flaqueaban, y ahora que no estás a mi lado, no sé qué hacer. Estoy perdido, Alyssa, no sé qué es lo mejor, ni qué dirección tomar. Es como si la mejor parte de mí ya no estuviera conmigo, como si te la hubieses llevado cuando te fuiste... —Dejo ir una risa triste y acaricio la tierra sobre la tumba—. No, eso no es verdad. La mejor parte de mí la he vuelto a encontrar al conocer a Merry. Con ella he vuelto a sentirme vivo y, lo más importante, me han vuelto las ganas de vivir y de disfrutar cada segundo. Y eso hace que me sienta mal, como si te estuviera traicionando, porque tú ya no estás y no puedes disfrutar de la vida y de nuestra hija, y eso no es justo. —Siento que las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas y las aparto de un manotazo—. No es justo, Alyssa. Daría cualquier cosa para que volvieras a estar aquí conmigo, pero eso es imposible. Los milagros no ocurren, pero en cambio sí ha ocurrido el milagro de volver a encontrar a alguien con quien vale la pena compartir la vida. Pero tengo tanto miedo, Alyssa. —Aprieto los puños, impotente. La rabia me consume y no sé hacia quién dirigirla, excepto hacia mí mismo—. Estoy aterrizado con la idea de perderla como te perdí a ti porque no podría volver a pasar por eso otra vez, y eso hace que me quede paralizado, incapaz de tomar una decisión. Y ahora la he perdido por tener miedo a perderla. —Dejo ir una risa amargada y carente de alegría. Me burlo de mí mismo, de mi cobardía, de mi estupidez—. Ha salido de mi vida y no soy capaz de conciliar esa idea con un futuro sin ella a mi lado. ¿Qué hago, Alyssa? ¿Qué hago?

El viento cálido se levanta. Los cipreses, silenciosos hasta este momento, susurran a mi alrededor. Un pequeño remolino se forma delante de mí, gira y me rodea. Me acaricia el rostro y, por un segundo, siento las manos de Alyssa consolándome. Cierro los ojos y recuerdo cuando ella me revolvía el pelo mientras se reía. Me limpio las lágrimas con las manos y vuelvo a abrirlos.

Las margaritas que he dejado sobre la tumba, ahora están en mi regazo. No

sé cómo han llegado hasta aquí, y me da igual.

Alyssa está intentando decirme algo.

Los cipreses siguen susurrando impulsados por el aire, y me traen una palabra. Me llega clara, con la voz de ella. De Alyssa.

«Ámala».

Desde lo ocurrido en la casa del pantano me ha costado dormir. Por las noches tengo pesadillas y me cuesta conciliar el sueño. Pero lo de esta noche ha sido tremendo. Ni siquiera he podido dormir. A mi regreso, estuve llorándole a Alexander, bebiendo y compadeciéndome de mí misma y de mi mala suerte mientras mi hermano me apoyaba dedicándole insultos como era su deber. Apenas he podido pegar ojo o hacer algo más que llorar, y cuando por fin, ya entrada la mañana, estoy consiguiendo estar lo suficientemente cansada como para dormir, alguien comienza a llamar al timbre como un loco.

Al principio me pongo la almohada en la cabeza y decido ignorarlo, pero el sonido repetitivo y chillón del timbre me está destrozando los tímpanos y mi resaca se resiente.

—¡Alex! ¡Abre, por favor!

Mi hermano no responde. Miro el reloj y veo que ya es mediodía. Debe estar haciendo compras o vete a saber qué. Maldiciéndole, me levanto con los oídos zumbando por culpa de ese sonido infernal.

—¡Ya va! ¡Maldita sea!

Dando tumbos, golpeándome contra el sofá, la mesa del comedor y el mueble de la entrada, acabo alcanzando la puerta y la abro sin importarme mi aspecto: el pelo revuelto, el pijama corto y mi cara de muerta viviente.

Y muerta es como me quedo al ver ahí, plantado ante mí, a Sam. Sus ojos refulgen y ya no parece el tipo estirado que anoche me confesó que era un cobarde (con otras palabras). Ni siquiera puedo reaccionar cuando se me echa encima, me abraza, y me sorprendo agarrándome de su camisa y besándole de la misma manera desesperada con que él me besa. Me echo a temblar, y me abandonaría a esto, le tiraría sobre el sofá y dejaría que las ganas y mi enfado hicieran lo demás, pero le empujo y le miro cabreada.

—¿Qué haces tú aquí? —le digo—. Debería abofetearte y echarte de mi casa.

—Lo sé, Merry, y lo merecería, pero tengo algo que decirte —dice apresuradamente, sin soltarme—. Desde el momento en que te vi supe que me traerías problemas...

—Así no vas bien...

—Escucha, es la verdad. Has puesto mi vida patas arriba, me has robado el corazón y ahora soy incapaz de vivir sin ti. Pensar en un futuro en el que no estés a mi lado me parece una pesadilla y ahora que la luz y el color han vuelto a entrar en mi existencia gracias a ti no puedo renunciar a eso. —El aire se me traba en los pulmones y le miro con los ojos muy abiertos. No esperaba una confesión como esta. No esperaba ya nada de él, pero por alguna razón, aquí está, dando el paso al fin—. He sido un capullo, un idiota y un cobarde... —Asiento, porque tiene razón, pero soy incapaz de decir nada—, pero si me das una segunda oportunidad te juro por mi vida que haré lo imposible por hacerte feliz. Has hecho que me enfrente a mis miedos... y los he dejado atrás, porque me siento capaz de enfrentarme a todo si estás a mi lado.

Dios mío. Esta noche ha sido horrible, pero toda mi resaca, mi amargura y mi autocompasión acaban de evaporarse ante esa pasional declaración. Sam no me suelta, y sus ojos parecen soltar chispas mientras me mira. Y yo me siento de pronto flotar y elevarme.

Pero tengo un orgullo. Quiero que sufra un poquito, y que sepa lo mal que me lo ha hecho pasar. Y aunque deseo arrastrarle de los pelos hasta mi cuarto, me quedo donde estoy.

—Me has hecho pasar una noche horrible. Me has hecho pensar cosas horribles y no te permitiré jamás que vuelvas a hacer algo así, nunca.

—Lo comprendo... Comprendería si no quisier...

—Aprovecha bien esta oportunidad o la próxima vez iré a visitarte con el Winchester, ya tengo práctica con él.

Vale, soy débil, no he podido hacerle sufrir mucho, pero es que no puedo aguantar más las ganas de besarle, y de olvidarme de todo con él entre mis sábanas.

Sam se echa a reír y yo le rodeo el cuello con los brazos para besarle con todas las ganas que me ha hecho pasar durante todo este tiempo. Siento que mis pies abandonan el suelo cuando me agarra en volandas, y cuando quiero darme cuenta, me está metiendo en mi habitación y soltándome sobre la cama.

—¿Ahora no tienes miedo de que Alexander nos escuche?

—Me da igual quién nos escuche. No voy a perder más el tiempo, Merry. Te quiero, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

Ya no puedo responderle, solo puedo besarle y desnudarle, y mientras él me besa y me acaricia siento que el mundo vuelve a ser un lugar hermoso. Creo que podría morir de felicidad ahora mismo.

Epílogo

Seis meses más tarde.

El crucero por el Nilo como luna de miel ha sido idea de Lily. No es que a mí me hiciera mucha gracia venir a un país que está en una zona tan caliente (políticamente hablando), pero ver sus caras de ilusión (de las dos) me ablandó.

Y aquí hemos acabado.

En el camarote de un barco que navega por el Nilo.

Merry y yo nos casamos hace apenas una semana, después de estar viviendo juntos cinco maravillosos y felices meses. Lily está encantada con su «nueva madre», y yo vivo feliz y trabajo menos horas porque me apetece más pasar mi tiempo con ellas.

A mi flamante mujer le dio un ataque de risa cuando le dije que debíamos casarnos, que no me gustaba vivir en pareja sin formalizar la relación. Esas fueron mis malhadadas palabras. Otra me hubiera tirado un zapato a la cabeza por convertir algo que debería haber sido romántico en una escena tosca e improvisada.

Pero Merry, no. Ella se rió de mí y de mi formalidad.

«Eres un poco carca», me dijo entre risas.

Pero aceptó.

Y aquí estamos, con ella durmiendo de lado mientras empieza a amanecer, y yo besándole el cuello, la nuca y el hombro con suavidad para despertarla.

Quizá tendremos tiempo de «jugar» un rato antes de que Lily se despierte.

Porque, por supuesto, ella no podía quedarse en Nueva Orleans. Mi hija (nuestra hija, me corrijo), tenía que venir con nosotros para poder ver los cocodrilos, las pirámides, y montarse en un maloliente camello.

Noto que Merry está empezando a despertarse y deslizo la mano por su

cintura, bajo las sábanas.

—Buenos días —le susurro al oído.

—Buenos días —me contesta girándose hacia mí y pasándome los brazos por el cuello. Me sonrío y yo quiero apoderarme de su boca.

La puerta que comunica nuestro dormitorio con el de Lily se abre, golpeando la pared. Debería haber echado el pestillo, pero se me olvidó.

Jesús.

Mi idea de hacer el amor al amanecer vuela por el ojo de buey.

Mi hija entra como una tromba, gritando.

—¡¡Merry!! ¡¡Merry!! ¡¡Me ha bajado!!

Me asusto. ¿Le ha bajado? ¿Qué le ha bajado?

Intento incorporarme para ir hacia ella, pero me enredo en las sábanas y me caigo de la cama. Lily se sube de un salto y se me queda mirando durante unos segundos antes de soltar una carcajada.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha bajado? —le pregunto alarmado, levantándome del suelo.

Por suerte para mí y mis vergüenzas, la noche anterior me volví a poner los calzoncillos después de hacer el amor con Merry.

Como ya viene siendo habitual, Lily no se digna a contestarme. Se abraza a Merry, que ya se ha despertado del todo (¿y quién no, con estos gritos?).

—¡Ya soy mujer!

Merry se echa a reír y le devuelve el abrazo. Yo casi vuelvo a caerme al suelo de la impresión.

—¿Y qué habías sido hasta ahora? ¿Un hombre? —le pregunta entre risas.

—¡Nooooo! Qué tonta eres. —Lily se parte de risa con ella y yo siento que mi corazón se expande de felicidad. Me gusta verlas así, tan unidas y cómplices—. Me ha bajado la regla.

—¿Que qué? ¿Que te ha bajado la regla? ¿Ahora? ¿En el crucero?

Creo que voy a marearme de la impresión.

Lily me mira de aquella manera tan suya, frunciendo los labios y arrugando la frente, que me hace sentir idiota.

—Pues sí, papá. La menstruación no pide cita antes de llegar, ¿sabes?

Me agobio. No puedo evitarlo. Ya he tenido con ella la Conversación, pero ahora que ha llegado la Hora de la Verdad, creo que voy a permitirme ponerme histérico.

Me siento en la cama, a su lado, para tranquilizarla.

—No te preocupes —le digo—, no pasa nada, es algo normal.

Merry se está aguantando la risa pero no puede evitar echarse a reír de nuevo cuando Lily pone los ojos en blanco.

—Ya sé que es normal, papá. —Está siendo condescendiente conmigo, pero me da igual. Debe estar asustadísima aunque no quiera reconocerlo—. Lo único que quiero es que Merry me dé una de sus compresas.

Merry se levanta sin dejar de reírse. Me mira y me guiña un ojo mientras coge a Lily de la mano y se la lleva al baño.

Me dejo caer sobre la cama, totalmente angustiado. Lily tiene la regla y ya se puede quedar embarazada.

Jesús.

¡Pero si todavía es una niña!

Me echo las manos al rostro y froto, intentando despejarme la cabeza.

¿Por qué crecen tan rápido?

Dentro de nada empezará el instituto, y después la universidad. Volará del nido, se alejará de mí, hará su vida...

¡Oh, Dios mío!

No estoy preparado para esto. No lo estoy. Quiero que vuelva a ser ese bebé que arrullaba en mis brazos hasta que se dormía. Al que consolaba cuando le dolía la barriguita. Al que le contaba cuentos cuando la metía en la cama para dormir.

No quiero que crezca.

El tiempo ha pasado demasiado rápido y no puedo asimilarlo.

Lily y Merry salen del baño. Mi hija viene dando saltitos, contenta y feliz, pero tiene cara de sueño. Se encarama en la cama y se mete bajo las sábanas.

—¿Puedo quedarme un ratito con vosotros, *porfiplis*? Hasta la hora de levantarnos.

—Claro que sí, cariño —dice Merry, metiéndose en la cama—. Todavía es muy temprano.

Me tranquilizo.

Puede que pronto Lily se convierta en una adolescente, y que dentro de pocos años se vaya a la universidad.

Pero todavía no.

Todavía es una niña, y nos necesita.

En realidad, siempre nos necesitará, como nosotros a ella.

Ser padre es duro, pero es el trabajo más gratificante de mi vida.

Lily se queda dormida casi inmediatamente y yo miro a Merry por encima de ella.

—Te quiero —le digo con la voz temblorosa, con todo el amor que siento en este momento mágico.

Ella me guiña un ojo y me contesta:

—Lo sé. Y yo a ti, hombre cabezota.

Le cojo la mano por encima de Lily y le dirijo una sonrisa.

Ellas dos son mi mundo, y están aquí, conmigo.

Soy el hombre más feliz de la Tierra.

Más novelas Sweetystories
AGENCIA DE DETECTIVES
de Laia Sinclair

[Un caso perdido](#)

RANCHO TRIPLE K
de Laia Sinclair

[Mientras esperas](#)

[Mientras sonríes](#)

[Mientras estás sola](#)

[Mientras sueñas](#)

[LA DAMA DE BLACKMOORE](#)

de Eleonora Crane

[COMO CAÍDA DEL CIELO](#)

de Kattie Black

EL CLUB DE LAS CUATRO

de Angélica Bovarí

Malos presagios

Échale la culpa al Karma